

# Palabra que hiera y sana

*«¡Qué plenitud de belleza hay en esta Persona que es Dios y hombre al mismo tiempo!».*

Esta exclamación se lee en el artículo de Henry Law, antiguo siervo del Señor, que publicamos en esta edición. La frase también nos confirma en la inspiración de esta revista. Siempre hay un nuevo aspecto de Cristo que, revelado por el Espíritu Santo a través de las Sagradas Escrituras, nos trae la frescura de su vida abundante.

La palabra a veces nos conmueve las entrañas, y como afilada daga cala hasta lo más profundo, exponiendo los secretos mejor guardados, para que sean juzgados en la presencia del Señor; pero, al mismo tiempo, la palabra que hiera también trae sanidad y dulzura al corazón afligido, cansado y tal vez derrotado, para que cobremos nuevo aliento y veamos, en cada detalle, el amor de Cristo por su pueblo y las más solemnes advertencias a sus siervos, para que nunca banalicemos este llamamiento y salvación tan grandes.

Diversos autores, del presente y del pasado, nos traen un solo mensaje: que, desconfiando y abandonando los recursos de la carne, echemos mano a la vida preciosa y poderosa de Cristo implantada por su Espíritu en nuestros corazones.

Que el Señor sane a su pueblo, consuele a sus afligidos y que, como cuerpo de Cristo, seamos un testimonio vivo a la presente generación.

Analizando algunos de los signos que están llevando al planeta a una situación de crisis alimentaria.

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

## La nueva arca de Noé y la inseguridad alimentaria mundial del siglo XXI

Ricardo Bravo

El mundo se encuentra hoy en un estado de inseguridad alimentaria y a las puertas de una potencial crisis en términos de disponibilidad y adquisición de alimentos. En cierta medida la crisis global de alimentos empezó a hacerse presente con la fuerte recesión mundial de 2007-2008, la cual generó bruscas subidas de precios en la mayor parte de los ítem alimentarios, lo que ha continuado hasta hoy, aunque con menor intensidad, pero con alta volatilidad en los precios. Estos costos más altos de los alimentos básicos de la población humana mundial como son los cereales (trigo, arroz, soja y maíz), generaron las condiciones para que a muchas más personas les alcanzase el flagelo del hambre. Desde 2008 algunos países desarrollados, el Banco Mundial, las Naciones Unidas y otros organismos no gubernamentales han intentado dar la batalla contra el hambre. No obstante, por diversas razones, los resultados no han sido del todo satisfactorios. El desafío al que se enfrenta el mundo hoy es producir y proporcionar alimentos suficientes, inocuos, nutritivos, a precios accesibles y de forma sostenible para una pobla-

ción mundial, que según datos de Naciones Unidas, será de 9.000 millones o nueve billones de personas en 2050 (hoy ya superamos los siete billones).

Muchos gobiernos han respondido al alza del costo de alimentos subvencionando la producción de alimentos, pero generalmente terminan agotando sus recursos, lo que les lleva a una deuda pública creciente o a una prestación inadecuada de los servicios gubernamentales. Esto trae como consecuencia un aumento del descontento de la población, disturbios sociales e inestabilidad política.

Ante la pregunta de si habrá a corto plazo una crisis alimentaria global, expertos del Banco Mundial responden que si bien hay evidencias de ello como la abrupta subida de los precios de los alimentos en el segundo semestre de 2012, causada por una sequía sin precedentes en Estados Unidos y la falta de lluvias en Europa oriental, no es posible determinarlo con seguridad, y que la mayor incertidumbre estaría en los factores climáticos (sequías, inundaciones, etc). Adicionalmente, el boletín de alerta sobre precios de los alimentos, emitido por este mismo or-

ganismo, señala que los precios se mantendrán altos e inestables en el largo plazo debido a una creciente incertidumbre en torno a la oferta, a una mayor demanda de una población que va en aumento y a una baja capacidad de respuesta del sistema alimentario.

En una conferencia sobre seguridad alimentaria mundial realizada por el Instituto McGill en octubre de 2012 en Canadá fueron analizadas las principales variables que influyen en el alza de precios de los alimentos. Los especialistas en general coincidieron con los expertos del Banco mundial, concluyendo que las variables claves en el alza de alimentos son la mayor demanda debido al crecimiento de la población, los altos precios del petróleo, el reducido nivel de stocks, el mayor uso de biocombustibles hechos a partir de cultivos que debieran usarse como alimentos, el cambio climático y la creciente escasez de agua para la agricultura. Todo indica por tanto que el tema de las alzas en los alimentos será una constante por mucho tiempo.

### **Comer adecuadamente ya no será barato**

Uno de los indeseados efectos de la escasez de alimentos es la fuerte alza que estos experimentan, siendo muy extremos en algunos casos. Un ejemplo de ello ocurrió en enero recién pasado en una subasta de atún en Japón. Un solo pez de atún aleta azul, de 222 kilogramos de peso, fue subastado en 1,3 millones de euros. Un kilo de este pescado se vendió al increíble precio de 7.600 dólares americanos, mismo valor con el que se puede adquirir un automóvil menor nuevo en Chile. Este

atún de aleta azul está siendo cada vez más escaso, con riesgo de extinguirse debido a la sobrepesca. En este sentido, múltiples estudios científicos, así como informes de FAO coinciden en señalar que las capturas globales de las pesquerías marinas muestran una clara tendencia a la baja en la relación volúmenes de captura versus tiempo, en donde el 75% de los principales recursos marinos se encuentran ya agotados, sobre explotados o están siendo pescados en su límite biológico. Algunos de estos estudios han extrapolado a mediano plazo la tendencia actual de capturas, llegando a la conclusión que todas las especies marinas comerciales colapsarían en las cercanías del año 2050. Por ello es que los científicos especialistas en estas temáticas están advirtiendo con insistencia que se requieren cambios importantes en el actual proceder humano respecto a estos recursos para evitar su extinción. Esta sobreexplotación está generando cambios sociales y económicos que amenazan no sólo a los ecosistemas marinos, sino también a la seguridad alimentaria y a los medios de subsistencia de múltiples comunidades en el mundo que se han estructurado por siglos en torno a los recursos pesqueros.

Pero el problema actual con los recursos pesqueros va más allá del sólo comportamiento humano, el que efectivamente ha sido poco responsable con su manejo. Este problema se ve agravado por los efectos del cambio climático sobre el planeta, los que están siendo en algunos casos mayores y más intensos a lo previsto, como se verá más adelante.

## **El resurgimiento de Malthus**

En 1798 el economista inglés Thomas Malthus, publicaba su célebre obra «Ensayos sobre el principio de la población». La idea principal de su trabajo era sencilla pero muy potente. Si el crecimiento de la población continuaba creciendo exponencialmente, de manera geométrica (1, 2, 4, 8, 16), se produciría finalmente un colapso porque los alimentos no se generan en la misma relación, dado que su crecimiento es aritmético (1, 2, 3, 4, 5). Sin embargo, desde que este economista pusiera en primer plano esta poderosa alerta, el mundo ha multiplicado su población más de 6 veces, llegando en octubre de 2011 a los 7.000 millones de habitantes. Con estos datos se puede llegar a concluir rápidamente que Malthus habría estado equivocado, dado que este enorme crecimiento poblacional no sobrepasó a la oferta de alimentos.

A partir de lo anterior suele argumentarse que Malthus no habría acertado porque el desarrollo tecnológico y la industrialización elevaron la producción de alimentos en los países desarrollados, los cuales a su vez disminuyeron la tasa de fertilidad. Sin embargo al mirar este tema hoy, con una perspectiva temporal mayor, no parece tan fácil anular la propuesta del economista inglés. En primer lugar se podría abogar en su favor que él mismo agregó un par de factores moderadores en su propuesta, los que jugarían en contra del crecimiento geométrico de la población; estos son la miseria y el vicio, expresados como hambrunas, epidemias, alcoholismo, guerras, entre otros.

En segundo lugar, si bien la producción de alimentos aumentó notablemente en la última mitad del siglo pasado, debido a un aumento en las superficies cultivables y a una mayor eficiencia en el rendimiento por hectárea, las curvas de producción de alimento mundial crecieron sólo de forma aritmética, en progresión lineal, tal y como lo predijo Malthus. Implícito en la propuesta malthusiana estaba el que no es posible un crecimiento poblacional indefinido porque los recursos alimentarios son finitos y los ecosistemas que los sustentan también. Sin embargo lo que Malthus no pudo sospechar (porque aún no contaba con indicio alguno), es el grado de daño a escala planetaria que el ser humano sería capaz de hacer, lo que implicaría no sólo el fuerte deterioro de los ecosistemas que generan los recursos alimentarios, sino además la alteración de la biosfera completa, al ser éste el responsable último del calentamiento global.

## **El cambio climático y el daño ecológico frenan la producción**

Un informe FAO 2012, refiriéndose al estado de la inseguridad alimentaria en el mundo concluye que el crecimiento económico es necesario pero no suficiente para acelerar la reducción del hambre y la subnutrición. Este organismo de las Naciones Unidas señala que el crecimiento debe apuntar más bien hacia el sector agrícola, especialmente en los países de bajos ingresos, donde la contribución de la agricultura a la reducción de la pobreza es mayor. Pero cabe preguntarse si es factible y sustentable el aumento de la pro-

# Ninguna civilización ha sobrevivido a la destrucción de su medio ambiente y nuestra civilización muestra ya múltiples signos de que está pronta a colapsar.

ductividad agrícola en nuestro planeta hoy para alimentar adecuadamente a 6000 millones de personas y sacar de la subnutrición a los otros 1000 millones, considerando el grave deterioro de los ecosistemas del mundo y del potente freno que está poniendo el cambio climático a las actividades de producción agrícola.

Los efectos del calentamiento global ya son visibles en gran parte del mundo, y es cierto que en algunas zonas, el alza moderada de las temperaturas puede mejorar levemente el rendimiento de los cultivos. Pero esto es un resultado menor, porque en lo general, las consecuencias negativas están siendo mucho mayores que las positivas. Las inundaciones y sequías ya son cada vez más frecuentes y graves, lo que probablemente se irá repitiendo, afectando con ello seriamente a la productividad agrícola no solo menor sino también a gran escala. Con ello aumenta también el riesgo de conflictos por la tierra y el agua. Además, el cambio climático favorece la propagación de plagas y especies invasoras, debido a que por una parte genera nuevas condiciones ambientales y por otra, porque aumenta el rango de distribución geográfica de organismos patógenos que antiguamente estaban confinados a zonas tropicales o subtropicales.

Es cierto que hace medio siglo los rendimientos agrícolas eran menores, pero no es menos cierto que la producción estaba asegurada, por cuanto al sembrarse más de un cultivo o variedad, se evitaba el surgimiento de plagas y enfermedades y el empobrecimiento de las tierras. Para enriquecer con nitrógeno los suelos se realizaban rotaciones en los cultivos utilizando legumbres. Era un tipo ideal de cultivo agrícola, pensado más en la ecología y la sustentabilidad (aunque ambos conceptos no fueran aún bien conocidos) que en producciones competitivas y rentables. Con el avance del siglo XX los sistemas agrícolas se modernizaron, y se optimizó la producción pasando por alto principios ecológicos vitales, favoreciendo así el empobrecimiento de tierras al no hacer rotación de cultivos, centrándose más bien en monocultivos, dejando los suelos agrícolas altamente dependientes de insumos químicos y a la especie de cultivo expuesta a enfermedades y plagas.

Pero tal vez uno de los mayores daños de la agricultura moderna ha sido la creciente pérdida de diversidad genética de las especies de cultivo. Cada especie a lo largo de su vida ha ido desarrollando distintas variedades producto de la interacción de su acervo genético con el medio ambiente en

que se encontraba. Así por ejemplo se podían encontrar decenas de variedades de maíz, con granos más o menos grandes, más o menos amarillos, más o menos resistentes al frío, con mayor o menor tolerancia a periodos de sequía, a enfermedades, etc. El aislamiento geográfico y económico entre regiones o países hacía que estas variedades se mantuviesen. Hoy ya no es así. Si una determinada variedad resulta ventajosa sobre las otras, es utilizada para cultivo a gran escala (continental o mundial), porque de este modo es económicamente más rentable y competitiva. El resultado es biológicamente fatal porque al dejarse de cultivar las demás variedades de esa especie se terminan perdiendo, y junto con ello, la especie pierde una gran diversidad biológica, quedando de paso más expuesta a extinguirse frente a una condición ambiental adversa que no la pueda sortear. Es como poner todos los huevos en una sola canasta. La biotecnología por medio de técnicas transgénicas intenta resolver en parte este problema, pero aún hay más preguntas que respuestas respecto a su eficacia.

### **Acidificación de los océanos - El daño desconocido**

Si el rendimiento y productividad agrícola en tierra firme enfrenta problemas complejos, la productividad biológica marina tiene un drama equivalente producto de un fenómeno denominado acidificación, el que recientemente empieza a estudiarse en profundidad. La quema intensiva de combustibles fósiles y la deforestación en los últimos dos siglos han aumentado

el CO<sub>2</sub> atmosférico en casi un 40% por encima de los valores que existían, antes de la revolución industrial. Este gas junto a otros, son los responsables directos del calentamiento global de la tierra. Hasta hace pocos años existía cierto alivio en la comunidad científica al saber que alrededor del 25% del CO<sub>2</sub> emitido a la atmósfera por actividad humana era absorbido por los océanos del mundo. Pero este respiro duró muy poco porque recientes estudios empezaron a revelar las adversas consecuencias que estos cambios de la química del agua marina están teniendo para muchos de los organismos que allí habitan. Cuando el CO<sub>2</sub> se disuelve en el agua del mar, se forma ácido carbónico, generando un fenómeno denominado acidificación del océano. Dentro de los cambios químicos generados, están la disminución del pH y la reducción en la concentración de iones carbonato. Ello afecta a los grandes ecosistemas de coral del mundo, a los moluscos, crustáceos, equinodermos, y a otros muchos animales marinos que necesitan iones carbonato para la formación del carbonato de Calcio necesario para la construcción de los esqueletos y conchas. Uno de los primeros impactos directos para la especie humana será la disminución en las capturas de especies utilizadas para consumo alimentario directo. Estudios realizados en 2012 concluyen que el costo económico global en los próximos años por pérdida de cosecha y captura de moluscos debido a la acidificación de los océanos, podría oscilar entre los 6 y 100 billones de dólares anuales, bajo el supuesto de una demanda constante de estos recursos.

Estos datos corresponden solo a moluscos, pero varios otros estudios apuntan también a otros grupos de especies marinas comercialmente importantes que ya se están viendo afectadas por la acidificación de los mares como son los equinodermos (erizos y pepinos de mar), los crustáceos, ciertas especies de macroalgas, además de aquellas especies de peces que regresan a desovar a su lugar de origen y que verán alterado este comportamiento de regreso debido a que su discriminación olfativa perturbada por la acidificación del océano no les permitirá encontrar las señales químicas correctas que le posibilitan el retorno. Estos cambios están ocurriendo tan rápido, que los eventuales ajustes adaptativos de las especies no se ven factibles de ocurrir.

### **La nueva arca de Noé**

«Ninguna civilización ha sobrevivido a la destrucción de su medio ambiente y nuestra civilización muestra ya múltiples signos de que está pronta a colapsar». Esta fue una de las conclusiones presentadas en una conferencia internacional realizada recientemente en Brasil sobre medio ambiente y sustentabilidad. Algunos de los signos que están llevando al planeta a una situación de crisis alimentaria ya se han presentado en este escrito, y otros se han publicado en esta misma Revista, como lo es la importante desaparición a nivel mundial de las abejas polinizadoras.

Todo esto parece demasiado catastrofista, pero ya son miles los científicos en el mundo los que señalan que las predicciones hechas por

múltiples estudios sobre el daño planetario que generaría el calentamiento global se están quedando cortas, en donde la crisis de los alimentos sería solo la punta del iceberg. Se calcula que ya son alrededor de dos tercios las plantas del mundo que se encuentran con fuerte amenaza de extinción. Por ello es que ya son más de 1.500 los bancos de semillas que existen en distintas partes del mundo, destinados a preservar la diversidad genética que se está perdiendo en la actualidad, también para salvar las especies que se están extinguiendo, y para contar con semillas de cereales, legumbres, y otros vegetales, cuando se tenga que volver a empezar después de alguna eventual catástrofe global y así disponer de alimento de nuevo para el mundo. A este intento de salvar especies (vegetales en este caso) se le suele llamar la nueva arca de Noé. El banco de semillas más famoso se encuentra en Noruega, en las cercanías del Ártico, en una isla del archipiélago de Svalbard. Construida en las profundidades de una montaña, esta bóveda cuenta con instalaciones para preservar millones de semillas de los desastres naturales o provocados por el hombre, como por ejemplo un desastre nuclear de escala global. Sería una especie de póliza de seguro para la humanidad, capaz de resistir siglos en el hielo ártico, incluso si se interrumpe el suministro eléctrico, el hielo natural del polo norte las preservaría. El objetivo del banco de semillas de Svalbard es almacenar respaldos de la mayor parte de semillas que se utilizan para cultivos de alimentos en el mundo. Todas las posibles especies,

con sus distintas variedades, han ido desfilando a la nueva arca de Noé en forma de semillas, viajando de variadas latitudes geográficas (América del Sur, Asia, Oceanía, Europa).

### ¿Son seguros los bancos de semillas?

Lamentablemente los nobles propósitos de almacenaje de semillas se han topado con la mala intención de algunos saqueadores, o con el descuido de aquellos que tienen que velar por la mantención de las semillas, habiéndose reportado la muerte de miles de ellas en algunos bancos, o con la acción destructiva de fenómenos climáticos. En el poco tiempo que éstos llevan, ya se cuenta con variados ejemplos de destrucción de bancos de semillas. Los bancos genéticos en Irak y Afganistán fueron destruidos por la guerra y luego saqueados; en Filipinas un tifón destruyó parcialmente otro banco de semillas; en Egipto hubo una ola de saqueos donde no se libraron los bancos de semillas pertenecientes a valiosas plantas frutales y medicinales de ambiente desértico. ¿Dónde establecer entonces un banco de semillas que otorgue mayor seguridad? La respuesta fue en el Polo Norte, alejado de grupos humanos, de terremotos y otras catástrofes naturales.

Si bien los estudios de viabilidad para la construcción de la bóveda de semillas en Noruega indicaban que «Svalbard resultaría ser una zona ideal y segura por la falta de actividad tectónica y por su Permafrost (capa de hielo congelada de forma permanente), ya desde el principio los contratiempos no se hicieron esperar. El banco de semillas fue abierto oficialmente

el 26 de febrero de 2008, pero fatalmente, el 21 de febrero, a 5 días de su inauguración, la región de Svalbard fue el epicentro del mayor terremoto en la historia de Noruega (Magnitud 6,2 Richter), según un investigador del centro nacional de monitoreo sísmico de Noruega. Sólo 4 años más tarde, el 30 de agosto de 2012, nuevamente se produjo un fuerte sismo de magnitud 6.6 Richter, cuyo epicentro se ubicó a 93 kilómetros N.O. de Svalbard. Este fue considerado como el segundo terremoto más grande en la historia de Noruega. No está nada claro por tanto que la tierra ártica estará libre de catástrofes sísmicas. Pero aún queda el refrigerador natural. ¿Cuán seguro será el hielo del Ártico para la preservación de semillas? Las noticias tampoco son alentadoras porque la capa de hielo ártico tiene fecha de término antes de lo previsto (2015 - 2016), de acuerdo a los últimos estudios científicos. Esta fuerte actividad sísmica reciente, como nunca la hubo en Noruega, unido al inminente deshielo del Ártico, parecen recordarnos que no será el ser humano el que construya esta segunda arca de Noé, como se le ha llamado a las bóvedas que guardan estos bancos de semillas.

### El engañoso corazón humano

Sin embargo no son tanto las variables tectónicas y climáticas las que tienen en alerta y preocupados a muchas personas en el mundo por este banco de semillas en Svalbard. Son más bien las intrigas humanas que están detrás de esta aparentemente noble causa de depósitos de semillas las que generan mayor preocupación. Es



sabido que la mayor parte de las semillas y sus variedades han sido entregadas a los bancos por distintos campesinos del planeta, los cuales no saben que para tener acceso de nuevo a ellas deben estar integrados a un marco institucional que desconocen. Por ello se dice que esta idea de bancos de semillas responde más bien a necesidades de científicos y de conglomerados económicos poderosos que tendrán dentro de un tiempo el control total de esta invaluable riqueza genética del mundo. Es cierto que el gobierno de Noruega ha firmado los acuerdos como depositaria de la bóveda, pero al mismo tiempo ha dicho que es sólo por 10 años porque sus políticas podrían cambiar. Adicionalmente el gobierno noruego no puede tomar decisiones en forma autónoma, sino que debe hacerlo en conjunto con la entidad privada que asume los costos económicos del banco de semillas (Global Crop Diversity Fund, Fundación para la Diversidad de los Cultivos Globales). Esta fundación se define como una ONG, pero funciona con un fuerte financiamiento de empresas, habiendo recibido recientemente unos 30 millones de dólares de la Fundación de Bill Gates. Bancos de semillas o bancos genéticos con millones de variedades de especies vegetales podrían tener más valor que todas las reservas monetarias del mundo ante la disyuntiva de tener que volver a empezar. ¿De qué sirve todo el dinero si no se dispone de alimentos?

La historia humana registra otras crisis alimentarias, siendo una de las más trascendentales, por su resultado final, aquella que relata el Antiguo

Testamento en la Biblia, con el israelita José salvando al imperio egipcio de morir por inanición, al hacer éste grandes reservas de cereales en tiempos de abundancia y dosificar luego su uso en tiempos de escasez. La gran diferencia con la crisis alimentaria que se cierne sobre el mundo hoy, es que la sabia y eficaz decisión tomada por José en el tiempo antiguo no tuvo su origen en el accionar humano, sino que fue guiada directamente por Dios, salvando también de morir de hambre a la incipiente nación judía. Así mismo, la antigua arca de Noé pudo realmente salvar la diversidad biológica de entonces, amenazada por la hecatombe ambiental que se venía sobre la tierra, no precisamente porque Noé lo hubiese planeado así, sino porque Dios tuvo en todo momento el control de aquella compleja situación, siendo Él mismo quien cerró la puerta del arca, justo antes que sobreviniese el diluvio destructor.

#### Bibliografía

- Beddington *et al.* 2012. The role for scientists in tackling food insecurity and climate change. *Agriculture & Food Security*; 1:10.
- Bongaarts, J. 2009. Human population growth and the demographic transition. *Phil. Trans. R. Soc. B.* 364, 2985–2990. doi:10.1098/rstb.2009.0137.
- Doney S. and D. Schimel. 2007. Carbon and climate system coupling on timescales from the Precambrian to the Anthropocene. *Annu. Rev. Environ. Res.* 32:31–66.
- FAO 2012. El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo. [www.fao.org/icalog/inter-s.htm](http://www.fao.org/icalog/inter-s.htm).
- Koury, C., Laliberté, B. y Guarino, L. 2009. Trends and constraints in ex situ conservation of plant genetic resources: A review of global crop and regional conservation strategies.
- McGill Institute for Global Food Security. 2012. Food Prices and Political Instability. Fifth McGill Conference on Global Food Security. Montreal, Canadá, 33 p.
- Munday P. *et al.* 2009. Ocean acidification impairs olfactory discrimination and homing ability of a marine fish. *PNAS Vol. 106*, N° 6; 1848–1852.
- Narita D, K. Rehdanz & R. Tol. 2012. Economic costs of ocean acidification: a look into the impacts on global shellfish production. *Climatic Change*; 113:1049–1063.

EVANGELIO

## La luz

Henry Law  
(1797-1884)

«Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz»  
(Génesis 1:3).

**E**l que habla es Dios. La época en que habla es antes de que existiese el tiempo. Su palabra es omnipotente. Y como resultado, se origina el más grande de los dones. Las tinieblas lo oyeron y se desvanecieron. «Dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.

Esfuézate, lector, para imaginar aquella escena cuando la primera vez creó la primera bendición. Este mundo de tantas delicias era entonces una masa disforme de materia dispersa. No tenía forma, y por consiguiente carecía de belleza. Estaba vacío, y en el vacío falta todo lo que es grato. Inhospitario, porque una noche impenetrable cubría el vacío sin vida.

De esta agreste cantera, sin embargo, saldrán los materiales para construir la morada del hombre. Este desierto va a ser poblado con seres cuya edad será la inmortalidad. Va a ser el campo del cual se suministrarán los graneros del cielo. Por consiguiente, lo deforme debe asumir una forma; el desorden debe ser ordenado; y lo imperfecto ha de ser moldeado en amor.

¿Cómo será esto? Dios no tendría más que desearlo para que en un instante la creación apareciera en toda su perfección. Pero no es así como ocurre. Dios obra mediante un proceso gradual. Él obra. Aprendamos de ahí la sabiduría y la necesidad del esfuerzo. Dios obra por un proceso gradual. Esto nos enseña que la diligencia paciente es el sendero que nos lleva al bienestar.

Pero, ¿cuál es la primera maravilla que logra introducir la armonía y la gracia? La luz. ¿Preguntáis cuál es el lugar de su alumbramiento? ¿O el arte que la produce? La respuesta es: «Dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz».

Es imposible saber más. Y es así, porque más conocimientos sobre el particular no nos aprovecharían ni nos harían bien. Hay, sin embargo, verdades relacionadas con la luz abiertas a nuestra sincera investigación. Son algo así como un cofre lleno de perlas evangélicas. En su forma más bella vemos las más hermosas características del Señor de la luz.

El Espíritu Santo, guía seguro, proclama: «Aquella luz verdadera, que alumbró a todo hombre, vino a este mundo». También el profeta, vislum-

brando el fulgor de Cristo, canta: «El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz». El apóstol, hablando de Jesús, exhorta: «Alabad al que os llamó de las tinieblas a su luz admirable». Cerraríamos, pues, nuestros ojos a los altos propósitos de la luz, si no acertáramos a ver las trascendentales bellezas de salvación que emanan del primer día.

La luz es pura. No hay en ella, ni puede haber, mezcla o contaminación. Su misma naturaleza excluye lo impuro. Atraviesa inmaculada todo ámbito sucio. La nieve es brillante, no hay blancura que la sobrepase; pero la huella del hombre la mancilla. El agua salta brillantemente de su fuente; pero la mano humana puede ensuciarla. Sin embargo, nadie puede hacer menos pura la pureza de la luz.

Así es Cristo. Como hombre en la tierra era tan puro como Dios en el cielo. Pasó por un mundo de pecado cual rayo de sol iluminando una choza. Tomó la forma del pecado, para poder llevar su merecido, pero nunca conoció su mancilla. En el pesebre de Belén era el Niño santo. Y volvió al cielo en santo triunfo, como el santo Conquistador.

Estudia, lector, la santidad de Jesús. Es una de las anclas de nuestra esperanza evangélica. Cristo tiene que ser santo como Dios es santo, de lo contrario no podría ser el Mediador entre Dios y los hombres. Él mismo necesitaría de la expiación si tan solo una sombra de una sombra de pecado se hallase en su Persona: tendría que salvarse a sí mismo. Y nosotros no podríamos ser salvos. Pero Cristo es todo-suficiente para redimirnos, porque es el Santo compañero del Padre.

Estúdialo también como el modelo del alma regenerada. Salvación implica conformidad a Su imagen. «El que

tiene esta esperanza en él se purifica, como también él es limpio».

La luz es brillo. De hecho, ¿qué es el brillo sino el resplandor más claro de la luz? Cuando las nubes no ocultan el sol, el día es brillante. El panorama brilla cuando refleja los rayos del sol. Es brillante la esperanza libre de presagios sombríos. Así es Cristo. Él es el resplandor de la gloria de su Padre. Él encarna, como una constelación, todas las perfecciones divinas. Irradia el esplendor de los atributos de Dios. El tiempo más luminoso es aquel en que el Señor está más cerca. Y la página más brillante es aquella en que encontramos más de Cristo. El sermón más brillante es aquel en que se oye más acerca de Cristo. Y la vida luminosa es aquella en que más puede verse de Cristo.

La luz es hermosa. La belleza no puede prescindir de ella. Exclúidla, y desaparecerá todo encanto; el sol se ensombrecerá y los colores se desvanecerán. «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres ... el único entre diez mil y todo tú perfecto». ¡Qué plenitud de belleza hay en esta persona que es Dios y hombre al mismo tiempo! ¡Qué armonía de gracia hay en esta obra que une a Dios con el hombre! ¡Qué encantos contienen estas preciosas Escrituras que muestran Su valor! Ver su variada excelencia es una antesala del cielo. Así como toda luz hermosa embellece, así Cristo engalana a todos aquellos sobre los cuales descienden sus fulgores. Hermosea a los humildes con la salvación.

La luz es libre. Las riquezas del rico no pueden adquirirla. El arte del artesano no puede aprisionarla. El trabajo del obrero no puede ganarla. La pobreza del pobre no le priva de ella. Adondequiera que llega lo hace volan-

do sobre las alas de la libertad. No puede comprarse. Ilumina el palacio sin precio y llega hasta la choza graciosamente. Así es Cristo.

Pecador, ¿anhelas tú este precioso tesoro? Abre la puerta de tu corazón y es tuyo. «Venid, comprad vino y leche, sin dinero y sin precio». No pierdas el tiempo buscándole un precio. Los mismos ángeles comparados con él no son de ningún valor. Todos tus supuestos méritos no son más que defectos. Lo mejor que hay en ti es pecado, ¿y ofrecerás el pecado a Jesús? Reconoce tu miseria y acógete a la gracia. Lloras tus tinieblas y Cristo te dará su luz.

Todos los que ven sus luminosos rayos concuerdan en su testimonio. Todos cantan que lo que tienen lo han recibido de pura gracia. Me amó porque quiso amarme, me llamó porque quiso llamarme, me bendijo porque quiso bendecirme, me salvó porque quiso salvarme, brilló en mi alma porque así le agradó. Cuando yo estaba en tinieblas, él dijo: «Sea la luz, y fue la luz», y la luz era él mismo.

La luz lo revela todo. Tan pronto como las tinieblas arrojan su manto, nos movemos inconscientemente entre enemigos y peligros. Abismos se abren a nuestros pies, y cada contacto nos tizna, pero aunque el enemigo mortal se dispusiera a atacarnos no nos daríamos cuenta. Si permitimos que la luz se apague, la ruina y la suciedad se nos echan encima. Pero cuando la luz sale, pone de manifiesto las tinieblas.

Así también Cristo. Por sus rayos detecta el pecado que hay en cada

escondrijo de nuestro corazón. Y el mundo que tanto amamos es desmascarado como un monstruo cuyo abrazo es concupiscencia, y cuya mano sostiene la copa de la muerte.

Lector, ¿disciernes la corrupción del pecado y del veneno que engañan al mundo? Si no los disciernes es que la luz no ha visitado tu conciencia. Cristo no está en tu corazón. El lamento que produce la fe tiene siempre una nota que confiesa: «He aquí, estoy sucio». Hay siempre en él este ruego: «Lávame, y seré más blanco que la nieve».

Pero del mismo modo que el sol es visto por la propia luz que él mismo proporciona, así Cristo, no solo revela los peligros, sino que se revela a sí mismo. Muestra su cruz, la gloriosa prueba de su amor sin límites. Nos abre los tesoros de su Palabra.

Entonces, profundos llamamientos, testimonios, promesas y dulces notas de consuelo y paz se convierten en vida brillante, como los fulgores de luz en una puesta de sol. Abre las cortinas de sus cielos y vemos a un Dios reconciliado con los hombres, al mismo tiempo que vislumbramos los destellos de Su gloria.

La luz es la madre de la fertilidad. Las regiones en que el sol apenas brilla son áridos desiertos. La vegetación languidece en las sombras, y los árboles se secan. Perpetuo invierno significa desolación perpetua. Pero observen el cambio cuando vuelve la luz. El jardín, la viña y los campos son pronto cubiertos de fragancia y abundante vegetación.

**Has recibido la luz para que brille y la pongas bien en alto.  
Tú eres luz para que otros también sean luz por medio de ti.**

Así es Cristo. En su ausencia, el corazón se llena de maleza y hierbajos nocivos. Pero cuando sus fulgores vivifican, las semillas de la gracia fructifican y el árbol de la fe ofrece su fruto dorado.

La luz es el carruaje que transporta el calor, sin el cual el corazón se hiele y se hace tan duro como una roca. El suelo parecería de hierro si los cielos estuvieran siempre oscuros. Igualmente, los corazones sin Cristo son hielo. Pero cuando él entra se enciende una llama que ya nunca más puede morir. Arde el amor en cada cobijo del hombre interior. Es la chispa que irradia heroica en el ministro fiel y en el intrépido misionero. Ver y amar a Cristo da calor al corazón. Calor en el corazón es fuego en los labios. Y fuego en los labios es llama que prende en los oyentes. De este modo, muchas congregaciones endurecidas se derriten en corriente de santo celo.

La luz es asimismo heraldo del gozo. Egipto estuvo cubierto por las tinieblas durante tres días; falló la vista y cesó toda actividad. Tiempo sombrío aquel. En uno de los viajes más tempestuosos que efectuó el apóstol Pablo, ni el sol ni las estrellas aparecieron por muchos días. Fue un tiempo sombrío para el gran misionero.

Mientras Cristo no levante su semblante, no puede empezar la mañana feliz que no tendrá noche. La luz actual, sin embargo, no es más que la estrella de la mañana de la gloria verdadera. Y allí, con nuevos cuerpos celestiales, vestidos de luz, los redimidos reposan en una ciudad de luz, «que no tiene necesidad de sol ni de luna para alumbrar, porque la gloria del Señor ilumina, y el Cordero es la luz allí».

Lector, ¿estás tú viajando de la luz a la luz? No te engañes. Hay la frágil vela de la razón; pero no conduce a ningún cielo. Hay las muchas luces falsas del error. Nos llevan a las rocas y a los pantanos de destrucción. Vanos meteoros relumbran desde muchos púlpitos y en muchos libros. ¡Ten cuidado! Hay un solo sol en el firmamento, como hay un solo Cristo en la Biblia - un Cristo y un Espíritu, un Cristo del Padre, un Cristo de los salvados.

Pregunto de nuevo: ¿Se han desvanecido tus tinieblas? Tu respuesta será afirmativa si puedes ver al Sol de Justicia y odias el pecado, crucificas la carne y pisoteas el mundo; si te gozas en sus fulgores y tienes sed de más conocimiento y de una senda más brillante. Pero quizás tú ames las tinieblas más que la luz, porque tus obras son malas. Piensa, sin embargo, cuán sombrío es el camino amplio de la perdición. Va directo al abismo, en donde solo hay oscuridad, y en donde solo se oye el llanto y el crujir de dientes. Párate por un momento y medita: ¿No quisieras volver a «la luz verdadera»?

Creyente, contempla el lugar soleado de tu hogar. En tu gozo colmado recuerda que este jardín del Señor es un puesto de trabajo y no de ocio. Has recibido la luz para que brille y la pongas bien en alto. Tú eres luz para que otros puedan ser también luz por medio de ti. No digas: No soy yo quien puedo crear y dar luz. Cierto, pero es tu deber reflejar la luz. El planeta devuelve los rayos que recibe. El espejo devuelve la imagen. Tú no viste nada hasta que Cristo dijo: «Recibe la vista». No descansas hasta que su voz resuene en tu familia, en tu vecindario, en tu país y en el mundo entero.



Dios, por su gracia, nos ha dado un ministerio y este ministerio es simplemente impartir Cristo a otros.

TEMA DE PORTADA



# El ministerio del Nuevo Pacto

Stephen Kaung

*«Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos» (2ª Cor. 4:1).*

**D**e hecho, todo creyente debe servir al Señor, porque fuimos salvados para servirle y qué honra es ésta, que no estamos simplemente sirviendo al hombre, sino que servimos a Dios. El simple pensamiento de que servimos a Dios nos lleva a estar de rodillas. ¿Quiénes somos nosotros para servir al gran Dios? Es una honra que no puede ser descrita y sentimos cómo no estamos calificados para servirle, pero este es su gran placer y es por esta causa que él nos salva. Él no nos salva simplemente por nosotros – nos salva para que sirvamos a su propósito.

## **A de «aprendiz»**

Cuando nuestro querido hermano Watchman Nee fue a Inglaterra, conoció a un joven que recién se había graduado como médico, y este joven hermano se estaba yendo a India para servir como misionero y él serviría con la hermana Amy Carmichael. Tal vez ya han oído ese nombre. Ella fue una dama que el Señor utilizó para fundar un orfanato en India, y yo pude visitar ese lugar.

Aquel joven hermano iba a trabajar como médico en ese lugar, y sucedió que el hermano Nee estuvo allí de visita, y ellos estuvieron

juntos dos semanas, y este joven le preguntó a nuestro hermano: «¿Cuál es su consejo para mí ahora que voy a ser un misionero?». Y nuestro hermano le respondió: «Debes llevar una letra A bien grande escrita sobre ti».

No sé cuál es la costumbre aquí, pero en Inglaterra, cuando alguien está aprendiendo a conducir, debe usar una gran letra A (de Aprendiz) en el automóvil<sup>1</sup>. Así, todos saben que tal persona está aprendiendo, y manejan con cuidado.

Frecuentemente, nosotros sentimos que, después de haber sido salvos, pronto seremos maestros para ayudar a las personas. Pero, ¿saben ustedes que, cuando estamos sirviendo al Señor, es el tiempo de aprender? Hemos de llevar sobre nosotros esa gran letra A. Gracias a Dios, somos aprendices y nunca nos graduaremos en esta escuela. Durante todo el tiempo que sirves, tú aprendes, porque servimos a un gran Dios y tenemos mucho que aprender.

De hecho, nuestra vida en esta tierra es un periodo de prueba. Estamos aquí aprendiendo cómo servir a Dios. Nuestro servicio real comenzará más tarde. Si aprendemos bien hoy, un día oiremos la voz: «*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor*» (Mat.

25:21). Ésta es nuestra bendita esperanza. Todo el tiempo que estemos sirviendo, llevaremos esa gran letra A, y si lo hacemos así, gracias a Dios, él nos enseñará qué hacer y cómo hacerlo.

Realmente me impresiona el apóstol Pablo. Cuando él aún era Saulo, el Señor se le apareció en el camino a Damasco. Y desde ese momento en adelante, él rindió su vida al Señor.

### **El vivir del apóstol Pablo**

Todo lo que Saulo había hecho no era un realmente un servicio al Señor, sino todo lo contrario. Pero, después que encontró al Señor en el camino a Damasco, no solo su vida fue cambiada, sino también su servicio. ¡Y cuán fielmente sirvió él al Señor en su vida!

Si queremos conocer la vida de Pablo debemos ir a la epístola a los Filipenses, porque en esa carta él abrió su corazón y nos comparte su vida en el Señor. O para ponerlo de una forma bien simple: «Para mí el vivir es Cristo». Es así cómo él vivió delante del Señor.

Pero si queremos conocer cómo él sirvió al Señor, debemos ir a 2ª Corintios, porque en esa carta él revela el secreto de su ministerio. Entonces, en 2ª Corintios 4:1 él dice: «*Teniendo este ministerio*». Claro, su ministerio era el ministerio apostólico y no todos los ministerios son apostólicos.

---

<sup>1</sup> En inglés es L, de *learning* (Nota del editor).

Nosotros, como miembros del cuerpo de Cristo servimos al Señor de maneras diferentes, en diferentes áreas, y aun así, servimos al mismo Señor. Entonces, cuando él escribe con respecto a su ministerio, aunque no todos seamos apóstoles, nos enseña que los principios del servicio son los mismos.

### **Testimonio personal**

Por la gracia de Dios, yo fui salvo cuando tenía quince años. Crecí en el seno de una familia cristiana. Mi padre realmente amaba al Señor. Cada noche, antes de la cena, él reunía a sus siete hijos en un cuarto, nos leía la Biblia, nos arrodillábamos y él oraba por nosotros.

De cierta forma, yo conocía algo de Cristo desde mi infancia. Pero, aunque había estudiado en escuelas misionales e iba a las reuniones cada domingo, yo creía en el Señor mentalmente, pero creía que yo era demasiado bueno para necesitar ser salvo. Yo era apenas un estudiante. ¿Qué pecado tenía? Tal vez algo pequeño, pero todos hacen eso; comparado con lo que el mundo hace, yo me creía muy bueno y frecuentemente tenía esa idea. 'Que Jesús salve a las demás personas, pero yo no lo necesito tanto, porque yo soy suficientemente bueno'.

Pero, gracias a Dios, en su misericordia, caí gravemente enfermo. En esa época, mi enfermedad no tenía cura, y estuve al borde de

la muerte. Yo era joven, y no quería morir. Entonces oré, muchos oraron por mí, y la gracia de Dios me levantó. Después que fui curado, vino a mí un pensamiento muy natural: «Ahora, Dios te ha salvado, y tú tienes que hacer algo para pagarle». Entonces, para mostrar mi gratitud, empecé junto con otras personas a organizar reuniones cristianas en la escuela.

Todavía recuerdo claramente la primera vez que conduje una reunión de oración. Ninguno de mis compañeros y profesores conocía realmente al Señor. Entonces ¿cómo yo iba a dirigir esa reunión de oración? Para mí no era algo difícil. Fui al escritorio de mi padre, tomé un libro de oración y, simplemente, memoricé algunas oraciones. En la reunión compartí un mensaje y luego invité a todos a arrodillarse, pero nadie oró. Algunos empezaron a reírse y yo, de una forma muy severa, los reprendí y dije: «Bueno, estamos delante de Dios y no debemos reírnos». Fue la primera vez que conduje una reunión de oración.

También prediqué; pero, ¿qué podía predicar? Eso era fácil. Fui al escritorio de mi padre y buscar un libro de predicaciones. En esa época, había un predicador americano famoso de apellido Jowett. Elegí uno de sus mensajes, sobre el arca de Noé. Lo traduje al chino, lo memoricé y lo prediqué. Después



de predicar, me sentí muy bien. Lo único que no me gustó fue que nadie vino a felicitarme al final.

Hermanos y hermanas, así servía yo al Señor antes de ser salvo. Pero el Señor conocía el corazón, y él empezó a trabajar en mi vida. Sin que nadie viniese a hablar conmigo, el Espíritu Santo comenzó a obrar en mi vida y, de alguna manera, empecé a sentir que yo era un pecador y sentí que no había nada de bueno en mí. Y cuando sentí eso, quise de corazón conocer al Señor Jesús. Yo sabía que él era el Salvador del mundo; pero ahora, necesitaba que él me salvara, y lo busqué honestamente.

Durante ese año, en Shanghai, muchos predicadores vinieron a la iglesia de mi padre, y yo fui a oírles. A veces, cuando había llamados, yo pasaba adelante. En ese tiempo, era costumbre, después del mensaje, llamar a las personas acercarse al altar, arrodillarse y buscar al Señor. Yo lo hice muchas veces y lloré delante del Señor, pero después que la reunión terminaba, todo llegaba hasta allí. Nada quedaba en mi corazón. Y eso ocurrió durante un año.

Cuando llegó el verano, decidí ir a una conferencia. Yo quería ser salvo; esa era la única razón por la cual fui a la conferencia. Tres jóvenes americanos, recién egresados de la Universidad, conducían la conferencia. Yo los oí, y no había

nada de nuevo. Yo ya conocía todo lo que ellos predicaban. Entonces, no fui tocado en esa conferencia.

Después de algunos días, realmente me sentía desesperado. Y recuerdo que, una mañana, en mi cuarto, no recuerdo si estaba orando o simplemente meditando; pero, de alguna manera, le dije al Señor: «Señor, he visto tantas personas que son salvas tan fácilmente. ¿Por qué para mí es algo tan difícil?».

Recuerdo cierta tarde, tras una reunión, cuando iba saliendo, un predicador chino me detuvo y me preguntó: «¿Tú eres salvo?». Tuve que ser honesto, y le dije: «Yo quiero ser salvo». Todos ya habían salido, solo quedábamos nosotros dos, y él me preguntó: «¿Tú crees en la Biblia?». Le dije: «Sí». «Entonces abre tu Biblia y lee 1<sup>o</sup> Juan 1:9». Me pidió que leyera y cambiara el *nosotros* del versículo por mi nombre.

Entonces leí el versículo poniendo mi nombre en vez de *nosotros* y, después de leerlo dos veces, él dijo: «Vamos a orar». Nos arrodillamos y oramos. Yo sabía cómo orar, y empecé a orar. Pero, en ese momento, hubo una diferencia. Derramé mi corazón delante del Señor y confesé todos los pecados que podía recordar. Y le dije al Señor: «Hay muchos otros pecados que cometí y que olvidé, pero tú los sabes todos. Ahora, Señor, yo he hecho mi parte. *«Si confesamos*

*nuestros pecados...». Lo hice. Ahora, tú eres fiel y justo. Es tu turno. Tú eres quien puede salvarme. Si muero ahora, muero en tu seno».*

Extrañamente, sentí que la carga fue aliviada y yo era libre. Me levanté y el predicador me preguntó: «¿Eres salvo?». Y le dije: «Sí, soy salvo». Y me dijo: «¿Cómo lo sabes?». «Siento que la carga se ha ido, siento paz en mi corazón. Él hizo esto». Y, repentinamente, esta palabra vino a mí: «Yo sé que soy salvo porque Dios lo dice». Y él me dijo: «Eso está bien. Los sentimientos y las emociones cambian, pero la palabra de Dios nunca cambia».

Amados hermanos y hermanas, ese fue el principio de una nueva vida. Recuerdo que regresé a mi cuarto, abrí la Biblia en 2ª Pedro y, a medida que leía, era diferente. Era como si Dios ahora estuviera hablando conmigo. Hermanos y hermanas, es así cómo la gracia de Dios vino a este pecador indigno.

Ahora, en ese tiempo, en una reunión de avivamiento, el último día siempre era de consagración. Aún puedo recordar que en la pared de la sala había un gran mapa de China, y el predicador comenzó a decir: «Si tú amas al Señor,

puedes escoger dónde vas a ir a servirle».

En otras palabras, en aquella época, nuestro entendimiento era muy limitado. A nosotros nos parecía que la consagración tenía solo un fin – ser un predicador. O si eras una mujer, podías ser una mujer de la Biblia. Ese era el entendimiento general de la época.

Entonces, cuando el predicador dijo: «Si amas al Señor, puedes elegir dónde vas a ir», yo tenía solo quince años en esa época, recién salvado, y tenía tal amor y celo por el Señor, que pensé: «Tengo que probar cuánto amo al Señor; entonces, iré al lugar más lejano». Fui a la plataforma y puse mi dedo sobre Mongolia. Si conoces algo el mapa de la China, aquél es el lugar más remoto. «Yo quiero ir allí, para demostrar mi amor por el Señor».

Hermanos y hermanas, para mí, eso era algo muy real. Ocurrido aquello, la escuela reinició su actividad. Era mi último año de secundaria, y algunos de nosotros nos reunimos. Realmente habíamos sido salvos, dos profesores y dos estudiantes. Comenzamos a planear actividades cristianas. Organizamos equipos evangelísticos

**El sentido de nuestra total incapacidad es el principio  
de un real ministerio.**

que iban a los sectores rurales a predicar y a orar por los enfermos. Y cuando la iglesia tenía reuniones evangelísticas, siempre estábamos al frente, llamando a las personas a oír el evangelio. Teníamos fervor por el Señor.

Pero, hermanos y hermanas, cuando hacíamos eso, todo procedía de nosotros, de nuestro propio celo, de nuestro entusiasmo, y así hacíamos todo. Estábamos lejos de esperar en el Señor y de realmente saber qué era lo que él quería que hiciésemos. No teníamos idea de eso. Solo servíamos al Señor de la mejor manera que sabíamos, y con toda nuestra energía natural. Esa era nuestra forma de servirle.

Hermanos y hermanas, gracias a Dios, él conoce nuestros corazones. Luego, gradualmente, él comenzó a enseñarme que sus caminos son más altos que los caminos del hombre, sus pensamientos más altos que los pensamientos del hombre; y, a pesar de nuestra inocencia, el Señor realmente conoce nuestro corazón, porque en el fondo de nuestro corazón nosotros le amamos.

Mongolia era un deseo era muy real para mí y todo ese año recolecté información sobre aquel lugar. Y decidí que, después de graduarme de la secundaria, yo no iría a la universidad, porque consideraba que eso sería perder cuatro años. Yo estaba muy activo en los

círculos cristianos y conocía muy bien las escuelas bíblicas. Decidí ingresar a una de ellas a estudiar la Biblia, y después iría a servir a Mongolia.

Después que me gradué en la secundaria, hablé con mi padre. Yo estaba seguro que él iba a entender porque él servía y amaba al Señor. Él conocía al Señor. Para mi sorpresa, él dijo: «No. Tú irás a la Universidad, y cuando termines, te enviaré a los Estados Unidos a estudiar Teología». Yo solo tenía dieciséis años, y en China aprendemos a obedecer a nuestros padres. A pesar de mi decepción, obedecí.

Entonces fui a la Universidad. Era una universidad misional, en otra ciudad. Los profesores eran misioneros que venían de los Estados Unidos. Cuando llegué, de inmediato me involucré seriamente en las actividades cristianas. Pero, al poco tiempo, para mi sorpresa, descubrí que esos misioneros no creían realmente en la Biblia como la palabra de Dios. Todo lo que ellos hablaban era de los aspectos sociales, políticos y éticos de la Biblia. Ni siquiera creían que Jesús es el Hijo de Dios.

Hasta entonces, yo no sabía que hay dos clases de cristianos. Era la primera vez que me encontraba con este tipo de cristianismo. Cuando yo intentaba hablar sobre el Señor, ellos rehuían el tema. Entonces me encerré en mí mismo. En el inter-

nado, compartíamos tres personas el mismo cuarto, pero, ¿qué podía hacer ahora? Sentí que la única forma de mantener mi vida con el Señor sería estar muy cerca de él. Entonces dediqué mucho tiempo a estar de rodillas, leía mi Biblia y oraba de rodillas; y ni siquiera me importaba que mis compañeros de cuarto entraran o salieran mientras yo permanecía de rodillas, porque sentía que si no tenía ese tiempo con el Señor no podía proseguir.

### **Amistad con Watchman Nee**

Fue en esos momentos serenos que empecé a apreciar lo que el Señor había dado a nuestro hermano Watchman Nee. Yo ya lo había oído algunas veces en el pasado. De hecho, ya lo habíamos invitado a nuestra escuela a predicar a los estudiantes, y yo fui al lugar donde se reunía para oírle predicar.

Aún recuerdo la primera vez que lo encontré. Él predicó un mensaje evangelístico. El tema era: «Dios está dispuesto. ¿Estás tú dispuesto?». Y eso realmente nos tocó. Gracias a Dios, ya éramos salvos. La primera vez que fui a escucharlo, nuestra escuela estaba en un extremo de Shanghai y el lugar donde él se reunía, en el extremo opuesto, y fui a escucharlo junto con un profesor que se había graduado recién en la universidad.

La reunión era un domingo a las dos de la tarde. Nosotros llegamos

a la una. No había nadie allí. Era un salón donde cabían unas doscientas personas, y solo nosotros dos estábamos ahí, y empezamos a hablar, a reírnos. De pronto, un hombre entró y nos dijo que el señor Nee estaba descansando arriba. ¿Podían calmarse un rato? Eso nos asustó.

A las dos de la tarde, el salón estaba lleno. Nadie hablaba. Las personas que entraban se sentaban y oraban silenciosamente o leían la Biblia. A las dos en punto, el hermano Nee bajó de su cuarto y predicó por dos horas. Hasta hoy recuerdo que él predicó sobre la mujer samaritana. Un hombre solitario encontró una mujer solitaria. Fuimos tocados, pero no estábamos preparados para ese mensaje porque estábamos muy expectantes, no teníamos quietud para apreciar el mensaje.

Pero después, cuando yo estaba en la universidad, en un lugar frío como un cubo de hielo, y en esa época leí los escritos de Watchman Nee y eso empezó a tocar mi corazón.

### **Bautismo en agua**

El asunto del bautismo empezó a preocuparme. Yo fui bautizado cuando era un bebé. Mi padre roció mi cabeza con gotas de agua. Yo creía que ya había sido bautizado, y ni siquiera sabía lo que significa el bautismo. Algunos intenta-

ron revisar las Escrituras conmigo, pero yo era muy obstinado y rehusaba escuchar. Sin embargo, a medida que leía la Biblia, llegué a la convicción de que aquel bautismo que recibí de mi padre no era correcto. Esa era la fe de él, no la mía. Yo realmente tenía que declarar que creía en el Señor y separarme del mundo.

Cierto día fui y llamé a la puerta de la casa de Watchman Nee. Él abrió y me preguntó: «¿Qué quieres?». Le dije: «Quiero ser bautizado». Me dijo: «¿Tu padre sabe esto?». Él conocía a mi padre. «No, pero, aun así, quiero ser bautizado». Entonces fui bautizado. El día siguiente era domingo, y empecé a partir el pan con los hermanos.

El bautismo realmente abrió mi entendimiento. Gradualmente, la palabra de Dios empezó a ser viva y real para mí, y yo sentía que tenía que seguir al Señor. Yo había estado haciendo cosas religiosas, pero que no eran la voluntad del Señor. Y tenía que librarme de ellas y seguir al Señor con todo mi corazón.

Hermanos y hermanas, nosotros podemos servir al Señor con nuestras propias ideas, con nuestra energía natural, con nuestro propio celo. Pero, ¿será esa la manera en que él quiere que le sirvamos?

Estudiando la palabra de Dios, empecé a comprender que, si que-

remos servir al Señor, tenemos que servirle a su manera. No podemos servirle de nuestra manera o de forma tradicional. Tenemos que servirle a su manera. Y hasta hoy, nunca fui a Mongolia. Esa era mi manera, y Dios dijo: «No». Él cambió el rumbo. Él quería que yo lo siguiera. Aunque el mundo me despreciara, aunque mi propia familia no me comprendiera, yo tenía que seguirlo a él.

Algo que siempre encendió mi corazón fue: «Yo quiero ser su discípulo, quiero seguirle». Hermanos y hermanas, al hacer eso, nosotros pasamos por grandes tribulaciones, que no solo vienen del mundo, sino también del mundo cristiano. Pero aun así, hay gozo y paz en nuestro corazón.

En mi familia, solo mi padre sabía lo que pasaba; los demás no entendían. Pero, gracias a Dios, mi padre siempre entendió. Entonces, cuando me gradué en la universidad, Dios levantó una asamblea en la ciudad de Suzhou. Entonces dije: «Señor, no estoy listo aún. Me gustaría pasar más tiempo preparándome; quisiera conocer más la Biblia». Y no podía dejar esa pequeña reunión ahí. El hermano Nee quería que yo estuviera con él. Fui a Shanghai por una semana y regresé, porque sentía que no estaba preparado.

Pero los caminos del Señor son más elevados que los caminos del

hombre. Él sabía cuán obstinado soy. Durante ese tiempo, en nuestra reunión había un joven hermano que estaba en la secundaria, y yo lo amaba mucho. Antes de las vacaciones, antes de regresar a su hogar en Nankín, él estaba nadando en un río y se ahogó. Yo tuve que hacer los arreglos hasta que sus padres llegaron.

La noche después que él fue sepultado, yo no podía dormir, y discutí con Dios. «¿Por qué tuviste que llevarte a este joven hermano?». Y a medida que discutía con Dios, él me dijo: «Ese hermano murió por ti. Tú dijiste que querías servirme, pero que este no era el momento. Ahora, si tú murieses como ese joven, ¿estarías dispuesto a servirme?». El Señor me convenció. Entonces le dije a mi padre, y él comprendió. Nos arrodillamos juntos, me encomendó al Señor, y me dijo: «Si estás sirviendo a Dios, no me interesa dónde le sirvas». Me bendijo y me dejó ir.

La primera vez que salí de casa tenía veinte años y fui a Shanghai a encontrarme con el hermano Nee. Durante ese año, el hermano Nee estuvo enfermo la mayor parte del tiempo. Pero se hicieron algunos arreglos para que yo pudiera estar con él una vez por semana, y nosotros hablábamos. Normalmente, él me daba algunos libros para leer. Y eso cultivó mi hábito de lectura.

¿Y saben cómo él trató conmi-

go? Los domingos a las siete, él me mandaba una pequeña nota, solo dos palabras. Si decía: «Yo vengo», eso significaba que iba él a hablar ese domingo. Pero si decía: «Tú predicas», entonces yo predicaba ese domingo. Él me mantuvo en suspenso durante todo un año. Yo realmente temblaba.

Cuando eres un joven de veinte años de edad, ¿cuánto realmente conoces al Señor? Había personas sentadas allí que conocían al Señor por diez, veinte o treinta años. Gracias a Dios por su paciencia conmigo. Yo no sabía lo que estaba predicando, pero era un proceso de aprendizaje. Después de eso, él me enviaba cuando las personas lo invitaban a algún lugar y él no podía ir. Y más tarde, viajé de ciudad en ciudad, predicando el evangelio, reuniendo al pueblo de Dios y tratando de ayudarlos.

Después de hacer todo eso por varios años, yo me sentía cansado. Y dije: «¿Eso es servir al Señor? ¿Qué puedo hacer?». Me preguntó: Si hay hermanos o hermanas que están sirviendo al Señor en esa forma, ¿se sentirán cansados? Las cosas pueden ser correctas, pero, ¿es eso realmente vida delante del Señor?

Entonces Dios actuó, en su soberanía. Yo estaba en Singapur, y empezó la Segunda Guerra Mundial. En el último momento, el 31 de diciembre de 1941, el Señor me

sacó de Singapur y me llevó a India. Llegué como refugiado, pero el Señor hizo algo maravilloso. Es una historia muy larga como para entrar en detalles. El Señor me permitió ir a cierto lugar a descansar dos meses y medio. (*El hno. Stephen estuvo ese tiempo en una casa de reposo sostenida por la hermana Amy Carmichel en India. Nota del Editor*).

Durante ese tiempo, pude estar quieto delante del Señor y allí leí los libros de Austin-Sparks. El Señor abrió mis ojos y empezó a mostrarme su eterno propósito y a mostrarme la inmensidad de Cristo. «Si Cristo es mi tema, no hay fin en la predicación» decía el hermano Sparks. Eso abrió mis ojos y me libertó. Luego, regresé a China.

## No desmayamos

A medida que vamos sirviendo, continuamos aprendiendo. El apóstol Pablo dice: «...*teniendo este ministerio, no desmayamos*» (2ª Cor. 4:1). Piensen eso. Este ministerio de servir a nuestro Dios es tan maravilloso, tan noble. Es ministrar a Cristo a las personas, no solo algunas reglas y regulaciones, ni siquiera explicaciones. Significa impartir a Cristo, impartir vida. Es algo tan noble. ¿Quién somos nosotros para hacer eso? Cuanto más entiendes lo que es servir al Señor, más descubres tu falta de calificación.

Si realmente sabes lo que es servir al Señor, vas a desmayar. Her-

manos y hermanas, la primera lección que debemos aprender sobre este servicio es desmayar. ¿Hemos llegado ya a ese punto? ¿O aún somos tan fuertes en nosotros mismos, como si fuéramos capaces de hacer cosa alguna? ¿Vemos realmente lo que significa servir al Señor a su manera, por su fuerza, sin nada de nosotros; no impartiéndonos a nosotros mismos, sino impartiendo a Cristo, dando vida?

Cuando piensas en eso, ¿cómo no desmayar? ¿Quién soy yo para hacer esto? ¿Cómo puedo hacerlo? Pero el apóstol dice: «*Teniendo este ministerio, no desmayamos*». ¿Cómo no desmayar? Porque él dice: «...*según la misericordia que hemos recibido*». Es solo por la misericordia de Dios que no desmayamos, que somos capaces de servir al gran Dios vivo, que somos capaces de impartir vida a las personas, para que Cristo crezca y nosotros disminuyamos. Hermanos y hermanas, esta es la misericordia de Dios.

Esa es la primera lección que tenemos que aprender al servir al Señor. Si seguimos creyendo que somos capaces, aún no sabemos lo que realmente es el ministerio, olvidamos a Quién estamos sirviendo. El sentido de nuestra total incapacidad es el principio de un real ministerio. Por eso, Pablo dice que hemos recibido misericordia. Misericordia significa que todo viene de Dios, nada de nosotros mismos.

Por causa de la misericordia de Dios, no desmayamos. Entonces, hermanos y hermanas, esta es la primera lección que tenemos que aprender al servir al Señor.

### **Ministerio del Nuevo Pacto**

Entonces la segunda lección. Hay dos formas diferentes de servir al Señor. Al leer 2ª Corintios capítulos 3 y 4, tú ves como el apóstol Pablo nos muestra muy cuidadosamente que servir es ministrar al Señor y que hay dos formas de ministerio. Un tipo es lo que él denomina el ministerio del Antiguo Pacto y el otro, él lo llama el ministerio del Nuevo Pacto.

Pablo está hablando de su propia experiencia. En Filipenses capítulo 3, él habla de su pasado, diciendo: «Yo soy un judío típico, de la tribu de Benjamín». ¿Por qué él menciona eso? Porque, entre las doce tribus de Israel, Benjamín fue la única que permaneció con Judá. Entonces, él dice: «Yo soy hebreo de la tribu de Benjamín, fui educado como un fariseo».

Hoy tenemos una connotación muy negativa de los fariseos – ellos eran hipócritas, tenían grandes ideales; hablaban mucho, pero no hacían lo que debían hacer. Pero Saulo era un fariseo real: él había estudiado a los pies de Gamaliel, el gran rabino de aquella época. Y él dice ser «*fariseo de fariseos*», porque en su familia hablaban hebreo

y, en su celo, él perseguía a los cristianos, pues, de acuerdo con las enseñanzas de los padres, ellos consideraban que Jesús era un impostor y debía ser combatido.

Saulo hizo cuanto pudo para eliminar a los cristianos. Y mientras hacía eso, él creía servir a Dios. Él pensaba que estaba sirviendo a Dios, porque servía sin revelación, servía de acuerdo con la tradición, ¡y cuánto perjuicio causó! En otras palabras, él estaba sirviendo a Dios de acuerdo al ministerio del Antiguo Pacto. Pero, en el camino a Damasco, después de recibir revelación de lo alto, su servicio fue totalmente cambiado, y él comenzó a servir según el ministerio del Nuevo Pacto.

Hermanos y hermanas, hay dos modos diferentes de servir a Dios. Uno es rechazado por Dios; de hecho, ofende a Dios. El otro modo es el modo de Dios, y Dios se agrada en él. Entonces, en relación al ministerio, usualmente nosotros empezamos a servir en el modo del Antiguo Pacto. Sin embargo, por la gracia de Dios, él nos liberta y nos capacita gradualmente de acuerdo con el Nuevo Pacto y ése es el único servicio aceptado por Dios.

¿Recuerdan lo que el Señor dice en el Sermón del Monte? «*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos mila-*



*gros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí»* (Mat. 7:22-23). Eso quiere decir: «No os apruebo».

Hermanos y hermanas, ¿de qué tipo es nuestro ministerio? ¿Es del Antiguo o del Nuevo Pacto? Ahora, ¿cuál es la diferencia? Al leer 2ª Corintios capítulo 3, Pablo menciona las cartas de recomendación. En esos días, las personas no se conocían unas a otras, y cuando un hermano o hermana viajaba a otra ciudad, debía llevar consigo una carta de recomendación de los hermanos de la ciudad donde ese hermano o hermana venía, y gracias a esa carta, la persona era recibida.

Pero Pablo dice: «Yo no necesito esa carta de recomendación, porque ustedes son mi carta». ¿Cómo se escribe esa carta? Espiritualmente hablando, no en el papel, sino en el corazón. Pablo dice: «Simplemente me miras a mí y verás la carta de Cristo; entonces sabrás lo que dice». «Mírate a ti mismo», les dice a los corintios, «y sabrás qué carta de Cristo escribí en vuestros corazones. Esa es mi carta de recomendación».

De cierta manera, el ministerio es como escribir una carta, dejando un registro allí, y al ver esos registros sabrás lo que hiciste. Pero hay dos formas de escribir esa carta; una es la manera del Antiguo Pacto. Una carta escrita con tinta. La tinta, en las Escrituras, nos hace recordar a un escriba. En otras pa-

labras, ese es un ministerio basado en lo que leíste o estudiaste, en el conocimiento que has acumulado en tu mente. Cuando estudias, tú usas tinta para escribir, y lo que escribes es con tinta; es decir, estás pasando a las personas lo que estudiaste, lo que leíste o lo que meditaste.

Y cuando usas tinta, ¿dónde escribes? Ese el segundo aspecto. Estás escribiendo sobre piedra; porque, si recuerdas los Diez Mandamientos, ellos fueron escritos sobre piedra. En otras palabras, aquí están las palabras de Dios, pero están fuera de ti. ¿Cómo sabes que esa es la voluntad de Dios? Tienes que estudiar o, si no puedes estudiar, otros te enseñarán lo que tienes que hacer.

Si algo está escrito en piedra, está fuera de ti. No hay un sentimiento, todo es objetivo. Eso es el escribir del Antiguo Pacto, es el ministerio del Antiguo Pacto, y depende mucho de tu competencia – si tú eres capaz de hacer eso, si estudiaste lo suficiente, si adquiriste suficiente conocimiento para que puedas pasar esa información. Pero, por supuesto, eso es de mente a mente, no de espíritu a espíritu.

Al servir de esa forma, estás condenando en vez de justificar, porque si no conoces los mandamientos de Dios, tú no eres culpable; pero si los conoces y no los

haces, eres condenado. Este es un ministerio de muerte, no un ministerio de vida, que empieza con gloria, pero esa gloria gradualmente se desvanece.

Recuerden a Moisés. Él estuvo delante del Señor, recibió los Diez Mandamientos y, al bajar del monte, su rostro resplandecía y las personas tenían miedo de mirarlo. Él puso un velo en su rostro, y esa gloria se desvanecía. Ese es el ministerio del Antiguo Pacto.

Hermanos y hermanas, gracias a Dios, él nos libertó de ese Antiguo Pacto de la ley y nos trasladó al Nuevo Pacto de la gracia, y eso es lo que la mesa del Señor es. En Lucas 22:20, el Señor tomó la copa y, ¿qué es lo que dijo? «*Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama*». Hermanos y hermanas, siempre que recordamos al Señor en la mesa, él nos recuerda que ya no estamos bajo el Antiguo Pacto de la ley, sino en el Nuevo Pacto de la gracia. Somos el pueblo del Nuevo Pacto, y no solo el pueblo del Nuevo Pacto, sino que servimos con el ministerio del Nuevo Pacto.

Un pacto es la manera en que Dios trata con nosotros, y también es cómo nosotros tratamos con Dios. Nuestros relacionamientos con Dios son de acuerdo con el Nuevo Pacto. Esta es la manera en que vivimos y la manera como servimos.

Veamos qué es este ministerio del Nuevo Pacto. En primer lugar, este ministerio no es con tinta, sino con el Espíritu. En otras palabras, procede del Espíritu. En lo más profundo de tu espíritu, tú recibes revelación de Dios. Nosotros recibimos visión de Dios. El Espíritu Santo toca tu espíritu y te hace entender cuál es la voluntad de Dios y, procedente de lo que aprendiste en tu interior, tú ministras.

No es simplemente una cuestión de letra. No estoy diciendo que la letra es inútil. Nosotros necesitamos estudiar la Biblia, necesitamos conocer la palabra de Dios y atesorarla en nuestro corazón. Y cuando el Espíritu Santo toca lo que está en tu corazón, él puede hacer aflorar la Palabra que está en ti hacia afuera de una manera viva, y así puedes servir a otros.

En segundo lugar, el ministerio del Nuevo Pacto no está escrito en piedras, sino escrito en la carne del corazón. Hermanos y hermanas, todos sabemos que, en nuestro ministerio, si procede de tu mente, todo lo que hará será tocar la mente de otros. Pero, si procede de tu corazón, va a tocar el corazón de los hombres. Ese es el ministerio del Nuevo Pacto.

Cuando piensas en tal ministerio, tú nunca piensas que eres competente. Si crees que lo eres, debes preguntarte qué tipo de ministerio estás desarrollando. En el ministe-

rio del Nuevo Pacto, siempre sentirás que no eres competente. Tu competencia viene de Dios. «*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*» (Zac. 4:6).

Esa es la señal de qué tipo de ministerio estás llevando a cabo. Y es un ministerio de justificación. En vez de condenar a las personas, las llevas a la gracia de Dios. Es un ministerio de gracia, un ministerio glorioso. Podemos contemplar al Señor con el rostro descubierto y el Espíritu empieza a trabajar en nuestras vidas y nos lleva de gloria en gloria.

Entonces, hermanos y hermanas, aquí vemos estos dos tipos de ministerio. Y, al leer la vida de Pablo, tú ves cómo él, como fariseo, ministraba en el Antiguo Pacto; pero luego, como apóstol, él ministró a la manera del Nuevo Pacto y realmente impartió vida a las personas.

### **Renunciando a lo oculto**

Por último, llegamos a la pregunta importante: ¿Cómo es posible que tengamos este ministerio del Nuevo Pacto? Eso es lo que el apóstol Pablo trata de explicarnos en 2ª Corintios capítulo 4: «...*teniendo nosotros este ministerio, ... no desmayamos*», porque tenemos la misericordia de Dios sobre nosotros. Pero, ¿eso quiere decir que todo lo que vamos a hacer es sen-

tarnos y esperar? No. Aun cuando fue Dios quien hizo la obra, nosotros no hicimos nada, tenemos una responsabilidad. Es como cuando la Biblia dice: «*Buscad, y hallaréis*». El tesoro está ahí, pero tienes que buscarlo, y cuando lo buscas, lo encuentras.

Entonces, hermanos y hermanas, ¿cómo podemos ser trasladados del ministerio del Antiguo Pacto al del Nuevo Pacto? ¿Cuál es la parte que tenemos que hacer, y cuál es la parte que el Espíritu Santo hará? Lo vemos en el capítulo 4 versículo 2: «*Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios*». Esa es la parte que nosotros tenemos que hacer.

Si realmente queremos servir a Dios en la forma del Nuevo Pacto, tenemos que hacer algo nosotros, necesitamos renunciar a lo oculto y vergonzoso. Si hay algo en nuestra vida que avergüenza, algo que no está bien, pero aun así permitimos que continúe, si hay algo oculto, tenemos que confesarlo al Señor y renunciar a todo lo que es obstáculo en el camino del Señor y no adulterar o falsificar la palabra de Dios, es decir, no usar la palabra de Dios para nuestro propio beneficio; explicar la palabra de Dios de forma directa, sea lo que

sea que ella dice, aunque sea contra nuestro propio interés.

Muchas personas intentan usar la palabra de Dios para su propio beneficio, pero eso es algo de lo que tenemos que ser librados, «*por la manifestación de la verdad recomen-dándonos a toda conciencia humana*», o sea, cuando estamos ministrando a otros, no hay ningún motivo secundario en nuestra conciencia delante de Dios y de los hombres, como el apóstol Pablo dijo cuando estaba delante del gobernador: «*Toda mi vida mantuve una buena conciencia delante de Dios y de los hombres*» (Hch. 24:16).

En otras palabras, al ministrar a otras personas, de cierta forma, te estás ministrando a ti mismo. No hay ningún interés propio en eso, es puramente para Dios. No porque quieres recibir algún beneficio, recomiendas a tu propia conciencia ante todo hombre. De esa forma, no hay obstáculo en lo que predicas. Esa es nuestra preparación. Dicho de otra forma, tiene que estar todo limpio y abierto ante el Señor y si andamos así, entonces el Espíritu Santo trabajará. ¿Cómo él opera? El apóstol Pablo usa una ilustración, diciendo: «*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro...*» (2<sup>a</sup> Cor. 4:7).

### **Vasos quebrados**

Todos nosotros somos vasos terrenales. ¿Te ves a ti mismo como

ese simple vaso de barro? A veces pienso que algunos hermanos se ven a sí mismos como vasos de alabastro. Tenemos un muy alto concepto de nosotros mismos, pero la Biblia dice solo somos vasos de barro, comunes, opacos. Eso es lo que somos, hechos del polvo, sin valor, pero gracias a Dios, él hace algo que nadie haría. ¿Tú pondrías un tesoro en un vaso de barro? No, no combina. Si tienes un tesoro, lo pones en una caja de oro.

Esa es la maravilla de Dios. Él es el único que pone un tesoro en un vaso de barro. ¡Qué tesoro es este – el tesoro de los tesoros! No hay tesoro más valioso que él. ¿Cuál es el tesoro? El Hijo de Dios, Jesucristo, el tesoro de Dios. Y aun así, Dios desea poner ese tesoro en nuestro corazón. Indignos como somos, él pone el tesoro más digno en nosotros – «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*» (Col. 1:27).

Pero, hermanos y hermanas, hay un problema. El tesoro está lleno de luz, es resplandeciente; pero, como él está oculto en el vaso de barro, y el vaso es opaco, la luz está escondida y no puede brillar a través de éste. El resplandor del tesoro no puede ser visto. ¿Cómo el resplandor del tesoro puede ser liberado? Solo cuando el vaso es quebrado. Esa es la forma cómo el Espíritu Santo está operando en nosotros. Él es responsable por la vida de Cristo en nosotros.

Frecuentemente digo: Dios nunca confía un alma a otra persona. ¿Por qué? Porque nuestra alma es tan valiosa para él. Él solo confía las almas al Espíritu Santo. El Espíritu Santo mora en nosotros y él es el único responsable por la vida de Cristo en nosotros. Es su labor hacer que la vida de Cristo crezca en ti y hacer que esa vida de Cristo en ti sea liberada y fluya a través de ti. Y porque él es responsable, y él es fiel, cada día él prepara nuestras circunstancias, para quebrantarnos y para que Cristo resplandezca.

Conocemos la historia de María. Ella deseaba expresar su amor por el Señor al traerle una ofrenda. Ella no era rica. Tal vez aquel vaso de alabastro con perfume de nardo puro era la economía de toda su vida; tal vez lo guardaba para su boda. Pero, después que el Señor hizo esa obra tan maravillosa en la vida de su hermano Lázaro, ella quería expresar su amor y su gratitud al Señor. Entonces trajo el frasco de alabastro y lo quebró. La libra de nardo puro fue derramada sobre el Señor y la fragancia llenó el cuarto. Ella se quebrantó a sí misma para que el Señor fuera honrado.

Eso es lo que el Espíritu Santo está obrando en nosotros – quebrantándonos para que Cristo pueda resplandecer. Vemos en 2ª Corintios 4:8: «...que estamos atribu-

*lados en todo, mas no angustiados». Es como si no hubiera salida por ningún lado, pero si la hay. No es el fin; hay un camino ascendente. «...en apuros, mas no desesperados». Llegas al final de lo que puedes hacer, pero no al fin de tu vida. «...perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos», golpeados, pero no fuera de combate.*

### **Librándonos de nosotros mismos**

¿No es verdad que, a veces, en tu vida, el Espíritu Santo arregla tus circunstancias de forma tal que te lleva al punto en que parece que no hay salida? Pero, gracias a Dios, hay una salida. A veces crees haber llegado al fin de ti mismo; intentas esto y aquello, y nada parece funcionar. Pero, gracias a Dios, no hay nada imposible para Él. Eres perseguido, pero no abandonado. A veces eres golpeado; tal vez muchas veces, pero te levantas de nuevo, no fuiste noqueado definitivamente. Esa es la experiencia cristiana.

El Espíritu Santo prepara nuestras circunstancias, para que llevemos en nuestro cuerpo la muerte de Cristo. No la muerte como un hecho real, sino los efectos de la muerte de Jesús. Cuando él murió, llevó sobre sí nuestros pecados y ellos fueron perdonados. Cuando Cristo murió, nosotros morimos en él y con él. Eso es un hecho. En ese

sentido, es un hecho eterno, eficaz para siempre. Su muerte ocurrió dos mil años atrás, pero el efecto de esa muerte es real aún hoy.

Pero aquí Pablo no habla de la muerte de Cristo. En el original, es el proceso de la muerte de Cristo, no solo algo que ocurrió en el pasado, sino que está en acción hoy. El Espíritu está aplicando el morir de Jesús en nuestra vida. Él pone la vida de nuestra alma en muerte, y nos libra de nosotros mismos, no solo de lo peor, sino también de lo mejor de nosotros, porque en nuestra carne no mora el bien.

El Espíritu Santo obra en nosotros de forma completa. A menudo pensamos que en el mundo hay aflicciones, pero ahora, que creemos en Jesús, todos los problemas se terminarán. Vamos en un carro magnífico y alguien nos está llevando al cielo. Pero, para nuestra sorpresa, la vida cristiana no es así. Enfrentamos muchos problemas y el Señor nos disciplina para librarnos de nosotros mismos y para que la vida de Cristo pueda brillar a través de nosotros, no solo creciendo en nosotros, sino impartida a aquellos a quienes tú ministras. Ese es el ministerio del Nuevo Pacto.

El ministerio del Nuevo Pacto no se mide por el conocimiento, sino por la vida. Y para esto, ¿quién es competente, a menos que el Señor mismo lo haga? Gracias a Dios, esa es su misericordia. Así somos

liberados del Antiguo Pacto para el ministerio del Nuevo Pacto, de forma gradual, y eso es vida impartida. No desmayaremos si queremos hacerlo. *«Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día»* (2ª Cor. 4:16).

No estamos buscando aquello que se ve, sino las cosas invisibles, porque las cosas visibles son temporales, pero las invisibles son eternas. Entonces, amados hermanos y hermanas, gracias a Dios, por su gracia, él nos ha dado un ministerio y este ministerio es simplemente impartir Cristo a otros.

Nadie puede hacer eso por sí mismo, pero todos podemos hacerlo por el Espíritu de Dios. Por eso, la gloria es para Dios; nosotros no tenemos de qué gloriarnos. El apóstol Pablo dice: «Nosotros apóstoles, somos considerados los últimos. Somos como la escoria del mundo, como nada; pero Cristo es todo y nosotros somos vuestros consiervos». Este es el ministerio.

Que el Señor pueda llevarnos adelante. Nunca te olvides de esa gran letra A sobre ti, y que Dios bendiga a cada uno de ustedes.

NOTA: En septiembre de 2012 tuvimos en Chile el privilegio de recibir por segunda vez la visita de nuestro amado hermano Stephen Kaung. A la fecha, él contaba ya con 98 años de edad. Este artículo es una síntesis de su primer mensaje, dado en la ciudad de Santiago.

Uno de los grandes peligros que corremos en la vida cristiana es vivirla de manera liviana, despreciando nuestro llamamiento. La fuerza espiritual reside en nuestra consagración.

TEMA DE PORTADA



# Consagración y servicio

Luiz Fontes

**A**briremos nuestro corazón a la voz de Dios en estos días, para permitir al Señor que nos recuerde algunos puntos en relación a la consagración y el servicio que tal vez hayamos ignorado. En este tiempo, el Espíritu de Dios está reivindicando a la iglesia del Señor para que ella pueda tocar las esferas más elevadas de su llamamiento celestial.

La iglesia en estos últimos días ha sido seducida por un poder extraño, corrupto, que ha actuado de manera secreta para robar los valores espirituales. Hay un gran peligro en examinar nuestra vida cris-

tiana sin percibir la erosión que puede estar ocurriendo delante de nosotros.

Miro la realidad en Brasil, y veo cómo la iglesia en estos últimos años ha perdido su foco, ha perdido la visión del eterno propósito de Dios. ¡Cómo el enemigo ha usado artimañas sutiles para capturar a la iglesia y ella no lo ha percibido! ¡Cuántas cosas sórdidas han entrado dentro de ella!

Amados hermanos y hermanas, nosotros podemos continuar como iglesia, podemos seguir en nuestra vida cristiana, pero no tocar la voluntad de Dios. Nuestra vocación

puede volverse un mero entretenimiento espiritual. Podemos tomar las cosas sagradas y volverlas asuntos religiosos. Por eso, creo que, en estos días, el Señor nos llama a considerar este asunto de la consagración y servicio a la luz, la mente y voluntad de Dios. Que el Señor nos ayude y nos dé lecciones que podamos aplicar en nuestras vidas.

## **El contexto y la historia de Sansón**

*«Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de los filisteos por cuarenta años. Y había un hombre de Zora, de la tribu de Dan, el cual se llamaba Manoah; y su mujer era estéril, y nunca había tenido hijos. A esta mujer apareció el ángel de Jehová, y le dijo: He aquí que tú eres estéril, y nunca has tenido hijos; pero concebirás y darás a luz un hijo. Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda. Pues he aquí que concebirás y darás a luz un hijo; y navaja no pasará sobre su cabeza, porque el niño será nazareo a Dios desde su nacimiento, y él comenzará a salvar a Israel de mano de los filisteos» (Jueces 13:1-5).*

En este capítulo comienza la historia de Sansón. Todos conocemos su historia. Es importante que conozcamos todos los aspectos contextuales, toda la estructura que envuelve esta historia. No pensemos que el Señor solo está contando una historia. Necesitamos que

el Espíritu Santo nos ayude a tocar la mente de Dios en estas palabras. Existen algunos asuntos sobre la vida de Sansón a través de los cuales el Señor quiere hablarnos acerca de la consagración y servicio.

¿Por qué Dios puso esta historia en la Biblia, y con tanto detalle? De todos los jueces de Israel, con excepción de Samuel, Sansón es de quien la Biblia da más detalles. Por eso, debemos entender que Dios quiere hablarnos algo muy importante. Vamos a aprender el secreto de la vida interior, el secreto de la consagración y del servicio. Hay dos puntos a considerar: Primero: ¿Por qué Dios puso la historia de Sansón en la Biblia? Y segundo, el secreto de la vida interior.

Para responder la primera pregunta, tenemos que ver el contexto de la vida de Sansón. Hay un asunto muy interesante en Jueces 21:25: *«En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía»*. Este texto describe el estado espiritual de ese tiempo. La historia de los jueces es uno de los periodos más negros de la vida del pueblo de Israel; un periodo de profunda apostasía y degradación espiritual. Y al estudiar este libro desde el punto de vista de nuestra historia actual, podemos encontrar muchos puntos en común, especialmente en el aspecto espiritual. Entonces vamos a entender un poco la historia de Sansón.



Sansón vivió en la época en que Elí era sumo sacerdote. En ese tiempo, la Biblia dice que la palabra de Dios era algo raro. El sacerdocio había perdido su significado espiritual, y era practicado por personas que no ejercían sus funciones. El papel espiritual del sacerdote era mostrar la obra y la persona del Señor Jesucristo a través de las ofrendas y sacrificios. Todo lo que ellos realizaban, todas sus ministraciones, apuntaban hacia Cristo y su obra. El rol de ellos no era meramente religioso, sino espiritual. Pero ellos habían perdido el foco de su ministerio. Ahora Dios iba a levantar un juez para traer a Israel de vuelta a su llamamiento y mostrar que ellos eran una nación consagrada.

De entre todas las naciones del mundo, Dios había llamado a Israel para expresar su testimonio en la tierra. En el tiempo de Sansón, no solo los sacerdotes, sino también toda la nación, había perdido su llamamiento. Ese era un tiempo de oprobio, un tiempo en que el testimonio de Dios estaba oculto debido a la corrupción del sacerdocio y por la apostasía de Israel. Y, ¿qué hizo Dios entonces? Dios levantó a Sansón, cuando los filisteos habían estado subyugando a Israel por cuarenta años.

*«Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y los vendió en manos de Cusan-risataim rey de Mesopotamia;*

*y sirvieron los hijos de Israel a Cusan-risataim ocho años ... Y sirvieron los hijos de Israel a Eglón rey de los moabitas dieciocho años» (Jueces 3:8; 14).*

*«Después de la muerte de Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová. Y Jehová los vendió en mano de Jabín rey de Canaán, el cual reinó en Hazor; y el capitán de su ejército se llamaba Sísara, el cual habitaba en Haroset-goim. Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, porque aquél tenía novecientos carros herrados, y había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años» (Jueces 4:1).*

*«Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años ... Y se encendió la ira de Jehová contra Israel, y los entregó en mano de los filisteos, y en mano de los hijos de Amón; los cuales oprimieron y quebrantaron a los hijos de Israel en aquel tiempo dieciocho años ... Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de los filisteos por cuarenta años» (Jue. 6:1; 10:7-8; 13:1).*

Israel estuvo ciento once años oprimido bajo sus enemigos. ¿Usted puede hacerse una idea de lo que eso significa? Recuerde que Dios llamó a esta nación para que fuera testimonio de su gloria entre las naciones. Casi tres generaciones vivieron en Israel y no conocieron el propósito de Dios.

¿Saben cuál es la mayor tragedia de la vida? No es la muerte; es vivir y no conocer el propósito eterno de Dios. Ahora Dios va a levantar un juez para llamar a Israel de vuelta, para que Israel toque su vocación, para que Israel comprenda su llamamiento. Por eso está la historia de Sansón en la Biblia; por eso Dios llamó a este juez, y Dios puso tantos detalles aquí para hablarnos hoy.

### **La fuente de la fuerza espiritual**

Uno de los grandes peligros que corremos en la vida cristiana es vivirla de manera liviana, despreciando el llamamiento espiritual. Lo que el Señor nos muestra en la vida de Sansón es dónde reside el poder espiritual, dónde está nuestra fuerza espiritual. La fuerza espiritual reside en nuestra consagración.

Sansón no era un hombre muy fuerte, físicamente. Él era un hombre normal. La fuerza estaba en su vida interior. Y esto es lo que el Señor nos quiere mostrar hoy. El enemigo trabaja de una manera sutil a fin de robar el poder de nuestra vida interior. El Señor nos quiere recordar esto hoy, porque somos su iglesia, su pueblo exclusivo. Tenemos un llamamiento celestial, estamos aquí como peregrinos; somos instrumentos por medio de los cuales Dios quiere alcanzar su propósito.

Aquello que Dios hizo en su Hijo en la cruz, su muerte y resurrección, su ascensión, su entronización, constituyen el fundamento de nuestra vida y nuestro vivir. Nuestra vida no es cualquier vida. Nosotros no tenemos el derecho de ser ignorantes o de ser livianos; no podemos jugar con el tiempo. Piense bien, ciento once años fueron robados a Israel; el enemigo se los quitó. Imagine vivir nuestra generación y no tocar la esencia del propósito de Dios para nuestras vidas.

¿Usted es cristiano solo porque está huyendo del infierno? Usted entiende que hay un propósito mayor y este tiene que ver con nuestra vocación celestial. Esta es la historia de Sansón para nosotros. El Señor capacitó a este hombre con poder, le dio algo muy especial. Y él realmente comenzó a servir al Señor, empezó a ser usado por él, pero fue banalizando su espiritualidad. Uno de los mayores peligros sutiles es no percibir que estamos banalizando la vida cristiana, banalizando el propósito del Señor, banalizando la habitación del Espíritu Santo, banalizando la palabra de Dios.

Nosotros podemos estar viviendo la vida cristiana y no percibir que estamos viviendo religiosamente. El enemigo nos roba el vigor, la fuerza, y asumimos una vida cristiana de entretención, de reunión en reunión, de conferencia

en conferencia, pero nada cambia. Nos llenamos de conocimiento; podemos cantar muchos cánticos, memorizar textos y leer muchos libros; pero atrás de nosotros hay un rastro de muerte: el matrimonio se va enfriando, los hijos se están perdiendo, y el mundo ha entrado a nuestra casa. Hay un gran vacío y necesitamos algo nuevo que nos satisfaga; pero luego viene el vacío y una rutina de frialdad, de indiferencia, de letargo y de apostasía.

### **Tiempo perdido**

Hermanos, esto ha pasado en todas partes, porque el diablo ha robado el tiempo de Dios en nuestras vidas, ha dañado nuestro corazón. Necesitamos con urgencia que el Espíritu Santo venga a tocarnos, a llenarnos, y que pase algo poderoso dentro de nosotros, que saque las escamas de nuestros ojos y nos libre del poder seductor de este mundo que ha entrado en nuestras vidas, nos ha robado el poder espiritual y ha destruido nuestra consagración.

Nuestro servicio al Señor ha sido hecho en nuestras fuerzas, en nuestro intelecto y no por la vida espiritual. La vida debe gobernar todo nuestro servicio. Esto es serio. ¡Ciento once años robados! ¡Cuántas personas vivieron en Israel y no pudieron disfrutar su vocación!

Hermano, delante de Dios, ¿usted ha respondido a su llamamien-

to? ¿Ha vivido de manera digna de su vocación celestial? Usted puede decir: «Yo no sabía que tenía un llamamiento; que había una vocación». ¿Pensaba usted que una vocación era para quienes iban a un seminario, para aquellos que hacen cursos teológicos y predicán la palabra? «Los ancianos y quienes tienen carga apostólica, ellos sí; pero yo no».

Amados, en la vida del Cuerpo, todos tenemos una vocación, un llamamiento colectivo y un llamamiento específico. Todos tenemos un encargo celestial. Como iglesia del Señor en la tierra, necesitamos tocar la mente y voluntad de Dios para saber su voluntad. Nosotros no tenemos derecho de vivir la vida cristiana al azar. Tenemos que vivir esta vida gobernados por la visión celestial. Cuando esta visión te toca, ella te cautiva, te gobierna y te conduce hacia la luz, la mente y la voluntad de Dios.

El último versículo del capítulo 16 de Génesis dice que Abraham tenía 86 años de edad cuando nació Ismael. Génesis 17:1 dice que él tenía 99 años cuando Dios le habló. Note algo aquí, de un versículo al otro desaparecen 13 años de la vida de Abraham. El Espíritu Santo puso esto para mostrarnos cómo el enemigo puede robar nuestros años. Porque los años son del Señor y no nuestros; son los años de nuestra consagración a él.

# Uno de los mayores peligros sutiles es no percibir que estamos banalizando la vida cristiana.

Trece años perdidos. Allí no hay ningún altar, ninguna experiencia. ¿Qué ocurrió? Hablando espiritualmente, él mezcló su fe con la carne. Esto es una sutil artimaña del enemigo, que llevó el corazón de Abraham a una situación que éste no percibió. Dios le había prometido una gran bendición, pero Abraham no tuvo discernimiento espiritual de aquello. Dios le dio algo y el enemigo introdujo algo. Mezcló la fe con la carne. Ismael es el resultado de la fe mezclada con la carne, y entonces tenemos trece años perdidos.

Que el Señor examine nuestro corazón, y vea si existen años que están siendo borrados, si el enemigo nos está robando el tiempo de consagración y servicio. Esto es muy serio. Podemos estar sirviendo a Dios mezclando la fe con nuestra carne. Eso no agrada a Dios, son años perdidos, tiempo robado. Esto es lo que quiere el enemigo. No dejes que el enemigo robe el tiempo de Dios en tu vida

La consagración es la fuente del servicio. No hay servicio sin consagración. Todo servicio sin consagración es mero activismo. Aquello que hacemos en las fuerzas de

nuestra carne, de nuestra mente, no es espiritual; no logramos tocar el propósito de Dios ni traer la voluntad de Dios, y Dios no es glorificado. Esto trae enfado, cansancio, destrucción y muerte. Permite que el Señor hable a tu corazón y te lleve a reflexionar sobre la vida que has vivido delante de Dios.

## **El propósito de la historia de Sansón**

Ahora comprendemos por qué Dios colocó la historia de Sansón aquí. Dios estaba recordando a Israel su vocación, su consagración y servicio. Ellos habían perdido su visión celestial. En Samuel 1 capítulo 4, cuando el arca fue llevada, dice que los hijos de Elí fueron muertos, y desapareció la gloria de Israel. Es una descripción del estado espiritual de ese tiempo y también de nuestro tiempo.

El Señor está mostrando el peligro que podemos correr en nuestros días si no respondemos a nuestro llamado. Si nuestro servicio al Señor no tiene como fundamento la consagración, estamos perdiendo nuestro llamamiento y, con absoluta certeza la gloria del Señor pasará.

No conozco bien la realidad de la iglesia en Chile; pero sí la experiencia en mi país. Hay una apostasía profunda, hay cosas que están ocurriendo en la iglesia en Brasil que asustan. Desde niño, creciendo en la vida de la iglesia, oí hablar mucho sobre la palabra *apostasía*. Intentaba imaginar qué era la apostasía; pero cuando la veo hoy, nunca imaginé algo así. Hay cosas que está haciendo a la iglesia hoy que son las cosas más absurdas. En muchos países, la iglesia se ha vuelto mundana. Perdió su vocación, el significado de la consagración, y el enemigo avanzó.

Pero el Señor no está de brazos cruzados; él está reivindicando a su pueblo. Así como un día levantó a Jonatán y su escudero para vencer a un gran ejército (1 Sam. 14:6-15), así hoy él está levantando a algunos que quieren vivir una vida de consagración, para que el triunfo de la cruz se manifieste a través de su iglesia. Y para eso estamos nosotros aquí.

Tal vez algunos asuntos espirituales se volvieron mecánicos. Hoy exaltamos la sofisticación y la tecnología, y no hemos visto que hemos perdido la simplicidad de la vida cristiana. Que el Señor nos ayude y nos guarde, pues el enemigo está robando el tiempo de Dios. Que el enemigo no venga a robarnos la realidad de las cosas sagradas.

### **Tres mujeres, tres peligros**

En la vida de Sansón, el Señor nos va a recordar todo esto – el peligro de la seducción del mundo, el peligro de la carne y el peligro de la vida natural. Sansón se relacionó con tres mujeres; con una se casó, con otra se involucró, y otra lo destruyó. Estas tres experiencias distintas nos hablan de cosas muy serias en nuestras vidas, de aquello que es natural, de aquello que es carnal y de aquello que es maligno.

El peligro de la vida natural es que sigue su curso sin Dios. Necesitamos poner a Dios en todas las esferas de nuestra vida. Y, en cuanto a nuestra carne, no podemos confiar en ella, porque ella no se convierte. Nuestra carne debe ser dominada por el poder de la cruz de Cristo – la cruz en su forma subjetiva: negarnos a nosotros mismos. Nuestra mente, voluntad y emociones deben ser puestas bajo la cruz de Cristo.

La carne no agrada a Dios. Si usted no da preeminencia a Dios en su vida natural, si no ha consagrado a él totalmente su matrimonio, sus hijos, su trabajo; si todo lo que usted tiene no lo ha puesto delante del Señor, con seguridad la carne va a gobernar. Usted va a vivir una vida gobernada por la carne, va a ser gobernado por su propia voluntad, por el pensamiento del mundo.

Y ahí viene el tercer paso: el poder desastroso del diablo. Él viene a matar, robar y destruir. Joel 1:4 habla de cuatro saltamontes y dice: *«Lo que quedó de la oruga comió el saltón, y lo que quedó del saltón comió el revoltón; y la langosta comió lo que del revoltón había quedado»*. Esto grafica el poder destructivo del enemigo. Y en Joel 2:25, el Señor dice: *«Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta»*.

¿Qué estaban consumiendo esos saltamontes? El tiempo, los años de vida, la consagración, la vocación. Esto es lo que el enemigo está destruyendo. Son los trece años perdidos de Abraham y los ciento once años perdidos de Israel. Esto es lo que el enemigo quiere destruir, llevándote a vivir una vida natural gobernada por la carne. Y ahí, con absoluta certeza, el enemigo entra y lo destruye todo. Ahí puedes ver la muerte en tu matrimonio, en tus relaciones, en la vida de la iglesia.

Hermanos, esto es muy delicado, porque podemos seguir una vida cristiana normal, pues sabemos enfrentar una reunión, podemos predicar una palabra, sabemos cantar, sabemos orar y hasta sabemos cómo quebrantarnos. La carne sabe simular todas estas cosas, pero no puede expresar vida en aquello. Esto fue lo que ocurrió con Sansón. Él fue banalizando su con-

sagración, su llamamiento. Estas tres esferas revelan eso. Por esto su historia es contada con tantos detalles.

## **Dos contrastes**

Quiero puntualizar algo más. En la vida de Sansón vemos dos cosas: por un lado, el poder de Dios mostrado de manera asombrosa y, por otro lado, el terrible poder destructor del mundo y de la carne.

Hermano, Dios nos dio su Espíritu. Él vino a habitar en nosotros para realizar una obra tan grande como lo fue la obra que Cristo mismo realizó en los días de su carne. La obra del Espíritu Santo no es menor que la obra de Cristo. Desde el punto de vista de Dios, esta obra es tan importante como la obra de Cristo. Ese Espíritu de habitación que está en nosotros no es poca cosa. Antiguamente, venía sobre Sansón y hacía cosas grandiosas. Cuando miramos a este hombre, lo vemos venciendo a sus enemigos, venciendo guerras; pero también lo vemos débil, carnal, susceptible a tantas caídas.

En la vida de Sansón, vemos su codicia, vemos su carne gobernando su mente y su corazón. Hay una gran lección para nosotros aquí. Vemos también la paciencia del Señor. Él retarda su ira; él no derrama su ira en el momento exacto en que lo desagradamos. Él es paciente. Tú vas caminando, incluso

siendo habitación del Espíritu, y él te va capacitando; pero, por otro lado, tu carne te lleva a hacer cosas terribles. Transcurre una semana, un mes, un año y estas dos realidades caminan juntas. La mente y el corazón se van volviendo insensibles, empezamos a mezclar lo espiritual con lo carnal, y te tornas tolerante. ¡Pero Dios no es tolerante! Sansón es un aviso para nosotros.

Dios nos dice: «Estás mezclando lo espiritual con lo carnal. ¡Arrepiéntete!». Tienes que confesar por qué has dejado que tu carne te domine, por qué has mezclado tu andar en el Espíritu con andar en la

carne. No subestimes a Dios. Él es Santo. Dios es serio; no podemos jugar con él. Sansón nos muestra eso.

La Biblia dice: «No contristéis... no apaguéis... no resistáis al Espíritu». Hebreos 10 dice que no despreciemos la obra del Espíritu Santo, pues él está aquí para hacer una obra tan grande como fue la obra de Cristo; él continúa la obra del Hijo. Él es el Espíritu de consagración. No podemos banalizar esto. Por esto, Dios puso la historia de Sansón en la Biblia con tanto detalle. ¡Que el Señor nos ayude!

*Síntesis de un mensaje oral impartido en Retiro de El Trébol (Chile), en enero de 2013.*



### La firmeza del Guía

El pastor británico F. B. Meyer escribió una vez acerca de dos alemanes que querían escalar el monte Matterhorn. Emplearon tres guías y comenzaron a realizar el traicionero y muy empinado ascenso. Se ataron entre sí en este orden: guía, viajero, guía, viajero, guía.

Habían recorrido sólo un corto trecho cuando el último hombre perdió pie. Lo sostuvieron los otros cuatro, porque cada uno tenía un asimiento en los nichos que habían cortado en el hielo. Pero el siguiente hombre resbaló y arrastró a los dos que estaban por encima de él. El único al que se podían agarrar era el primer guía, el cual había perforado el hielo profundamente. Debido a que él siguió firme, los demás hombres que estaban debajo pudieron volver a poner los pies en el hielo.

Meyer concluyó su historia haciendo una aplicación espiritual. Dijo: «Yo soy como uno de esos hombres que resbalaron, pero gracias a Dios que estoy atado en una unión viva con Cristo. Y puesto que él permanece firme, nunca pereceré».

Todos nosotros resbalamos de vez en cuando en nuestro andar cristiano. Pero el Señor nos mantiene firmes y podemos ser restaurados a una estrecha comunión con él cuando confesamos nuestros pecados (1ª Jn. 1:9).

Sí, estamos a salvo en Cristo (Col. 3:3). Podemos tener la confianza de que él nos guardará y nos llevará a nuestro destino final.

—RWD, en «*Nuestro Pan Diario*».

Por medio de la manifestación de su amor, Dios obtiene un fruto que no pudo cosechar en Adán: nuestro amor.

TEMA DE PORTADA

# Sirviendo por amor



Rubén Chacón

**L**a tercera vez que habló Dios a Moisés en el libro de Levítico fue para revelarle la ofrenda por la culpa del pecado.

La culpa podía producirse por haber ofendido las cosas consagradas a Dios (5:14-19), o por haber ofendido al prójimo (6:1-7). Este segundo aspecto le fue declarado a Moisés la cuarta vez que Dios le habló desde el tabernáculo de reunión.

## Una conciencia culposa

El pecado no solamente ofende la santidad de Dios, sino que también hace que nos sintamos culpa-

bles. El pecado origina un problema delante de Dios y delante de nuestra conciencia. El pecado está sobre nosotros y está en nosotros. Cada vez que pecamos la culpa se aloja en nuestra conciencia. El primero es un problema objetivo que tenemos; el segundo, en cambio, es subjetivo.

La ofrenda por el pecado resolvió, de una vez por todas, nuestro pecado delante de Dios. Jesucristo, con su preciosa sangre quitó de en medio el pecado que había entre Dios y nosotros.

Sin embargo, el Señor es tan precioso y su obra tan completa



que quiso además, aliviar la culpa de nuestra conciencia. El Señor hizo una provisión tan preciosa y tan completa, no solo para quedar él satisfecho, sino para que nosotros también lo estuviésemos, de manera tal, que no solo tuviésemos paz para con Dios, sino también para que quedásemos en paz con nosotros mismos. ¡Bendito sea el Señor!

### **Cristo, nuestra ofrenda por la culpa**

El sacrificio de Cristo está aquí representado por el «carnero sin defecto» (5:15). No obstante, esta quinta ofrenda no es otro sacrificio, sino otro aspecto del único sacrificio de Cristo. El mismo sacrificio que quitó el pecado de delante de Dios, lo quita también de nuestras conciencias. Así quedaba totalmente pagada la deuda por la culpa.

Lo novedoso de esta ofrenda, sin embargo, consistía en que al sacrificio del carnero –estimado su precio en siclos de plata– el oferente debía añadir la quinta parte en restitución por el pecado.

Aquí, entonces, Cristo no solo es nuestro carnero sacrificado, sino también la quinta parte añadida. Pero, ¿qué significa este hecho? Que por el bendito sacrificio de Cristo, Dios ha obtenido algo que no tenía antes. Con la expiación o propiciación, Cristo no solo obtu-

vo el perdón de nuestros pecados, sino trajo, además, ganancia para Dios.

Por medio de la redención, Dios obtuvo algo del hombre que no tenía como resultado de la creación. Por medio de la muerte de Cristo no solo fue restaurado o reparado el daño causado por el pecado, sino que también hubo ganancia extra para Dios.

### **Un «quinto» para Dios**

¿Qué gana Dios mediante el sacrificio por la culpa? ¿Qué produce en nosotros el hecho de que sean limpias nuestras conciencias por la sangre de su Hijo? ¿Para qué Dios limpia nuestras conciencias? Para *«que librados de nuestros enemigos, sin temor le sirviéramos en santidad y en justicia... todos nuestros días»* (Luc. 1:74-75). ¡Aleluya!

El escritor a los Hebreos lo pregunta así: *«¿Cuánto más la sangre de Cristo... limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?»* (9:14). Por medio de la manifestación de su amor, Dios obtiene un fruto que no pudo cosechar en Adán: nuestro amor. Claro está, que nosotros le amamos, porque él nos amó primero (1ª Juan 4:19).

El libro de Deuteronomio insistirá una y otra vez que lo que Dios buscaba finalmente del hombre y de su pueblo, era su amor (Dt. 6:5; 7:9; 10:12; 11:1). No obstante, no era

# Actuar por gracia es actuar desinteresadamente; es actuar por amor.

posible –por causa del pecado– que ese fruto lo produjera el hombre por sí mismo. El amor humano no podía dar esa medida que Dios esperaba. Solamente la ofrenda del Señor por la culpa podía obtener este «quinto» para Dios. Solo su gracia podía lograrlo, porque el perfecto amor de nuestro Señor ha echado fuera el temor.

Detrás del temor, dice Juan, se esconde el miedo al castigo. Pero cuando la deuda está absolutamente cancelada, entonces el temor da paso al amor. En el amor no hay temor. Estamos cubiertos por una ofrenda tan perfecta y completa, que no queda lugar para el más mínimo miedo al castigo, sino, por el contrario, deja un amplio espacio de libertad para amar a Dios.

Por eso, Pablo, exhortando a los gálatas, les dice: *«Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros»* (5:13).

Es verdad que podemos convertir la libertad en libertinaje; de otra manera, la exhortación de Pablo no tendría sentido. Pero si así ocurriera, significaría una sola cosa: Que aún no hemos visto como debiéramos la preciosa obra de Cristo. In-

dicaría que todavía estamos esclavos del temor.

Es cierto, como vimos en el libro sobre el Éxodo, que según la ley de los esclavos, un esclavo podía hacer uso de su libertad y marcharse de su amo al séptimo año. Sin embargo, no era menos cierto también que el esclavo podía decir: *«Yo amo a mi señor... no saldré libre»* (Éx. 21:5). La pregunta que surge entonces, es: ¿qué podría hacer que una vez libre del pecado quisieras abandonar a tu Señor? Una sola cosa: Que aún no lo conocieras. Que todavía no conoccas su bondad y hermosura. Que mantengas todavía algún miedo de él.

La novedad del Nuevo Pacto es que una vez que hemos sido alcanzados por la ofrenda de la culpa, surge una sola manera normal de servir a Dios: **Por amor**. Cualquier otro motivo para explicar nuestro seguimiento de Cristo, es antiguo testamentario.

Pablo, lo dijo así: *«Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo»* (Gál. 4:1). Pero con esta expresión, Pablo no estaba diciendo que, ahora, había dos formas de servir a Dios. Una, siendo niños; y otra, siendo maduros. No, lo que él está explicando es que «cuando

éramos niños» –en la dispensación antiguo testamentaria– estábamos en esclavitud. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo<sup>1</sup>, es decir, el tiempo de la madurez, Dios envió a su Hijo.

En otras palabras, con Cristo llegó el tiempo de la madurez, a fin de que recibiésemos la filiación de hijos. Entonces, objetivamente, Cristo nos trajo la madurez; la calidad de hijos maduros. Y ¿cómo fue posible esto? Por la redención que nos hizo hijos, y porque siendo hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (Gál. 4:1-7).

La madurez es posible, ahora, porque nos ha sido dado el Espíritu de su Hijo. Y el fruto del Espíritu es amor. Así que ya no somos esclavos, sino hijos maduros. Hijos que servimos a Dios por amor. Esta es la normalidad que hizo posible Cristo.

### Un «quinto» para mi prójimo

Pero la «ganancia» obtenida por el sacrificio de la culpa, no se aplicaba solo con respecto a Dios, sino también con respecto al prójimo.

En efecto, cuando la culpa estaba producida por causa de haber defraudado al prójimo, el oferente debía no solo restituir íntegramente lo defraudado a quien pertene-

ciera, sino debía también añadir la quinta parte de su valor (Lv. 6:1-7).

Por lo tanto, Dios obtuvo un «quinto» más con la ofrenda de su Hijo, no solo con respecto a él, sino también en relación con nuestro prójimo.

Esto significa, que Cristo también hizo posible nuestro amor al prójimo, de manera tal que no solo hagamos con él lo que es legal, sino también lo que es de gracia. Así, por ejemplo, Pablo exhorta que «*no paguemos a nadie mal por mal*», sino que con el bien vencamos el mal (Rom. 12:17,21).

Amar al prójimo como a uno mismo, es todavía la ley. Pero amarlo como Cristo nos amó, es gracia de Dios. Este «quinto» solo es posible si, al igual que con respecto a Dios, la deuda con el prójimo está también completamente pagada.

Mientras nos gobierne el deber o, lo que sería peor, mientras nos gobierne la convicción de que debemos merecer lo de Dios y, por tanto, hagamos las cosas para lograr la aprobación de él, este «quinto» no se manifestará en nosotros.

Actuar por gracia es actuar desinteresadamente; es actuar por amor. Solo la gracia puede más que la ley. El fundamento de ella es la gloriosa obra de Cristo. Como él ha sido con nosotros, podemos nosotros también ser con los demás.

Si Dios nos ha perdonado gratuitamente en Cristo, ¿por qué no

<sup>1</sup> Este tiempo, en griego, se denominaba *huiothesia*.

hacerlo nosotros con los demás? ¿Por qué habría yo de exigirle méritos a mi prójimo para perdonarlo? Si Dios no lo ha hecho así con nosotros, ¿por qué habríamos de hacerlo nosotros?

La ética del Nuevo Testamento es una moral de gracia. No es para lograr nada ni para merecer algo. Es simplemente *«dar de gracia lo que de gracia hemos recibido»* (Mt. 10:8). Pero, mientras creamos que Dios no está completamente agradado de nosotros –gracias a la obra de

Cristo- la gracia no fluirá de nosotros; seguiremos presos por la camisa de fuerza del deber y del merecer.

Somos libres para amar y para hacerlo gratuitamente. No hay nada que nosotros debamos añadir a la perfecta obra de Cristo. No obstante, él nos ha añadido un «quinto»: Hizo posible que actuemos como él, *«pues como él es, así somos nosotros en este mundo»* (1ª Juan 4:17).



### Águila o gallina

*"Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán"* (Isaías 40:31).

En cierta ocasión, un hombre encontró un aguilucho y lo puso en el corral con sus gallinas. El ave creció y se acostumbró a la vida en el corral.

Un día pasó por allí un hombre que estudiaba las aves. Aquel hombre observaba fascinado mientras el granjero daba de comer a las aves del corral. El águila joven, junto con las gallinas, corría detrás de él. El estudioso agarró al águila en sus manos y la elevó bien, poniéndola sobre sus dedos. "Muy bien, águila", le dijo, "tú no eres una gallina, sino un águila. Abre tus alas y vuela". El águila miró arriba hacia el cielo, luego se fijó en las gallinas, y bajó de un brinco para volver a comer granos.

El hombre volvió a agarrar al águila en sus manos, esta vez subiendo con ella al techo del granero, y repitió su orden. Una vez más, el águila bajó, negándose a volar.

Al día siguiente, el hombre llevó al ave a lo alto de una montaña. "Muy bien, águila", dijo, levantando bien al ave. "Tú no eres una gallina. Abre tus alas y vuela". El águila observó con entusiasmo la salida del sol hasta que sus ojos parecieron brillar. Luego alzó sus patas y en un abrir y cerrar de ojos estaba volando. El hombre la observó volar hasta que el águila parecía convertirse en un punto en el cielo.

Mientras vivimos en este mundo, muy a menudo somos tentados a satisfacernos con la 'comida para las gallinas' de este mundo, cuando en realidad sabemos que podemos volar muy alto, como el águila, hasta los lugares celestiales, en Cristo Jesús.

*(Roger Rangai, en Junto a aguas de reposo).*

El Sermón del Monte toca asuntos tan esenciales, que pueden hacer la diferencia entre la vida y la muerte, la ruina y la victoria, para su iglesia.

TEMA DE PORTADA



# La tragedia de edificar sobre la arena

Rodrigo Abarca

*«Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina. Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mateo 7:24).*

Con estas palabras, el Señor termina el gran discurso de los capítulos 5 a 7 de Mateo, conocido como el Sermón del Monte.

A través de la historia, la iglesia del Señor ha tenido muchas diferencias a la hora de entender e interpretar este pasaje, incluso hasta el día de hoy. Ha habido cristia-

nos que, ante la dificultad de aplicar esta enseñanza a sus vidas y a la vida de la iglesia, han llegado a la conclusión de que el propósito del Señor aquí no es mostrar la clase de vida que estamos llamados a vivir, sino, de alguna manera, llevarnos a un estado de impotencia, mostrando que nosotros no podemos vivir la vida cristiana y que,

por tanto, necesitamos del socorro de la gracia de Dios. El Sermón, en sí mismo, sería una norma demasiado elevada para cumplir.

Otros dicen que estas palabras del Señor estaban destinadas a Israel como pueblo de Dios. Si Israel hubiese recibido el reino de Dios, estaba llamado a vivir y a aplicar el Sermón del Monte. Pero, puesto que ellos rechazaron el reino, y éste fue dado a los gentiles, la plena aplicación de estas palabras está reservada para el milenio, cuando entonces sí, Israel vuelva a recibir el reino de Dios.

Pero, hermanos amados, creo que tal interpretación le ha robado a la iglesia una gigantesca riqueza. Porque, si ustedes leen con atención este pasaje, verán que el Señor está diciendo que sus palabras y el hacer lo que él ha enseñado en su mensaje son asuntos tan esenciales, que pueden hacer la diferencia entre la vida y la muerte, la ruina y la victoria, para su iglesia.

### **Un fundamento de roca o arena**

Solo fijándonos en la historia que relata el Señor, sin interpretarla aún, de una casa edificada sobre la arena y otra edificada sobre la roca, usted puede ver las consecuencias. Ambas son atacadas por los mismos elementos de la naturaleza; ríos, vientos y lluvias golpean con ímpetu contra ellas, pero una está edificada sobre la roca, y

resiste y permanece, y la otra, edificada sobre la arena, cae. Y no solo cae, sino que el Señor agrega: «...y fue grande su ruina». No fue una simple caída, sino su ruina total.

El Señor nos dice que eso tiene que ver con la manera en que respondemos a sus palabras. Las palabras que él nos ha dado tienen como propósito producir estos resultados. Versículo 21: «*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*». Y en el capítulo 6, cuando nos habla de la oración: «*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*» (v. 8-10).

Observe aquí lo que dijo él: «*No todo el que me dice: Señor, Señor*». Es posible vivir una vida creyendo servir y agradar a Dios, pensando que hacemos su voluntad y encontrar, al final de todo, que no fue así.

¿Por qué el Señor puede llegar a decir a alguien: «No te conozco»? Nosotros sabemos que Dios es omnisciente y que, lógicamente, él conoce todo y a todos; por lo tanto, no se refiere a esa clase de conocimiento. Ahí usted debe leer más bien: «No os reconozco; no reconozco nada mío en ustedes». Ese es el sentido real de sus palabras. «Todo aquello lo hicieron ustedes; pero yo no estaba allí». En otras palabras, es posible creer que

vivimos la vida cristiana sin que el Señor esté presente en aquello que nosotros creemos estar haciendo para él. Esta es la solemne advertencia del Sermón. Por eso, esta última parábola es el broche de oro que cierra el mensaje. Que el Espíritu del Señor nos ayude a entender bien el sentido.

Sin embargo, no es una acusación. El Sermón no fue dado para acusarnos ni para condenarnos, como tantos han pensado en el pasado. El propósito del Señor es darnos vida a través de sus palabras. Vea Mateo 6:33: *«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»*. La voluntad del Señor es que pongamos en primer lugar, como foco absoluto de nuestra vida, la búsqueda de su reino divino.

Las palabras de la parábola, entonces, están dirigidas a nosotros. Mateo 5:1-2 dice: *«Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba»*. ¿A quiénes enseñaba? A sus discípulos, a aquellos que van en pos de él. No son palabras dirigidas al mundo o a un hipotético Israel del futuro.

La primera parte del Sermón nos da la clave del sentido de la palabra del Señor. Su primera palabra es: *«Bienaventurados...»*. La palabra *bienaventurados* significa «extremadamente felices». En otras palabras, el Señor quiere que sea-

mos dichosos. Luego, la bienaventuranza tiene que ver con la bendición plena de Dios. Si usted comienza a leerlas, verá que se refieren a cada uno de nosotros.

Pero, ¿qué significa que nosotros somos sus discípulos? El Señor Jesús dijo: *«Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame»*. Hay solo un camino para ser discípulos. Y luego agregó: *«Porque todo aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y todo aquel que pierda su vida por causa de mí, la hallará»*.

Las palabras del Señor son extraordinarias, pero también terribles, como una luz que parte en dos las tinieblas, separando de manera irreconciliable dos cosas que jamás pueden caminar juntas. Para ser sus discípulos, hay un solo camino: negarnos a nosotros mismos, y perder nuestra vida para hallarla.

Pero el punto no es simplemente perder la vida. Si pensamos que el llamado a ser sus discípulos significa solo esto, entonces no hemos entendido el llamamiento del Señor. El Señor dijo: *«El que pierda su vida, la hallará»*, y la hallará en una dimensión infinitamente superior a aquella que perdió. Dichosos aquellos que lo hacen; porque, para recibir la plena bienaventuranza del evangelio y de las palabras de Cristo, usted tiene que perder su vida, y entonces hallará a Cristo como su vida.

Por esto, el Señor dijo: *«Aquel que oye mis palabras y no las hace...»*, porque haciendo sus palabras es cómo nos apropiamos de todas las riquezas de su gloria, poder y autoridad. Si guardamos y hacemos sus palabras, somos como el hombre que edifica su casa sobre la roca; pero, si no lo hacemos, somos como aquel que la edifica sobre la arena.

Después del terremoto del 27 de febrero, hace ya dos años, viajamos a Concepción para visitar a los hermanos y llevarles alguna ayuda. Al llegar, nos tocó cruzar el río Biobío en el lugar donde estaba aquel gran edificio que cayó por completo. Al verlo, pensé en esta parábola. Ese edificio fue construido sobre las riberas del río, que son de arena, y no se cavó lo suficiente para afirmar los cimientos en la roca, bajo la arena, y cuando vino el sismo, el edificio buscó la manera de asentarse, se hundió en la arena y entonces cayó. Y como dice la Escritura: *«...fue grande su ruina»*.

### **Significado de la roca y la arena**

¿Qué pueden significar para nosotros la arena y la roca? Veamos Efesios 2:1-2: *«Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia»*.

Observe dónde comenzamos todos nosotros y dónde nos encontró el Señor. Estábamos perdidos, sin esperanza y sin Dios, agobiados por el peso del pecado y por la dominación de Satanás, destinados a la muerte y a una condenación de eterna separación de Dios. Allí vino él a nosotros. Y sigue: *«...todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne»*. Así viven todos los hombres de este mundo, *«haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos ... ajenos de la vida de Dios»*. Dios no forma parte de su vida. Ellos solo siguen la voluntad de su carne y de sus pensamientos.

Así vivíamos nosotros. Estábamos lejos de Dios, *«...y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás»*, haciendo lo que el príncipe de la potestad del aire quería que hiciéramos.

Hoy día, en el mundo, cada uno vive su vida a su manera. Cuando usted ve a las personas del mundo, ufanándose de ser libres y usar sus derechos y su libertad, recuerde que no están más que obedeciendo a aquel que engaña al mundo entero. No tienen ningún poder contra ese príncipe. Así nosotros, estábamos completamente bajo su poder, su imperio de oscuridad, angustia, dolor y muerte.

Sin embargo, vea el versículo 4. Aquí hay un gran *«Pero»*, que viene desde los cielos, un punto final, una objeción que el diablo no po-



drá jamás contestar. Dios ha dicho: «*Pero...*». No todo termina ahí. La muerte, la enfermedad, la angustia, el pecado, no son el final de todo.

«*Pero Dios, que es rico en misericordia...*». Dios no es solo misericordioso; él tiene abundante e infinita misericordia. ¡Ese es nuestro Dios! Misericordia significa que Dios se compadece de usted cuando usted no lo merece. Cuando usted lo ha ofendido, cuánto más ha rechazado sus caminos y su voluntad, más misericordioso es Dios. ¡Qué maravilloso es el Señor!

Hace tiempo atrás, leí la vida de un hombre llamado John Newton (1725-1807), autor de aquel precioso himno «*Amazing Grace*» ('Sublime gracia' o 'Maravillosa gracia'), que se canta hasta el día de hoy. Newton era un hombre impío que se había propuesto sacar a Dios de su vida y de su mente a cualquier precio. Cuando descubrió que la blasfemia contra el Espíritu Santo era imperdonable, se dedicó a proferir las blasfemias más terribles contra el Espíritu Santo, y se convirtió en un traficante de esclavos, un hombre perverso, un asesino.

Pero un día, cuando su barco se hundía en medio de una tormenta y ya no había esperanza, se amarró al mástil para que las olas no lo arrastraran fuera del barco. Y, mientras estaba allí, tras doce días de tormenta, el Espíritu del Señor

comenzó a hablarle a aquel hombre blasfemo que había apartado a tantos cristianos de la fe. Mientras esperaba la muerte, el Espíritu Santo trajo a su mente los cánticos que su madre le cantara cuando niño: «*Cristo me ama, bien lo sé*». Y en ese momento, la dureza de su corazón, la amargura y el odio que sentía contra Dios, empezaron a derretirse como cera. Y sintió que, a pesar de todo, Dios lo amaba.

Atado al mástil de su barco, ese hombre se arrepintió y encontró la salvación. Y cuando volvió a tierra, dejó el negocio de esclavos, se convirtió en un pastor y escribió algunos de los himnos más maravillosos que hasta hoy cantamos: «*Sublime gracia del Señor, que un día salvó a un miserable como yo*». ¿No es maravillosa la misericordia de Dios? Aquel que había traficado se convirtió en el campeón de la emancipación de los esclavos, y luchó junto a William Wilberforce (1759-1833), hasta que logró la abolición de la esclavitud en Inglaterra. Eso es lo que hace la gracia del Señor.

«*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados... nos dio vida juntamente con Cristo ... y juntamente con él nos resucitó...*». Preste atención a esto. Lo importante de todo esto no es usted. Cuando vemos la gracia y la misericordia de Dios para con no-

sotros y el gran amor con que nos ha amado, tendemos a pensar que somos el centro de todo el asunto; pero no lo somos. Lo que importa aquí es «con él» y «en él». En Cristo y con Cristo.

«*Porque somos hechura suya...*». Esa palabra aquí es mucho más de lo que aparece en nuestra traducción. En griego es, literalmente, «*poema suyo*». Quiere decir que somos una obra de arte de Dios. ¿Alguna vez usted ha visto una obra de arte supremamente realizada? ¿Ha leído alguna vez un libro o un poema que haya tocado profundamente su ser? ¿Ha oído alguna vez una música que le quita el aliento? Así es una obra de arte. Este es el sentido de esta palabra: Dios quiere hacer de nosotros un poema, una obra de tal magnitud, que asombre a toda la creación cuando la contemple; para mostrar en ella la grandeza, la gloria, la magnificencia de su gracia, misericordia y amor en Cristo Jesús.

«*...creados en Cristo Jesús para buenas obras...*». Aquí no habla de buenas obras en el sentido tradicional: 'Ah, Dios quiere que yo haga cosas buenas'. No. Estas obras se refieren a la demostración de quién es Cristo, en nosotros, «*...las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*». ¿No es esto maravilloso?

Teniendo en mente lo anterior, tratemos de entender ahora el pa-

saje de Mateo. ¿Quién es el hombre que edifica su casa sobre la arena, y quién es el hombre que edifica la suya sobre la roca?

La arena aquí no representa otra cosa que la vida en la carne: Los deseos, los pensamientos y la voluntad de la carne. Es nuestra vida natural, del alma, esto es, todo lo que nosotros somos aparte de Dios. Nuestros deseos, inclinaciones, gustos y afectos, las cosas que amamos o rechazamos, nuestros hábitos y carácter, lo bueno y lo malo; todo ello junto es la carne.

Esta era nuestra condición cuando vinimos al Señor. Llegamos trayendo con nosotros un enorme fardo. Por eso, el Señor dijo: «*Si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y niéguese a sí mismo*». Ese «*niéguese a sí mismo*» es el trato de Dios para nuestra carne. El punto central aquí es que el Señor quiere hacernos entender cuán aborrecible a sus ojos es nuestra carne.

Tal vez usted no lo crea así. Quizá crea que en usted, en su vida natural, hay cosas que no son tan malas. Pero el Señor está enseñando aquí que, si usted edifica sobre la arena, es decir, sobre su carne, su vida se dirige hacia la ruina.

Muchos de nosotros tenemos dificultades para entender estas palabras del Señor. Él quiere que vivamos una vida de plenitud. Él nos proveyó una vida completa, que va más allá de lo que nosotros

entendemos o imaginamos. La vida que el Señor quiere para nosotros supera todas nuestras expectativas. Todo lo que usted soñó alguna vez es poco comparado con lo que Dios nos dio en Cristo.

Dios quiere en nosotros una vida sentada en los lugares celestiales; una vida de victoria y de gloria; una vida que sea la demostración de cuán suficiente es Cristo para todas las necesidades de la vida humana, que demuestre que es Cristo quien llena, satisface y completa la vida humana. Esto es lo que significa edificar sobre la roca. ¿Estamos viviendo esa vida, sentados con Cristo en los lugares celestiales y experimentando su gloria día tras día?

En el siglo pasado, un hermano llamado A.B. Simpson había servido por mucho tiempo al Señor, pero su vida no estaba satisfecha. Él era pastor en una iglesia muy grande en Chicago, pero su vida se fue volviendo cada día más vacía. No veía frutos en su ministerio, mientras luchaba para levantar la condición espiritual de los hermanos. Estos, incluso se organizaron para desplazarlo de su cargo, pues lo hallaban muy exigente. Llegó un momento en que su vida comenzó

a derrumbarse, y empezó a enfermar. Simpson tenía 37 años. Fue a ver al médico, quien le dijo: «Usted tiene una enfermedad del corazón de la que nunca se va a recuperar; así que le recomiendo que se vaya al campo y deje para siempre el ministerio, porque de seguir así, morirá muy pronto».

Cuando Simpson supo esto, se sintió arrasado y comenzó a buscar al Señor. Entonces pudo ver hasta qué punto su carne, fuerza y sabiduría habían sido el motor de su vida hasta ese día. Y entonces descubrió que Cristo era suficiente.

El lema de Simpson era: «Cristo salva, Cristo santifica, Cristo sana y Cristo viene». Hoy día, esto puede parecer un simple slogan, pero para Simpson fueron realidades que lo salvaron y cambiaron su vida para siempre. Él descubrió que Cristo no solo era suficiente para salvar, sino para sanar y para darnos una vida de poder y victoria. Sí, Simpson sanó y vivió 50 años más predicando el evangelio.

Cristo es suficiente y pleno. Todo lo que necesitamos para esta vida y para toda la eternidad es a Cristo, y la iglesia fue llamada a ser la demostración de este hecho.

**El Señor quiere hacernos a entender cuán aborrecible  
a sus ojos es nuestra carne.**

## Tratando con nuestra carne

Entonces, cuando el Señor enseña esta parábola, ¿qué es lo que él quiere decir? El gran obstáculo que nos impide apropiarnos de la vida plena en Cristo es nuestra carne; porque somos indulgentes, seguimos confiando en ella, y rehusamos que el Espíritu Santo trate con ella. Puesto que no permitimos el trato profundo y radical de la cruz con nuestra carne, rehusamos vivir la vida del Espíritu.

El Sermón del Monte nos habla de una vida vivida para la carne y cómo el Señor nos llama a dejar atrás esa vida. Algunos ejemplos rápidos: Él dice, cuando habla sobre la ira: «*Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano...*». ¿Quién se enoja contra el hermano? Nuestra carne, que se siente ofendida o humillada. ¿Usted cree que el Señor Jesús que vive en usted se siente ofendido o humillado? ¿No recuerda acaso las palabras: «*Dios, que es rico en misericordia*»? Cuando usted despreció a Dios, no lo tomó en cuenta y lo ofendió de tantas formas, ¿qué hizo Dios con usted? ¿Se enojó, lo aborreció, lo destruyó? ¡Lo amó! Ese es nuestro Señor; esta es la vida que tiene que vivir y expresarse en nosotros.

La carne se ofende fácilmente, y se siente menospreciada y atro-

pellada. Si usted da lugar a la carne y no la trae en sumisión bajo el poder del Espíritu, usted está edificando sobre la arena. Cuántos de nosotros decimos: «No, esto es algo pequeño; lo voy a dejar pasar»; pero estamos dando lugar a la carne, sin permitir que el Espíritu tome esa cosa ‘pequeña’ y la ponga bajo el poder de la cruz. Así, estamos edificando nuestra vida sobre la arena.

Pero existe algo aún más terrible con respecto a la carne: ella ha sido maldecida por Dios, y está bajo condenación; jamás podrá prosperar, pues está destinada a ser destruida para siempre. Si usted siembra para la carne, dice la Escritura, segará corrupción y ruina, porque hay una maldición definitiva de Dios sobre los deseos, las obras y la voluntad de la carne, y ésta jamás podrá prosperar.

Por eso, el Señor dice en el versículo 23: «*Si traes tu ofrenda al altar...*». Tratemos de extraer el pensamiento evangélico aquí. El Señor no se refiere a cuando alguien viene a reunión de iglesia y trae su ofrenda. Aquí estamos en el contexto del judaísmo. En el Antiguo Pacto, si usted era pobre, podía traer una paloma; si era rico, podía traer un cordero; pero, lo que fuera, en la ofrenda, usted demostraba su devoción a Dios. Usted, de hecho, se estaba consagrando a Dios.

## Reconciliándose

Ahora, imagínese que usted está en un momento de suma devoción y consagración a Dios, «...y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti...». ¿Qué dijo el Señor? «Deja tu ofrenda...». Olvídate de eso, aunque parezca lo más importante; esto otro es mucho más importante. Busquemos, en consecuencia, entender el Sermón del Monte de manera correcta: El Señor no nos está poniendo una carga que nadie puede cumplir, sino enseñándonos a ver las cosas desde la perspectiva del cielo. Cuando usted, por la gracia y el poder del Espíritu Santo, comienza a ver las cosas desde esa perspectiva, entonces recibe el poder para actuar según esa perspectiva.

Tratemos de ponerlo en un contexto más actual, aunque puede ser bastante difícil. Cuando usted pasa adelante, en la cena del Señor, y llega el momento de dar gracias y partir el pan, esto podría ser equivalente en importancia. Y, en el momento en que usted parte el pan, recuerda que su hermano tiene algo contra usted, el Señor dice: «Deja lo que estás haciendo, y ve y reconcílate con tu hermano». Este es el sentido.

En otras palabras, el Señor nos está diciendo que esto es tan importante que, si usted lo deja de lado, está en peligro de traer la ruina completa a su vida. Entonces, no

se entretenga con el pensamiento de que aquello es algo sin importancia.

## Cortando y echando

«Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mat. 5:27-28). Vivimos en una cultura que nos rodea de adulterio, fornicación y pornografía. Es el pan de todos los días. Pero, ¿qué es lo que el Señor está tratando aquí? Lo que él hace es enseñarnos a tratar con la raíz del problema. ¿Dónde comienza el adulterio? En los deseos del corazón.

Entonces, aquí están las palabras que son la clave de lo que el Señor enseña: «Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno» (v. 29). El ojo derecho es un elemento vital de la visión; sin él, usted prácticamente no podría vivir. Pero el Señor no quiere decir literalmente que haya que sacarse ese ojo, porque eso no cambiaría nada. Lo que él quiere decir es que, tratándose de estas cosas como el adulterio y otros pecados similares, usted tiene que ser tan radical como si equivaliese a cortarse una mano, para evitarlo.

¿Hay algo que te es ocasión de caer? Si es así, ¿vas a poner en jue-

go tu vida con Cristo por ello? Algunos hermanos nos dicen: «Tengo problemas con este pecado». Y al conversar con ellos, uno se da cuenta que el problema es que ven cosas que no tienen que ver, ven películas que no deben ver, leen cosas que no deben leer, conversan cosas que no deben conversar o tienen amigos que no deberían tener.

Si tu amigo te puede llevar a caer, ya sabes lo que dice el Señor. ¿Cuál es el camino? ¡Córtalo, échalo, apártate! Porque lo que está en juego es tu vida con el Señor. No creas que puedes jugar con la carne sin que te pase nada. Peor aún, otro puede pensar: «Puedo mirar todavía, pero después el Señor me perdona». ¡Cuidado! Estás jugando con fuego. El Señor dice: «Esto es tan grave que, si se tratara incluso de tu mano derecha, sería mejor que la cortaras y echaras de ti». A eso se refiere el Señor cuando dice: *«Niéguese a sí mismo»*.

### **Satanás opera sobre la carne**

Lo central en Mateo 6:5 es el trato con la carne. Ella es el gran obstáculo para la vida plena en Cristo. Tiene que llegar el momento en que usted perciba claramente que este es el problema. Tenemos que ser llevados por el Espíritu a descubrir que la carne es el problema, y que, en la medida en que somos indulgentes con ella, damos lugar a que Satanás ataque nuestra vida.

Por eso, observe la figura en la parábola: Una casa está edificada sobre la arena y otra, sobre la roca, pero contra ambas viene el viento, la lluvia y los ríos. Todo esto representa los ataques del enemigo. No importa cuál sea nuestra condición, siempre estaremos expuestos a sus ataques. Y si su vida no está fundada en la roca, y no tiene raíces profundas en Cristo, se arruinará por completo.

¿Cuántos de nosotros, cuando sopla de frente aquella tribulación que nunca esperamos, para la cual nunca estamos preparados, nos damos cuenta, demasiado tarde, que no tenemos recursos y que no tenemos nada real a que aferrarnos, y nos hundimos? Esto es porque hemos edificado sobre la arena.

A veces ocurre que estamos tan dormidos o somnolientos que no nos damos cuenta de lo que está pasando a nuestro alrededor. La iglesia se encuentra bajo un ataque enorme de las tinieblas. El Señor Jesús sabía esto. La iglesia posee en sí misma el testimonio de la vida resucitada y ascendida de Cristo y por ello se vuelve blanco de los poderes de las tinieblas.

Satanás intentará destruir a la iglesia a cualquier precio. Esto no es un juego; hay una batalla por el testimonio de Dios, pero es Dios mismo quien permite que ocurra la batalla, porque Satanás no podría tocar a la iglesia si Dios no se lo

permitiera. Sin embargo, ¿por qué permite Dios que eso ocurra? Porque la carne debe ser desnudada a través del conflicto.

¿Hay algo de su vida que usted nunca dejó que el Señor tocara? Lo que el Sermón del Monte quiere mostrarnos es que el Señor tiene que entretenerse en todos los aspectos de nuestra vida. Usted no puede dejar al Señor fuera de ninguno de ellos: la relación con las personas, la ira, el enojo, el adulterio, la fornicación, las riquezas.

Hay hermanos que no dejan que Dios intervenga en la administración de su dinero, que no dejan que el Espíritu de Dios tome el gobierno de sus recursos, pues ponen su confianza en lo que tienen y no en el Señor. Usted no deja que el Espíritu del Señor gobierne su vida financiera debido a que confía más en sus propios recursos que en el Señor; es decir, usted confía en su carne.

«No os hagáis tesoros en la tierra... más haceos tesoro en el cielo». Todo esto nos habla de una vida donde Dios está presente y entretelado en todo, y tiene que ver con todo. Esta es la vida en Cristo, la roca eterna.

### **La centralidad de la oración**

Si seguimos leyendo el sermón, llegamos a la oración. ¿Qué es la oración, entonces? Un hermano nos recordaba que la oración no es simplemente un momento especí-

fico donde usted se relaciona con Dios, en la mañana o en la tarde, o bien en una reunión con los hermanos. Para muchos de nosotros, la oración es una especie de buena obra, algo que hacemos para agradecer a Dios.

Pero, si usted pone atención, se dará cuenta que el sentido de la oración es completamente diferente. La oración es el aire, la respiración de los santos. Nosotros somos llamados a vivir una vida de oración continua y constante. ¿Sabe por qué? Porque la oración es comunión e intimidad con Dios. Por eso, el Señor empieza diciendo así: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino».

¿Qué estamos pidiendo al orar de esta manera? Que la presencia, recursos, y autoridad del cielo, según la voluntad eterna de Dios, vengan y se realicen a través de nosotros. Recuerden que Jesús dijo a Pedro: «A ti te daré las llaves del reino de los cielos». ¿Sabe qué significa esto? Que la oración es la manera en que la iglesia vive en el reino de Dios, bajo un cielo abierto. Cuando la iglesia vive una vida de oración constante, entonces el cielo se abre sobre ella, y el reino de Dios desciende a través de ella.

La oración que el Señor nos enseñó a orar no se refiere a una acción repetitiva o esporádica, sino a una vida de constante comunión y

dependencia del Señor; una vida en que el cielo y la tierra están en permanente relación e interacción. Esa es la vida que el Señor nos llamó a vivir; una vida donde la presencia de Dios y su gloria están constantemente en nosotros.

Cuando Pablo dijo: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*», quiso decir: «Ahora, lo que yo pienso, lo que siento, lo que hablo, son los pensamientos, sentimientos y palabras de Cristo». «*Cristo vive en mí*» no es simplemente una verdad posicional y objetiva; es algo mucho más íntimo, que tiene raíces profundas: «Yo siento los sentimientos de Cristo y mis deseos son los deseos de Cristo. Cristo vive en mí y a través de mí».

La única manera en que esto llegue a ser real es a través de una vida de oración, de constante comunión con Dios. Ese es el sentido de la oración, y por ello está en el centro del Sermón del Monte. En otras palabras, usted jamás podría vivir las palabras que el Señor enseñó en él, a no ser que viva una vida de oración delante de Dios.

### **'Ateísmo práctico'**

Entonces, ¿sobre qué fundamento estamos edificando? ¿Dónde estamos poniendo nuestra seguridad? Pues existe en la iglesia una especie de 'ateísmo práctico', donde Dios parece estar ausente de

nuestra experiencia cotidiana. ¿Vivimos una vida constantemente en la presencia de Dios, o vivimos una vida de ausencia de él? ¿Cómo vivimos en verdad?

La Escritura siempre nos habla del Dios vivo. Nuestro Dios es un Dios vivo; nos relacionamos con un Dios vivo, real y verdadero, con el cual nos comunicamos, no cada cierto tiempo, sino de forma permanente. A eso se refiere el Señor con edificar nuestra casa sobre la roca y no sobre la arena.

¿Puedes examinar tu vida ahora, en la presencia del Señor? Necesitamos que, en estos días, el cielo esté abierto sobre nosotros, que el Señor se haga presente en nosotros. Necesitamos desesperadamente de la gloria del Señor y de su presencia. Quizás usted no lo percibe todavía, pero nuestra necesidad de Cristo es desesperada.

¡Necesitamos todos los recursos de Cristo! Necesitamos vivir una vida en la presencia del Señor, que contenga esa presencia de manera permanente y no esporádica; una vida que demuestre al Señor Jesucristo, mientras crece y abunda. Para que eso pueda ocurrir, tenemos que dejar los caminos de la carne, esto es, dejar de edificar sobre la arena; abandonar los caminos de nuestros deseos, pensamientos y voluntad.

Usted sabe muy bien qué cosas le ha estado diciendo el Espíritu del



Señor que debe dejar; pero usted quiere negociar, quiere argumentar con Dios: «Señor, perdóname esto. Yo te voy a servir como tú quieras; pero esto no, déjame». A veces puede ser una cosa pequeña, no necesariamente algo pecaminoso; son cosas que a nosotros nos parecen de lo más pequeñas, pero no lo son para el Señor.

### Rendirse y creer

No es posible para nosotros dejar los caminos de la carne, pero es posible para el Señor. Y si usted se consagra, se rinde y cree y confía en él y en el poder de su Espíritu,

créalo, es posible para usted también. Tal vez usted dice: «Yo nunca voy a vencer este pecado de mi carácter. Ya luché con él, ya lo intenté y no se va». Pero no es así. No se va porque usted todavía confía en su carne, todavía tiene su esperanza en ella; porque usted todavía no dejó que el Espíritu Santo terminara con su carne. No usted, sino el Espíritu del Señor. Hay recursos infinitos en Cristo. Todos los recursos del cielo están a nuestra disposición, y en Cristo hay gracia y poder suficientes para todo y para todos.

*Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro de El Trébol (Chile), en enero de 2013.*



### Muriendo en lugar de su hermano

Se cuenta la historia de dos hermanos que llevaban vidas totalmente opuestas. El mayor era temeroso de Dios, bondadoso para con todos. El menor era un joven rebelde y violento. El hermano mayor trató de influenciarle, pero en vano.

Una noche, mientras el mayor estaba sentado tranquilamente, el menor entró abruptamente con sangre en sus ropas, gritando: «¡Sálvame, si puedes! ¡He matado a un hombre y la policía me persigue!». El mayor respondió: «Date prisa! Cambiemos de ropa».

Así lo hicieron. El asesino se vistió con las ropas blancas, y el inocente se puso las ropas manchadas. Apenas habían acabado de hacer el cambio cuando la policía llegó. Viendo al hermano mayor en ropas ensangrentadas, se lo llevaron. Fue llevado a la corte, donde el acusado admitió su culpabilidad. El juez lo sentenció a muerte.

Él tuvo un último deseo: «Al momento de mi ejecución, por favor, denle a mi hermano esta carta». Su deseo fue cumplido.

Cuando el hermano abrió la carta, leyó lo siguiente: «Morí en tu lugar, en tus ropas ensangrentadas, por tu culpa. Estuve contento de hacer este sacrificio por ti y te pido solamente una cosa, que vivas una vida de amor y bondad».

El inocente estaba muerto. Nada cambiaría ese hecho. Pero cuando los camaradas le pedían al joven que participara en actos de violencia, él respondía: «No puedo hacerlo en las ropas blancas de mi hermano que murió por mí».

Esto es exactamente lo que Jesús hizo por cada uno de nosotros.

*Richard Wurmbrand, «Jesús, un Amigo para los Alzados en Armas».*

Nuestra vocación primordial no es el ministerio al mundo, ni a la iglesia, sino el ministerio al Señor.

LEGADO

## El ministerio a la Casa o al Señor

Watchman Nee

Notemos al comienzo que hay poca diferencia aparente entre el ministerio a la Casa y el ministerio al Señor. Muchos de ustedes están usando todos sus recursos para ayudar a sus hermanos, trabajando para salvar a los pecadores y para administrar los asuntos de la iglesia. Pero, te pregunto: ¿Has estado buscando suplir la necesidad alrededor tuyo, o has estado buscando servir al Señor? ¿Es a tu prójimo que tienes en vista, o es a Él?

Seamos muy francos. El trabajar para el Señor sin duda tiene sus atractivos para la carne. Lo puedes encontrar muy interesante, y te puedes emocionar mucho cuando se reúnen las multitudes para escucharte predicar, y cuando grandes números de almas se salvan. Si tienes que permanecer en casa, ocupado de la mañana hasta la noche con asuntos mundanales, entonces piensas: ¡Qué sin significado es la vida! ¡Qué grandioso sería si pudiera salir y servirle al Señor! ¡Si tan solo estuviera libre para andar predicando o aun hablar a la gente de él!

Pero eso no es espiritualidad. Eso es solo un asunto de preferencia natural. Oh, si solo pudiéramos ver que

mucho del trabajo hecho para Dios realmente no es ministerio a él! Él mismo nos ha dicho que había una clase de levitas que servían afanosamente en el templo, y sin embargo no le estaban sirviendo a él; estaban meramente sirviendo a la Casa. El servicio al Señor y el servicio a la Casa se parecen tanto que a menudo es difícil diferenciar entre los dos.

Si un israelita llegaba al templo y quería adorar a Dios, esos levitas vendrían en su ayuda para asistirle en entregar su ofrenda de paz y su ofrenda quemada. Le ayudarían a arrastrar el sacrificio al altar, y lo matarían. ¡Seguramente ese era un trabajo grandioso en que ocuparse, reclamando a los pecadores y guiando a los creyentes a acercarse al Señor! Y Dios tomó en cuenta el servicio de esos levitas que ayudaban a los hombres a llevar sus ofrendas de paz y sus ofrendas quemadas al altar. Sin embargo, él dijo que eso no era ministerio a él mismo.

Hermanos y hermanas, hay una carga grande en mi corazón para que

Lectura: Ezequiel 44:15-18.

ustedes se den cuenta de lo que Dios está buscando. Él desea ministros que le ministren a él. «Ellos se acercarán para ministrar ante *mí*, y delante de *mí* estarán para ofrecermela grosura y la sangre ... Ellos *me* ministrarán a *mí*».

Lo que más temo es que muchos de ustedes saldrán para ganar pecadores para el Señor y edificar a los creyentes, sin ministrarle al Señor mismo. Mucho del así llamado servicio para él es simplemente siguiendo nuestras propias inclinaciones naturales. Nosotros tenemos disposiciones tan activas que no soportamos quedarnos en casa, así que corremos afanosos para nuestro propio alivio. Podemos estar sirviendo a los pecadores y podemos estar sirviendo a los creyentes, pero todo el tiempo estamos sirviendo a nuestra propia carne.

Tengo una querida amiga que ahora está con el Señor. Un día, después de tener un tiempo de oración juntos, leímos este pasaje en Ezequiel. Ella era mucho mayor que yo y me habló así: «Mi hermano, hace 20 años que estudié este pasaje de las Escrituras por primera vez». «¿Cómo reaccionaste ante él?», pregunté. Ella replicó: «Tan pronto como había terminado de leerlo, cerré mi Biblia, y arrodillándome ante el Señor oré: ‘Señor, hazme uno que te ministrará a ti, no al templo’». ¿Podemos nosotros también orar esa oración?

Pero, ¿qué queremos decir de verdad cuando hablamos de servirle a Dios o servir al templo?. Aquí está lo que dice la Palabra: «Pero los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento del santuario cuando los hijos de Israel se apartaron

de mí, *ellos se acercarán* [a mí] para ministrar ante mí, y *delante de mí estarán* para ofrecermela grosura y la sangre, dice Jehová el Señor». Las condiciones básicas a todo ministerio que se pueda llamar verdaderamente ministerio al Señor son el estar acercándose a él y el estar delante de él.

¡Qué difícil encontramos a menudo acercarnos a su presencia! Nos contraemos de la soledad, y aun cuando nos separamos físicamente, nuestros pensamientos todavía siguen vagando afuera. Muchos de nosotros podemos disfrutar trabajar entre la gente, pero, ¿cuántos de nosotros podemos acercarnos a Dios en el Lugar Santísimo? Pero es solo a medida que nos acercamos a él que podemos ministrarle. Entrar a la presencia de Dios y arrodillarnos por una hora demanda toda la fuerza que poseemos.

Tenemos que ser violentos para poseer esa tierra. Pero todos los que sirven a Dios conocen la preciosidad de tales tiempos, la dulzura de despertarse a medianoche y pasar una hora en oración, o de despertarse muy temprano en la mañana, levantándose por una hora de oración antes del último sueño de la noche. Déjame ser muy cándido contigo. A menos que realmente conozcamos lo que es acercarnos a Dios, no podemos conocer lo que es servirle a él. Es imposible estar lejos y aun ministrarle a él. No podemos servirle a la distancia. Sólo hay un lugar donde el ministerio a él es posible, y ese es el Lugar Santísimo. En el atrio te acercas al pueblo; en el Lugar Santísimo te acercas al Señor.

El pasaje que hemos citado enfatiza la necesidad de acercarnos a Dios si

vamos a ministrarle a él. Nos habla de pararnos delante de él para ministrar. Me parece que hoy en día siempre que-remos estar avanzando; no podemos estar quietos. Hay tantas cosas reclamando nuestra atención, que estamos perpetuamente moviéndonos. No podemos detenernos por un momento. Pero una persona espiritual sabe estar quieto, y puede estar delante de Dios hasta que él ha conocido Su voluntad. Él puede quedar parado y esperar órdenes.

Quiero dirigirme especialmente a mis compañeros obreros. ¿Puedo preguntarles: No está todo tu trabajo organizado definitivamente y llevado a cabo según un horario? ¿Y no tiene que ser hecho con gran prisa? ¿Se te puede persuadir a pararte y no moverte por un rato? A eso se refiere aquí: «...estar delante de mí para ministrarme a mí».

Ninguno puede ministrar verdaderamente al Señor si no sabe el significado de esta palabra: «*Se acercarán* para ministrar ante mí». Ni tampoco puede ministrarle a él quien no comprende esta palabra adicional: «*Delante de mí estarán* para ... servirme». Hermanos, ¿no creen que cualquier siervo debe esperar las órdenes de su amo *antes* de buscar servirle?

Sólo existen dos clases de pecado ante Dios. Una es el pecado de rebeldía contra sus mandatos, por ejemplo, rehusar obedecerle cuando él da órdenes. La otra es el pecado de seguir adelante cuando el Señor no ha dado ór-

denes. Una es rebelión; la otra es presunción. Una es no hacer lo que el Señor ha requerido; la otra es hacer lo que el Señor no ha requerido. El estar delante del Señor trata con el pecado de hacer lo que el Señor no ha mandado.

Hermanos y hermanas, ¿cuánto del trabajo que has hecho ha sido basado en el mandato claro del Señor? ¿Cuánto has hecho por sus instrucciones directas? Y, ¿cuánto has hecho simplemente basado en que lo que hiciste fue algo bueno hacer?

Déjame decirte que nada daña tanto los intereses del Señor como una «cosa buena». Las cosas buenas son el mayor obstáculo al cumplimiento de su voluntad. En el momento en que enfrentamos algo maligno o inmundo, inmediatamente lo reconocemos como una cosa que el cristiano debe evitar, y por esa razón las cosas que son positivamente malas no significan tanto una amenaza al propósito del Señor como las cosas buenas.

Tú piensas: 'Esta cosa no sería mala', o, 'Esa cosa es lo mejor que se puede hacer'; así que sigues adelante y lo haces sin detenerte para inquirir si es la voluntad de Dios. Nosotros, que somos sus hijos, todos sabemos que no debemos hacer nada malo, pero pensamos que, si tan solo nuestra conciencia no prohíbe una cosa, o si una cosa se nos encomienda como positivamente buena, esa es razón suficiente para seguir adelante y hacerla.

**¿Has estado buscando suplir la necesidad alrededor tuyo,  
o has estado buscando servirle al Señor?**

Aquello que planeas hacer puede ser muy buena, pero, ¿estás delante del Señor esperando *su* orden al respecto? «*Estarán delante de mí*» involucra detenerse en su presencia y rehusar moverse hasta que él dé sus órdenes. El ministerio al Señor significa eso. En el atrio, es la necesidad humana que gobierna. Simplemente deja que alguien venga para sacrificar un buey o una oveja, y hay trabajo para ti. Pero en el Lugar Santísimo hay soledad absoluta. No entra ni una sola alma. Ningún hermano o hermana nos gobierna aquí, ningún comité determina nuestros asuntos. En el Lugar Santísimo existe una sola autoridad, la autoridad del Señor. Si él me asigna una tarea, lo hago; si no me asigna ninguna tarea, no hago ninguna.

Pero se nos requiere algo a medida que estemos delante del Señor y le ministremos. Se nos requiere ofrecerle «la grosura y la sangre». La sangre responde a las demandas de su santidad y justicia; la grosura cumple los requisitos de su gloria. La sangre trata con la cuestión de nuestro pecado; la grosura trata con la cuestión de su satisfacción. La sangre quita todo lo que pertenece a la vieja creación; la grosura trae lo nuevo. Y esto es algo más que doctrina espiritual. *Nuestra* vida del alma estaba involucrada en el derramamiento de *su* alma hasta la muerte. Cuando él vertió su sangre eternamente incorruptible, él no solo estaba derramando su propia vida, él estaba derramando la totalidad de la vida que el hombre tenía por el nacimiento natural.

Y no solamente murió: él se levantó de la muerte, y la vida que él vive la

vive hacia Dios. Él vive para la satisfacción de Dios. Él ofrece la «sangre y la grosura». También nosotros, quienes ministramos al Señor, debemos ofrecer la grosura y la sangre. Y esa cosa imposible es posible en base a lo que él ha hecho.

Pero tal ministerio está confinado a cierto lugar: «Ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa para servirme, y guardarán mis ordenanzas» (v. 16). El ministerio que es «a mí» es en el santuario interior, en el lugar escondido, no en el atrio expuesto a la vista pública. La gente puede pensar que nosotros no hacemos nada; pero el servicio a Dios dentro del Lugar Santísimo trasciende lejos el servicio al pueblo en el atrio.

Hermanos y hermanas, aprendamos qué significa estar delante del Señor esperando sus órdenes, sirviendo solamente a sus órdenes, y no siendo gobernados por ninguna consideración sino la consideración de su voluntad.

El mismo pasaje nos dice cómo deben vestirse los que ministrarán al Señor. «*Se vestirán vestiduras de lino; no llevarán sobre ellos cosa de lana, cuando ministren en las puertas del atrio interior y dentro de la casa. Turbantes de lino tendrán sobre sus cabezas, y calzoncillos de lino sobre sus lomos*». Aquellos «que ministran al Señor» no pueden vestirse de lana. ¿Por qué? La respuesta sigue: «*No se ceñirán cosa que los haga sudar*».

Ningún trabajo que produce sudor es aceptable al Señor. Pero, ¿qué significa «sudor»? La primera vez que se mencionó el sudor fue cuando Adán fue echado del huerto de Edén. Des-

pués de que Adán pecó, Dios pronunció esta sentencia sobre él: «Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida ... con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gén. 3:17-19). Está claro que el sudor es una condición de la maldición. Porque la maldición estaba sobre la tierra, dejó de rendir su fruto sin el esfuerzo del hombre, y tal esfuerzo producía sudor.

Cuando la bendición de Dios está detenida, el esfuerzo carnal se vuelve necesario, y eso causa sudor. Todo trabajo que produce sudor es prohibido a los que ministran al Señor. Sin embargo, hoy ¡qué gasto de energía hay en el trabajo para él! ¡Ay!, pocos cristianos pueden hacer algún trabajo hoy sin sudar en hacerlo. Su trabajo involucra planear y tramar, exhortando y urgiendo, y mucho correr. No se puede hacer sin muchísimo celo carnal.

Hoy en día, si no hay sudor, no hay trabajo. Antes de poder emprender un trabajo para Dios, hay muchísimo ajetreo de acá para allá haciendo numerosos contactos, haciendo consultas y discusiones, y finalmente recibiendo la aprobación de varias personas antes de seguir adelante. En cuanto a esperar quietamente en la presencia de Dios y buscar sus instrucciones, eso está fuera de cuenta.

No obstante en el trabajo espiritual, el único factor para tomar en cuenta es Dios. La única persona con quien hacer contacto es Dios. Esa es la preciosidad del trabajo espiritual – está relacionado con Dios. Y en relación a él hay trabajo que hacer, pero es trabajo que no produce sudor. Si tenemos que

publicitar el trabajo y usar gran esfuerzo para promocionarlo, entonces es obvio que no surge de la oración en la presencia de Dios.

Por favor, ten paciencia conmigo cuando digo que todo trabajo que es verdaderamente espiritual se hace en la presencia de Dios. Si realmente lo haces en Su presencia, cuando vas a la presencia de los hombres, ellos responderán. No tendrás que usar medios interminables para ayudarles. El trabajo espiritual es el trabajo de Dios, y cuando Dios trabaja, el hombre no necesita esforzarse sudando por ello.

Hermanos y hermanas, examínemonos en total honestidad delante de Dios hoy. Preguntémosle: ¿Estoy sirviéndote a ti, o estoy sirviendo al trabajo? ¿Es mi ministerio «al Señor» o es «a la Casa»? Si tú estás chorreando sudor todo el tiempo, entonces puedes llegar a la conclusión que estás sirviendo a la Casa, no al Señor. Si toda tu ocupación está relacionada con la necesidad humana, puedes saber que estás sirviendo a los hombres, no a Dios. No estoy despreciando el trabajo de matar los sacrificios en el altar. Es trabajo para Dios y alguien tiene que hacerlo, pero Dios desea algo más allá de eso.

Dios no puede asegurar a todos que servirán a él mismo, porque muchos de los suyos son renuentes a dejar la emoción y excitación del atrio. Están decididos a servir a la gente. Pero, ¿qué de nosotros? Oh, que hoy dijéramos al Señor: «Estoy dispuesto a abandonar las cosas, dispuesto a dejar el trabajo; estoy dispuesto a abandonar el atrio y servirte a ti en el santuario interior.

Cuando Dios no pudo encontrar la manera de llevar a todos los levitas al lugar del ministerio a sí mismo, él escogió a los hijos de Sadoc de entre ellos para este servicio especial. ¿Por qué seleccionó a los hijos de Sadoc? Porque cuando los hijos de Israel fueron por mal camino, ellos reconocieron que el atrio había sido corrompido irremediablemente, así que no buscaron preservarlo; pero hicieron su negocio el preservar la santidad del Lugar Santísimo.

Hermanos y hermanas, ¿pueden soportar el dejar ir la estructura externa o tienen que persistir en edificar un andamiaje para preservarla? Es el Espíritu Santo a quien Dios quiere preservar: un lugar totalmente apartado para él, un lugar donde el estándar es absoluto. ¡Oh!, te ruego delante de Dios que escuches su llamado a abandonar el atrio y consagrarte a su servicio en el Lugar Santísimo.

Me gusta leer en Hechos 13 acerca de los profetas y maestros en Antioquía, que: «...*ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado*». Vemos allí el único principio que gobierna la obra para Dios en la dispensación del Nuevo Testamento. El Espíritu Santo solo comisiona a las personas para la obra mientras están ministrando al Señor. A menos que el ministerio al Señor sea lo que nos gobierne, la obra estará en confusión.

Al comienzo de la historia de la iglesia en Antioquía, el Espíritu Santo dijo: «*Apartadme [a mí] a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado [yo]*».

Dios no quiere voluntarios para su obra; él quiere reclutas. Él no permitirá que prediques el evangelio simplemente porque tú quieres hacerlo. La obra del Señor sufre serios daños hoy en manos de voluntarios. Escasean los que puedan decir como él: «El que me envió...».

Oh, hermanos y hermanas, la obra de Dios es la obra propia de Dios y no es trabajo que tú puedes tomar cuando te place. Ni iglesias ni sociedades misioneras o evangelísticas pueden enviar a los hombres a trabajar para Dios. La autoridad para comisionar a los hombres no está en las manos de los hombres sino solamente en las manos del Espíritu de Dios.

El servir al Señor no quiere decir que no servimos a nuestros semejantes, pero sí quiere decir que todo el servicio a los hombres tiene el servicio al Señor como su base. Es el servicio hacia Dios que nos impulsa hacia afuera a los hombres.

Lucas 17: 7-10 dice claramente lo que el Señor busca. Aquí se refiere a dos clases de trabajo –arando el campo y cuidando el rebaño– ambos oficios muy importantes; sin embargo, el Señor dice que, aun cuando un siervo vuelve de tal trabajo, se espera de él que provea para la satisfacción de su amo antes de sentarse a disfrutar su propia comida.

Cuando hemos vuelto de nuestra labor en el campo, somos propensos a reflexionar complacientemente en el trabajo que hemos realizado; pero el Señor dirá: «*Cíñete y sírveme*». Él quiere que le ministremos a él mismo. Podemos haber laborado en un campo amplio y haber cuidado muchas

ovejas; pero toda nuestra labor en el campo y entre el rebaño no nos exime de ministrarle para Su satisfacción personal. Es nuestra tarea suprema.

Hermanos y hermanas, ¿qué buscamos realmente? ¿Es solo trabajar en el campo, solo predicar el evangelio a los inconversos? ¿Es solo cuidar el rebaño, solo cuidar de las necesidades de los salvos? ¿O estamos asegurando que el Señor pueda comer hasta satisfacerse plenamente y beber hasta que su sed esté saciada?

Es verdad que es necesario que también nosotros comamos y bebamos, pero eso no puede ser hasta después de que el Señor esté satisfecho. Nosotros, también, debemos tener nuestro disfrute, pero eso nunca puede ser sino hasta que Su gozo sea cumplido.

¿Nuestro trabajo ministra a nuestra satisfacción o a la del Señor? Me temo que cuando hayamos trabajado para el Señor, a menudo estaremos

nosotros plenamente satisfechos antes de que él esté satisfecho. A menudo estamos bastante felices con nuestra labor cuando él no ha encontrado ningún gozo en ella.

Hermanos y hermanas, cuando tú y yo hemos hecho nuestro máximo, aún tenemos que admitir que somos siervos inútiles. Nuestra meta no es el ministerio al mundo, ni a la iglesia, sino el ministerio al Señor. Y benditos aquellos que pueden diferenciar entre el ministerio a los pecadores o a los santos, y el ministerio a él. Tal discernimiento no se adquiere fácilmente. Solo a través de mucho trato drástico aprenderemos la diferencia entre el ministerio al Señor mismo y el ministerio a la Casa.

No obstante, si el Espíritu Santo puede obrar su voluntad en nuestras vidas, él suplirá plenamente nuestra necesidad. ¡Busquemos la gracia de Dios para que él nos revele lo que realmente significa ministrarle a él!



### Como en un espejo

En cierta ocasión, viajaba yo por el río Yangtse, de la China central. Acababa de escampar después de una fuerte tormenta y el sol había salido esplendoroso. Me sentí impulsada a subir a cubierta, y el Señor tenía un precioso mensaje en espera para mí. El agua del Yangtse es muy turbia. Pero al acercarme a la barandilla y mirar al río en aquella ocasión, no vi el agua amarilla y sucia, sino el azul del cielo y los blancos vellones de las nubecillas tan perfectamente reflejados, que apenas podía creer que estaba mirando hacia abajo y no hacia arriba.

En ese momento, el Espíritu Santo me recordó, como un relámpago, el versículo 18 de 2ª Corintios 3, y me dijo: «En ti misma eres tan poco atractiva como el agua del Yangtse, pero cuando tu ser se vuelva hacia Dios y toda tu vida se abra a él de modo que su gloria pueda brillar sobre ella y penetrar en ella, entonces serás transformada en su imagen de tal modo, que otros, al mirarte, no te verán a ti, sino a Cristo en ti».

Amigos queridos, ¿estamos nosotros reflejando, como en un espejo, la gloria del Señor?

Ruth Paxson en «Ríos de Agua Viva».



# Mateo

A.T. Pierson

**Palabra clave: Reino**

**Versículo clave: 27:37**

Este Evangelio es reconocidamente hebraico en su forma, y es el real inicio del Nuevo Testamento, conectándolo con el Antiguo. El Nuevo Pacto surge del Antiguo; siendo así, la genealogía de Cristo es trazada desde Abraham y David. La historia mesiánica cumple las profecías sobre el Mesías; de ahí las frecuentes referencias a las predicciones. El Profeta, Sacerdote y Rey, presentado en las profecías, ceremonias y tipos del Antiguo Testamento, es el Mesías..

Mateo escribió en Palestina, para las ovejas perdidas de la casa de Israel. Él pone la genealogía de Cristo al principio. En la Biblia, la unidad es la familia. Los judíos daban gran importancia al árbol genealógico cuidadosamente trazado, y había un linaje definido del cual el Cristo debería descender. Sin embargo, aun en el linaje santo hallamos extranjeros, gentiles y pecadores, pues él vino para salvarlos, y así él descendió a identificarse con ellos.

Entre Abraham y Cristo hay tres veces “catorce generaciones”, lo que corresponde al número 42, el número de estaciones por las cuales pasó el pueblo de Israel en el desierto. Empezando desde Abraham, el pueblo peregrino de Dios nunca halló un lugar de descanso, hasta que encontraron a Jesús.

Mateo prueba el mesianismo de Cristo y, por tanto, su reinado como Hijo y sucesor de David. Por esta razón es dada preeminencia al reino de los cielos: su proclamación por Juan el precursor; y después por Cristo; las bienaventuranzas de este reino, las condiciones para entrar en él; las siete

parábolas del Reino, que desvelan sus misterios (capítulo 13), y las otras tres, que muestran las fases de la Segunda Venida (capítulo 25).

Por esta razón, también el carácter real de Cristo es trazado desde su nacimiento y adoración por los sabios, pasando por su noble triunfo sobre el tentador, por su discurso sobre las leyes del reino, sus milagros majestuosos, hasta su transfiguración, siendo éste el evento central, revelando la gloria del Rey mesiánico en su plenitud. Desde este punto en adelante, poco es hecho o registrado para probar la dignidad y la divinidad de su persona, y él empieza ahora a mostrar la doctrina de su obra redentora y su resurrección (16:21).

## Divisiones:

1. Mateo 1:1 a 4:16. Desde el nacimiento de Cristo hasta su ministerio público.
2. Mateo 4:17 a 16:28. Su ministerio público hasta su transfiguración.
3. Mateo 17:1 a 28:20. Desde la transfiguración hasta su última ordenanza.

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

BIBLIA

## Símbolos y tipos en la vida de Moisés (2)

A.B. Simpson

### La zarza ardiendo

El segundo símbolo del libro de Éxodo es el fuego en el desierto, la zarza ardiendo. Aquí vemos la historia de Israel otra vez representada en símbolo, tal como lo era en las aguas del Nilo, solo que la figura aquí no es agua, sino fuego. Se hace más intenso, más terrible. Y así la imagen de Dios para nosotros, de la tribulación y la aflicción, es a la vez agua y fuego, y él nos ha dado una promesa para estos dos en Isaías 42:2-3: *«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador».*

Y así, en tanto que las aguas del Nilo nos hablan de la tribulación que nos envuelve, la zarza ardiendo nos habla de las tribulaciones que parecen fuego consumidor. La zarza mencionada aquí era un arbusto de poca altura que aún crece en los desiertos de aquel país. No era una palmera, ni un arbusto lleno de flores. Era un tipo apropiado de ellos y de la iglesia de Dios, si bien ahora era una cosa insignificante y despreciada. Y así es con

*«Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de la zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel» (Éx. 3:2-10).*

nuestra vida en Cristo: una raíz de tierra seca, como un matorral en el desierto, ante los ojos de los hombres, no solo oscura, sino ardiendo en la prueba difícil y penosa.

El fuego representa aquí lo que había representado el horno humeante de la visión de Abraham – las tribulaciones amargas de nuestras vidas, las cosas que arden y queman las mismas fibras de nuestro ser, las llamas que penetran y parecen transformarse en la misma sustancia de nuestra alma. El fuego es extrañamente intenso e interior; penetra en la misma sustancia de las cosas. De alguna forma, se mezcla con cada partícula de lo que toca. De alguna forma, hay pruebas que penetran de modo que no hay un momento de nuestra vida sin ellas, ni un punto en que no estén presentes.

Hay temporadas de prueba, lo que la Biblia llama «el día de la angustia». Hay pruebas físicas, sociales y domésticas, y cosas que hieren las sensibilidades más tiernas y parten al corazón afectuoso y amante. Hay pruebas de ambientes ásperos y circunstancias desfavorables. Hay crisis más severas que alcanzan a las almas más sensibles, las mentes que tienen más puntos de contacto con lo hiriente; de modo que cuanto más alta es la naturaleza, más alto es el gozo, y mayores las avenidas del dolor.

Y luego hay pruebas más profundas que vienen cuando pasamos a las

manos de Dios, como dice el apóstol: «...el fuego de prueba que os ha sobrevenido». Cuando viene, al principio, nos retraemos de su soplo terrible, y decimos: «Oh, esto no puede venir de las manos de un Padre amante; esto no puede serme necesario». Oh, lo espantoso de la lucha, que hace enfermar y marchita nuestra sensibilidad espiritual.

Y luego hay el dolor y el sufrimiento que viene de la mano misma de Dios, cuando él obra como refinador y purificador de la plata, cuando deja que arda y siga ardiendo hasta que parece que solo quedan cenizas, y nosotros hemos sido quemados totalmente, porque nuestro Dios es «fuego consumidor».

«Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego». Y este fuego a menudo significa sufrir en lo más profundo del ser espiritual, hasta que el alma pasa a ser participante de la virtud de Dios, y entonces los fuegos ya no pueden consumirte. Sé que algunos de vosotros comprendéis esto. Es una de las cosas que no necesitan filosofía para explicarlas. Cristo la conoció, y nos habla como a un pueblo que sufre. La Biblia admite que somos hijos de aflicción.

Aunque la prueba no brota del suelo o de las nubes, con todo, el hombre nace de ella como las chispas siempre suben hacia arriba. Pero, bendito sea su nombre, nosotros somos obra de las manos de Dios, la zarza que arde, pero

**No solo debemos ser limpiados, sino quemados, si queremos ser vasos puros, aptos para el servicio del Maestro.**

no se consume. Si una rama del pequeño arbusto de Dios queda reducida a cenizas o calcinada por aquella llamita, no ha quedado perjudicado nada que sea auténtico o real. Ellos andan en medio del fuego, sin que sus vestidos huelan a quemado al salir, libres de la furia, libres de las mismas cadenas con que han entrado en el horno.

Dios nos dice que la tribulación no puede dañarnos, porque somos suyos. Él estaba demostrando a Moisés que su pueblo no podía ser destruido por estas persecuciones, porque cuanto más eran perseguidos, más crecían y se multiplicaban. Nuestras tribulaciones no pueden perjudicarnos, porque somos del Señor. No sufriremos pérdida alguna a causa de ellas; pero hemos de conseguir la victoria mediante la fe, hemos de estar por encima de las olas o nos hundiremos. En el momento en que cesas de temer, en aquel momento deja de dañarte.

Él dice: «...*los ríos no te anegarán*». Él dice: «...*ni la llama arderá en ti*». Las llamas quemarán algo, pero nada que sea divino. Dios ha de quemar todo lo demás algún día, así que es mejor que lo haga ahora. El fuego va a poner a prueba las almas de los hombres, para ver de qué son y, donde hay paja o rastrojo, lo quemará hasta reducirlo a ceniza en el último día; así que, ¿por qué no ahora?

Hay cosas en ti que arderán, pero no son cosas divinas. Dios quiere que quedes libre de todo lo que se consume. Toma un pedazo de papel y ponlo a la llama del gas, y verás lo rápido que se consume. Pero puedes mantener un lingote de oro allí todo el día, y no va a arder; podrá fundirse, pero

queda todo allí; es indestructible. Así mismo, Dios quiere quitar de ti y de mí todo lo que sea perecedero.

«Oh», digamos, «todo lo que hay en mí que no haya de resistir el fuego aquel día, es mejor que sea eliminado y solo quede lo que permanece». Si la fe se marchita, es que no era fe; si el canto enmudece, es que solo era un canto terrenal. Es posible que Dios deje que se agote tu fuerza natural, para que puedas recibir la fuerza de Dios; que tus antiguas potencias se reduzcan, para que puedas enraizarte en la roca.

Lo que se quema es pasajero y terrenal, y Dios lo quema para darte algo mejor. Tú sabes que él está quemando la escoria del pecado. ¿Estás dispuesto a que lo haga? Sin duda, de alguna forma, los hijos de Israel iban siendo preparados para su futuro por medio de sus sufrimientos. Es posible que nosotros no lo entendamos, pero Dios sí lo entiende, y así el fruto apacible va a salir de nuestras tribulaciones.

Y, ¿no es maravilloso que aquí la misma figura que se usa para expresar el sufrimiento, el mismo símbolo del horno terrible de la aflicción, sea el mismo tipo de Cristo? La llama ardiente es el símbolo más antiguo de Dios para su propia imagen, un símbolo que brilla de modo preeminente entre las otras figuras en su antiguo pueblo. Precediendo y siguiendo a los hijos de Israel en sus jornadas, iba la columna de nube y de fuego. Así, el símbolo de Dios por todo el Antiguo Testamento era el fuego.

En el tabernáculo, el Espíritu de Dios era representado por la llama encima del arca. En el monte Sinaí,

descendió en el fuego y en los relámpagos. Cuando vino a juzgar, lo hizo en fuego. Y también cuando Elías llamó a Dios en el monte Carmelo, él respondió con fuego.

Cuando vino el Espíritu Santo, nos dice el libro de los Hechos que lenguas de fuego se posaron sobre los discípulos. Entonces, el fuego era el ropaje especial de la forma divina. Nos habla no solo de nuestra aflicción, sino de Aquel que viene a nosotros en nuestra aflicción. Y así, cuando miramos las llamas ondulantes de fuego y pensamos en su poder consumidor, he aquí, de súbito aparece transformado, y sobre la figura resplandeciente contemplamos el nombre de Dios y leemos las palabras: «*Yo soy el que soy*».

Así, pues, esta figura de la zarza ardiente no solo representa a la iglesia que sufre, sino también a Dios en medio de su pueblo, saturándoles de su vida y haciéndoles indestructibles en medio de las pruebas y las tentaciones, sosteniéndoles con su propio revestimiento y su poder suficiente.

Queridos amigos, ¿hemos establecido contacto con el fuego que revisite? No se trata aquí del Dios de juicio que es fuego consumidor; sin embargo, el Dios que es fuego consumidor es el Dios que viene a nosotros, aquel que nos ama y que mora en nosotros. ¿Ha venido a ti como fuego, para consumir lo percedero y corruptible, lo pecaminoso y estrecho? ¿Ha quemado tu necedad, tu pecaminosidad, tu flaqueza y tu egoísmo?

Oh, éste es un fuego santo, un fuego bendito. Lo que quieres que consuma es una selva impenetrable y

pantanosa. Cuando empieza un fuego en un terreno pantanoso, ¡cuán rápidamente desaparece lo inútil! Las serpientes y otras alimañas huyen silbando y todo queda purificado. Dios quiere quemar el nido de escorpiones de tu corazón. Pídele que encienda el fuego. Si tienes algo impropio en tu corazón, pídele que venga y lo consuma.

Hay cosas en tu seno que quieres quemar. Quieres ser como una vasija vacía que ha pasado por las llamas. No solo debemos ser limpiados, sino quemados, si es que queremos ser vasos puros, aptos para el servicio del Maestro. Pídele que envíe el fuego y recíbelo como el fuego del amor. ¡Oh, que venga el amor divino que soporta todas las cosas, espera todas las cosas y no desmaya nunca! Entonces será como el fuego que hace mover las ruedas de vapor en la industria, que pone en marcha la maquinaria de la vida.

Él te bautizará con el Espíritu Santo y con fuego, algo no rutilante, no aparatoso, poco conocido, pero una maravilla para la tierra y el cielo, vivo en su luz, gloria y pureza. En sí no es nada, al parecer, pero como el hilo cargado de fluido eléctrico que nadie se atrevería a tocar, está vivo. De modo que, aunque pequeños y humildes, podáis ser como cauces de fuego para tocar otras vidas y hacer que ellas se rindan a Cristo.

Assumamos que la dispensación de hoy es tan sobrenatural como la de Pentecostés. Era el Espíritu Santo quien estaba en la zarza y está presente aquí también, y puede hacer de ti todo lo que Él quiera, si se lo permites.



# La confesión pública de fe

Watchman Nee

El tema de la confesión debería ser dado a conocer al nuevo creyente lo más pronto posible. Una vez que alguien ha creído en el Señor, él debe confesar al Señor delante de los hombres. Él no debe ocultar su fe sino que debe confesarla públicamente. La importancia de tal confesión está establecida en la Biblia y asimismo avalada por nuestra experiencia.

Supongamos que un bebé no emite ningún sonido después de uno, dos o aún tres años de la edad. ¿Qué deberíamos pensar? Si él nunca habla en su infancia, lo más probable es que será mudo de por vida. Si él no puede llamar a «Papá» o a «Mamá» cuando niño, posiblemente nunca lo hará. Asimismo, aquel que cree en el Señor debe confesarlo de inmediato, o será espiritualmente mudo toda su vida.

*«Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación».* La primera mitad tiene que ver con Dios, mientras que la segunda mitad tiene que ver con los hombres. Nadie puede ver si tú has creído o no; pero si tú vienes a Dios creyendo realmente, serás justificado delante de él.

Sin embargo, si tú crees en tu corazón, pero nunca confiesas con tu boca, aunque eres justificado ante Dios, no serás liberado del mundo. La gente de

este mundo no te reconocerá como una persona salvada. Ellos te contarán como uno de los suyos, porque no han verificado ninguna diferencias entre tú y ellos. A este respecto, la Biblia señala enfáticamente que, además de creer con el corazón, debes también confesar con tu boca.

## Ventajas de la confesión pública

Una clara ventaja de confesar públicamente al Señor consiste en salvar al nuevo creyente de muchos, muchos problemas futuros. Si él no abre su boca para declarar que él ha seguido al Señor Jesús y que ahora él es del Señor, siempre será considerado por los del mundo como uno de ellos. Por lo tanto, cada vez que ellos decidan participar en asuntos sociales, pecaminosos o carnales, lo incluirán a él.

Por ejemplo, si ellos desean jugar a las cartas o ir al teatro, invitarán al creyente a participar con ellos. ¿Por qué? Porque lo cuentan como uno de ellos. Él puede sentir en su corazón que, siendo ahora un cristiano, no debería mezclarse con ellos; con todo, él no puede

*“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”*  
(Rom. 10:10).

rehusarse, porque desea agradarles. Incluso si él los rechaza una vez, indudablemente lo volverán a invitar en otra ocasión. Cada vez él deberá pensar en alguna excusa; pero el problema seguirá sin resolver. Cuánto mejor sería si el cristiano recién nacido desplegara la bandera en el primer día y confesara que él es un creyente. Después de confesar una o dos veces, las incursiones del mundo serán cortadas.

Si un nuevo creyente no puede abrir su boca y confesar al Señor, permaneciendo como un cristiano secreto, él tendrá diez veces más dificultades que un cristiano declarado. Sus tentaciones también serán diez veces más. No podrá zafarse de la esclavitud de los afectos humanos y de los lazos del pasado. Él no podrá excusarse todo el tiempo diciendo que tiene un dolor de cabeza o que está ocupado. Sería absurdo presentar una excusa en cada ocasión.

Pero si él muestra la bandera desde el primer día, declarando que él era antes un pecador pero que ahora ha recibido al Señor Jesús, todos sus colegas, compañeros de estudio, amigos y parientes se darán cuenta de qué clase de persona él es ahora y no lo molestarán más. Confesar al Señor nos salva de muchos problemas.

### **Vida cambiada y confesión**

Muchos creyentes nuevos, especialmente aquellos que provienen de familias cristianas, creen erróneamente que confesar con su boca no es esencial y que lo realmente importante es mostrar una buena conducta. Su teología es que su vida y su conducta deben cambiar; pero carece de importancia saber si su boca ha cambiado o no. Estamos de acuerdo con ellos en que, si la vida per-

manece sin cambiar, es en vano que la boca hable. Pero sostenemos que una vida cambiada sin una confesión correspondiente de la boca es también inútil. El cambio en la conducta no es un sustituto para la confesión de la boca.

Los nuevos creyentes deben aprovechar la primera oportunidad de levantarse y confesar: «He creído en el Señor Jesús». Debemos confesar con nuestra boca. Si no lo hacemos, el mundo puede imaginar muchas cosas acerca de nosotros. Alguien puede pensar que simplemente hemos sido decepcionados, por lo cual hemos tomado una actitud pesimista hacia la vida. Otro puede considerar que estamos hastiados del mundo y aun explicar nuestro cambio filosóficamente sin siquiera tocar al Señor Jesús.

Debemos, por tanto, levantarnos y declararles la verdadera razón. La buena conducta no puede tomar el lugar de la confesión con la boca; la buena conducta es necesaria, pero la confesión es indispensable. No importa cuán buena sea la conducta de alguien, si no ha confesado al Señor, su posición es dudosa; tarde o temprano se verá envuelto en el torbellino de este mundo.

Algunos no se atreven a confesar al Señor por temor a no poder perseverar hasta el final. Temen convertirse en objeto de burla si después de tres o cuatro años dejan de ser cristianos. Por lo tanto, preferirían esperar unos años; solo entonces, después de haberse probado a sí mismos ser dignos, podrían finalmente confesarán al Señor.

A ellos les decimos: Si no te atreves a confesar al Señor por el miedo de caer, seguramente caerás. ¿Por qué? Porque has dejado abierta tu puerta trasera; tú ya estás preparado para el día de tu

caída. Es mucho mejor que te levantes y confieses que eres del Señor, porque esto cerrará la puerta trasera y te será más difícil volver. Entonces tendrás una mejor oportunidad para avanzar en lugar de retroceder. Puedes esperar seguir adelante.

Si alguien espera tener una conducta mejor antes de confesar al Señor, lo más probable es que nunca en su vida abrirá su boca. Él será mudo incluso después que su conducta sea buena. Es más difícil abrir su boca si alguien no lo hace desde el principio.

Un hecho que debe confortarnos es que Dios es el Dios que nos guarda así como el Dios que nos salva. ¿Qué significa ser salvo? Es como comprar algo. ¿Qué significa ser guardado? Es como mantener algo en la mano. ¿Quién compraría jamás algo para tirarlo? Si te compras un reloj, es porque estás pensando en usarlo.

Tú no compras algo que luego vas a desechar. De igual manera, cuando Dios nos compra, es para guardarnos. Dios nos redime para guardarnos. Él nos guardará hasta aquel día. Él nos ama tanto que dio a su Hijo por nosotros. Si no hubiese querido guardarnos, él nunca habría pagado un precio tan inmenso. El guardar es el propósito de Dios, es el plan de Dios. Por lo tanto, no temas levantarte y confesar.

Tú no necesitas preocuparte por el día de mañana, porque Dios se preocupará por ti. Todo lo que necesitas hacer es levantarte y confesar con sencillez que tú le perteneces a Dios. Solo entrégate en sus manos. Él sabe cuándo necesitas socorro y él te confortará y te preservará. Tenemos la confianza más grande en proclamar que Dios guarda aquellos que él ha salvado. La reden-

ción carecería de sentido si no incluye-se la preservación.

## Nuestra confesión y la confesión del Señor

«A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 10:32). Es una forma de agradecer al Señor por confesarnos a nosotros en el futuro si lo confesamos a él hoy. Hoy, delante de los hombres que son como la hierba del campo, confesamos a Jesucristo, el Hijo del Dios viviente; pero en aquel día, cuando nuestro Señor regrese, él nos confesará delante su Padre y delante de sus ángeles en gloria. Si consideramos difícil confesarlo hoy, ¿no será duro para él confesarnos en ese día?

«Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 10:33). ¡Cuán grande contraste! Si nos parece incómodo confesar ante los hombres que tenemos un Hombre que está por sobre todo hombre, un Hombre que es en verdad el Hijo del Hombre, ¿cómo nos confesará él delante de su Padre cuando venga con sus ángeles en gloria? Sin duda, este es un asunto serio.

Recuerden, por favor, que en comparación con la confesión del Señor a favor de nosotros en aquel día, confesarlo a él no es en absoluto difícil para nosotros. Para él, confesarnos, es desconcertante – porque nosotros no somos sino hijos pródigos volviendo a casa. No hay absolutamente nada en nosotros mismos. Tanto más, entonces, confesémosle fervientemente, sabiendo que él un día nos confesará a nosotros.

Traducido de *Spiritual Exercise*.  
(Christian Fellowship Publishers, 2007).



Si no hay Dios, la vida que tenemos carece de significado, valor o propósito último.

APOLOGÉTICA

## Lo absurdo de la vida sin Dios

William Lane Craig

### La necesidad de Dios y la inmortalidad

**L**oren Eiseley escribe: «El hombre es el Huérfano Cósmico; es la única criatura en el universo que pregunta: ¿Por qué?». Otros animales tienen su instinto para guiarlos, pero el hombre ha aprendido a hacer preguntas. «¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿A dónde voy?». Desde la Ilustración, cuando se despojó de los grilletes de la religión, el hombre ha intentado contestar estas preguntas sin hacer referencia a Dios. Pero las respuestas que ha hallado no han sido estimulantes, si no oscuras y terribles. «Eres un subproducto accidental de la naturaleza, el resultado de la materia más el tiempo y el azar. No hay ninguna razón para tu existencia. Todo lo que enfrentas es la muerte».

El hombre moderno pensó que al librarse de Dios, se había librado de todo aquello que lo reprimía y ahogaba. Sin embargo, descubrió que al matar a Dios, se había dado muerte a sí mismo. Porque si no hay Dios, la vida de hombre se vuelve absurda.

Si Dios no existe, tanto el hombre como el universo están inevitablemen-

te condenados a la muerte. El ser humano, como todos los organismos biológicos, debe morir. Sin la esperanza de la inmortalidad, la vida de hombre lleva solo a la tumba. Su vida no es si no una chispa en la oscuridad infinita, una chispa que nace, parpadea, y muere para siempre.

Por consiguiente, todos debemos enfrentar lo que el teólogo Paul Tillich ha llamado «la amenaza del no ser». Porque aunque ahora sé que existo, que estoy vivo, sé también que algún día ya no existiré, que ya no seré más, que voy a morir. Este pensamiento es pasmoso y amenazador: ¡Pensar que la persona que llamo «yo» dejará de existir, que no será más!

Recuerdo vivamente la primera vez que mi padre me dijo que algún día yo moriría. De algún modo, como niño, el pensamiento simplemente nunca había cruzado por mi mente. Cuando me lo dijo, quedé lleno de miedo y una insoportable tristeza. Y aunque intentó repetidamente asegurarme que esto ocurriría en mucho tiempo más, eso no parecía importar. Fuese antes o después, el hecho innegable era que yo moriría y ya no sería

más, y esta idea me resultó abrumadora. Eventualmente, como todos, llegué simplemente a aceptarlo.

Todos aprendemos a vivir con lo inevitable. Pero esa percepción infantil sigue siendo cierta. Como el existencialista francés Jean-Paul Sartre observó: «Algunas horas o algunos años no hacen ninguna diferencia una vez que se ha perdido la eternidad».

Ya sea que llegue antes o después, la perspectiva de la muerte y la amenaza del no ser es un horror terrible. Pero una vez conocí un estudiante que no sentía esta amenaza. Decía que había crecido en una granja y estaba acostumbrado a ver los animales nacer y morir. La muerte era para él simplemente algo natural, parte de la vida, por así decirlo.

Yo estaba intrigado por lo diferente que eran nuestras perspectivas acerca de la muerte y encontraba difícil entender por qué él no sentía la amenaza de no ser. Después de varios años, pienso que encontré mi respuesta leyendo a Sartre. Sartre observó que la muerte no es amenazante en tanto la veamos como la muerte del otro, cuando la vemos en tercera persona, por así decirlo. Es solo cuando la internalizamos y la vemos en primera persona («Mi muerte: Yo voy morir») que la amenaza del no ser se vuelve real.

Como indica Sartre, muchas personas nunca asumen esta perspectiva de primera persona en su vida; uno puede mirar incluso su propia muerte desde un punto de vista de tercera persona, como si fuera la muerte de otro o incluso de un animal, como hizo mi amigo. Pero el verdadero significado existencial de mi muerte solo puede

apreciarse de la perspectiva de primera persona, cuando comprendo que yo voy morir y dejaré de existir para siempre. Mi vida es meramente una transición momentánea del olvido al olvido.

Y el universo, también, enfrenta la muerte. Los científicos nos dicen que el universo se está expandiendo, y todo en él se aleja más y más. Mientras esto sucede, se vuelve más y más frío, y su energía se agota. En el futuro todas las estrellas se consumirán y toda la materia colapsará en estrellas muertas y agujeros negros. No habrá luz en absoluto; no habrá calor; no habrá vida; solo los cadáveres de estrellas y galaxias muertas, siempre expandiéndose en la oscuridad interminable y las frías profundidades del espacio: un Universo en ruinas. Así que no solo la vida de cada persona individual está condenada; la raza humana entera está condenada. No hay escapatoria. No hay esperanza.

### **Lo absurdo de la vida sin Dios y sin inmortalidad**

Si no hay Dios, entonces el hombre y el universo están condenados. Como prisioneros sentenciados a muerte, esperamos nuestra inevitable ejecución. No hay Dios ni inmortalidad. ¿Y cuál es la consecuencia de esto? Significa que la vida misma es absurda, que la vida que tenemos carece de significado, valor, o propósito último. Miremos cada uno de éstos.

*No hay significado último sin inmortalidad y sin Dios*

Si cada persona deja de existir cuándo muere, entonces ¿qué significado último puede darse a su vida?

¿Importa realmente si alguna vez existió? Su vida puede ser importante en relación a ciertos eventos, pero, ¿cuál es el significado último de cualquiera de esos eventos? Si todos los eventos carecen de sentido, entonces, ¿cuál puede ser el significado o influencia última de cualquiera de ellos? En última cuenta, no hacen ninguna diferencia.

Veámoslo desde otra perspectiva: Los científicos dicen que el universo en originó en una explosión denominada el «Big Bang» hace unos 13 mil millones de años. Suponga que el Big Bang nunca hubiera ocurrido. Suponga que el universo nunca hubiera existido. ¿Qué diferencia sustancial haría? De todos modos, el universo está condenado. Al final de cuentas, no hace ninguna diferencia si el universo alguna vez existió o no. Por consiguiente, carece de significado último.

Lo mismo es verdad con respecto a la raza humana. La humanidad es una especie condenada en un universo agonizante. Porque la raza humana dejará de existir en el futuro; da lo mismo si alguna vez existió. La humanidad, así, no es más significativa que un enjambre de mosquitos o un corral de cerdos, pues su destino es el mismo. El mismo ciego proceso cósmico que los escupió en primer lugar se los tragará a todos en el futuro.

Y lo mismo es verdad de cada persona individual. Las contribuciones del científico al adelanto del conocimiento humano, las investigaciones del doctor para aliviar el dolor y el sufrimiento, los esfuerzos del diplomático por afianzar la paz en el mundo, los sacrificios de hombres buenos en

todo lugar para mejorar la condición de la raza humana: todos éstos llegan a nada. Éste es el horror del hombre moderno: dado que acaba en nada, es nada.

Pero es importante ver que no es solo inmortalidad lo que necesita el hombre si su vida ha de ser significativa. La mera duración de la existencia no hace a esa existencia significativa. Si el hombre y el universo pudieran existir para siempre, pero no hubiera Dios, su existencia aún carecería de significado último.

Como ilustración, una vez leí un cuento de ciencia-ficción en que un astronauta estaba aislado en un yermo trozo de piedra perdido en el espacio exterior. Con él tenía dos frascos: uno contenía veneno y el otro una poción que lo haría vivir para siempre. Comprendiendo su predicamento, bebió el veneno. Pero entonces, para su horror, descubrió que había bebido del frasco equivocado, había bebido la poción de la inmortalidad. Y eso significaba que él estaba bajo la maldición de existir para siempre, una vida interminable y carente de sentido.

Ahora, si Dios no existe, nuestras vidas son exactamente lo mismo. Podrían seguir y seguir y aún carecer absolutamente de sentido. Aún podríamos preguntar de la vida: «¿Y qué?». Así que no es solo la inmortalidad lo que el hombre necesita si su vida ha de ser significativa en último término; necesita a Dios y la inmortalidad. Y si Dios no existe, carece de ambos.

El hombre del siglo XX llegó a entender esto. Lean «Esperando a Godot» de Samuel Beckett. Durante toda la obra, dos hombres mantienen

una conversación trivial mientras esperan que llegue un tercer hombre, el cual nunca aparece. Nuestras vidas son así, está diciendo Beckett; solo matamos el tiempo esperando. ¿Esperando qué? No lo sabemos. En un trágico retrato del hombre, Beckett escribió otra obra en que el telón se abre revelando un escenario cubierto de basura. Durante treinta largos segundos, el público se sienta y mira fijamente en silencio esa basura. Entonces el telón se cierra. Eso es todo.

Los existencialistas franceses Jean-Paul Sartre y Albert Camus entendieron esto también. Sartre retrató la vida en su obra «Sin Salida» como el infierno. Su obra termina con las palabras de resignación: «Bien, sigamos con él». Así, Sartre escribe en otra parte acerca de la «náusea» de la existencia. Camus, también, vio la vida como un absurdo. Al final de su novela breve «El Extranjero», el héroe de Camus descubre en un destello de comprensión que el universo no tiene significado y que no hay Dios para darle uno.

Así, si no hay Dios, entonces la vida misma, el hombre y el universo, carecen de significado último.

*No hay valor último sin inmortalidad y sin Dios*

Si la vida acaba en la tumba, entonces da lo mismo si uno ha vivido como un Stalin o como un santo. Dado que el destino de cada uno finalmente

no se relaciona con la propia conducta, usted puede simplemente vivir como mejor le parezca. Como lo expuso Dostoyevsky: «Si no hay inmortalidad, todas las cosas están permitidas».

Sobre esta base, un escritor como Ayn Rand está completamente en lo cierto al alabar las virtudes del egoísmo. Viva totalmente para el yo; ¡no hay nadie que le haga rendir cuentas! De hecho, sería estúpido hacer algo diferente, pues la vida es demasiado corta para arriesgarla actuando por otra cosa que no sea puro interés propio. Sacrificarse en favor de otro sería estúpido.

Pero el problema es aun peor. Porque, dejando de lado la inmortalidad, si no hay Dios, no puede haber estándares objetivos del bien y el mal. Todo lo que confrontamos es, en palabras de Jean-Paul Sartre, el hecho desnudo, carente de valor, de la existencia. Los valores morales son ya sea solo expresiones de gusto personal o los derivados de la evolución y condicionamiento socio-biológico.

En un mundo sin Dios, ¿quién puede decir cuáles valores son correctos y cuáles no? ¿Quién puede juzgar que los valores de Adolfo Hitler son inferiores a los de un santo? El concepto de moralidad pierde todo significado en un universo sin Dios. Como un eticista ateo contemporáneo señala: «Decir que algo es malo porque está prohibido por Dios, es absolutamente comprensible para cualquiera que cree

**Si Dios no existe, significa que el hombre y el universo existen sin propósito, dado que el fin de todo es la muerte.**

en un legislador divino. Pero decir que algo está mal, aun cuando no haya ningún Dios para prohibirlo, no es comprensible. El concepto de obligación moral es ininteligible aparte de la idea de Dios. Las palabras permanecen pero su significado se ha ido».

En un mundo sin Dios, no puede haber bien y mal en un sentido objetivo, solo nuestros juicios subjetivos cultural y personalmente relativos. Esto significa que es imposible de condenar la guerra, la opresión o el crimen como algo malo. Ni tampoco es posible alabar la fraternidad, la igualdad y el amor como algo bueno. Porque en un universo sin Dios, el bien y el mal no existen, solo esta el hecho desnudo y sin valor de la existencia, y no hay nadie que diga que tú tienes la razón y yo estoy equivocado.

*No hay propósito último sin la inmortalidad y sin Dios*

Si la muerte nos espera con los brazos abiertos al final del camino, ¿cuál es entonces el propósito de la vida? ¿Es todo para nada? ¿No hay razón para la vida? ¿Y qué del universo? ¿Es absolutamente en vano? Si su destino es una tumba helada en el vacío del espacio exterior, la respuesta debe ser: Sí, es vano. No hay ninguna meta, ningún propósito para el universo. Los restos de un universo muerto simplemente seguirán expandiéndose y expandiéndose para siempre

¿Y qué del hombre? ¿No hay ningún propósito en absoluto para la raza humana? ¿O simplemente desaparecerá algún día en el olvido de un universo indiferente? El escritor inglés H. G. Wells previó tal perspectiva. En su

novela «La Máquina del Tiempo», el viajero del tiempo de Wells viaja lejos en el futuro para descubrir el destino de hombre. Todo lo que encuentra es una tierra muerta, salvo por un poco de líquen y musgo, orbitando un gigantesco sol rojo. Los únicos sonidos son el zumbido del viento y las suaves olas del mar.

«*Más allá de estos sonidos inanimados*», escribe Wells, «*el mundo estaba silencioso. ¿Silencioso? Sería difícil expresar su quietud. Todos los sonidos de hombre, el balido de oveja, los gritos de las aves, el zumbido de los insectos, el movimiento que sirve de fondo a nuestras vidas, todo se había acabado*». Y así, el viajero de tiempo de Wells regresó, pero, ¿a qué? Meramente a un punto anterior en la carrera sin objeto hacia el olvido. Cuando, como no cristiano, leí por primera vez el libro de Wells pensé: «¡No, no! ¡No puede acabar así!». Pero si no hay Dios, así es como acabará, nos guste o no. Esta es la realidad en un universo sin Dios: no hay esperanza; no hay propósito.

Lo que es verdad para la humanidad como un todo es verdad individualmente para cada uno de nosotros: estamos aquí sin ningún propósito. Si no hay Dios, entonces nuestra vida no es cualitativamente diferente de la de un perro. Como el antiguo autor de Eclesiastés lo pone: «*Los hombres terminan igual que los animales; el destino de ambos es el mismo, pues unos y otros mueren por igual, y el aliento de vida es el mismo para todos, así que el hombre no es superior a los animales. Realmente, todo es absurdo, y todo va hacia el mismo lugar. Todo surgió del polvo, y al polvo todo volverá*». (Ecl. 3:19-20, NVI).

En este libro, que se lee más como un pedazo de literatura existencialista moderna que como un libro de la Biblia, el escritor muestra la futilidad del placer, la riqueza, la educación, la fama, la política y la honra en una vida condenada a acabar en la muerte. ¿Su veredicto? «¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad!» (1:2).

Si la vida acaba en la tumba, entonces no tenemos ningún propósito último por el cual vivir. Y más que esto, aunque no acabara con la muerte, sin Dios, la vida aún carecería de propósito. El hombre y el universo serían entonces simples accidentes del azar, lanzados a la existencia sin razón.

Sin Dios, el universo es el resultado de un accidente cósmico, una explosión fortuita. No hay razón para su existencia. En cuanto al hombre, es un capricho de la naturaleza—un producto ciego de la materia, más el tiempo, más el azar. Es simplemente un poco de cieno que desarrolló racionalidad.

Como un filósofo lo ha puesto: «La vida humana está montada sobre un pedestal subhumano y debe desplazarse por sí sola en el corazón de un universo silencioso e inconsciente».

Lo que es verdad del universo y de la raza humana también es verdad de nosotros como individuos. Si Dios no existe, entonces usted es simplemente un aborto de la naturaleza, lanzado a un universo sin propósito para vivir una vida sin propósito.

Así, si Dios no existe, significa que el hombre y el universo existen sin propósito, dado que el fin de todo es la muerte, y que llegaron a existir sin propósito, dado que son solo productos ciegos del azar. En pocas palabras,

la vida carece absolutamente de razón. ¿Entiende usted la gravedad de la alternativa que se nos presenta?

Si Dios existe, hay esperanza para el hombre. Pero si Dios no existe, todo lo que nos queda es la desesperación.

¿Entiende por qué la pregunta sobre la existencia de Dios es tan vital para el ser humano? Como un escritor ha dicho muy acertadamente: «Si Dios está muerto, entonces el hombre también está muerto». Desgraciadamente, la gran masa de la humanidad no comprende este hecho. Continúan adelante como si nada hubiera cambiado.

Esto me recuerda la historia de Nietzsche del loco que en las primeras horas de la mañana irrumpió en el mercado, linterna en mano, gritando: «¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!». Dado que muchos de los presentes no creían en Dios, provocó mucha risa. «¿Dios se ha perdido?», se mofaron de él, «¿O está escondido? ¡O quizá se ha ido de viaje o ha emigrado!». Le gritaron y se rieron.

Entonces, el loco se volvió hacia la multitud y los atravesó con su mirada. «¿Dónde está Dios?», les gritó. «Yo les diré. Nosotros lo hemos matado: ustedes y yo. Todos nosotros somos sus asesinos. ¿Pero cómo hemos hecho esto? ¿Cómo pudimos beber al mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte entero? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se está moviendo ahora? ¿Lejos de todos los soles? ¿Acaso no nos hundimos continuamente, hacia atrás, hacia los lados, adelante, en todas las direcciones? ¿Queda un arriba y un abajo? ¿No estamos extraviándonos como en una

infinita nada? ¿No sentimos el aliento del espacio vacío? ¿No se ha vuelto más frío? ¿No viene noche y más noche? ¿No deben encenderse las linternas por la mañana? ¿No oímos todavía del ruido de los sepultureros que están enterrando a Dios? ... Dios está muerto ... Y nosotros lo hemos matado. ¡Cómo nosotros, asesinos entre los asesinos, nos consolaremos!».

La muchedumbre miró fijamente al loco en el silencio y asombro. Por fin este azotó su linterna en el suelo. «He venido demasiado pronto», dijo. «Este tremendo evento aún está en camino; no ha alcanzado los oídos del hombre todavía».

Los hombres no entendieron realmente las consecuencias de lo que ha-

bían hecho al matar a Dios. Pero Nietzsche predijo que algún día la gente comprendería las implicaciones de su ateísmo; y este descubrimiento introduciría una edad de nihilismo: la destrucción de todo significado y valor en la vida.

La mayoría de las personas aún no reflexiona en las consecuencias del ateísmo y así, como la muchedumbre en el mercado, sigue inconscientemente su camino. Pero cuando comprendemos, como hizo Nietzsche, lo que el ateísmo implica, entonces su pregunta nos golpea fuertemente: «¿Cómo nosotros, los asesinos de todos los asesinos, nos consolaremos?».

*(Continuará)*

*Tomado de: <http://www.reasonablefaith.org/>*



## El abandono

Cierto día un misionero estaba predicando en medio de una tribu indígena. Hablaba de Jesús, el buen Pastor que vino al mundo para buscar y salvar lo que se había perdido. También contaba cómo el Salvador oró en Getsemaní, cómo estuvo expuesto a las burlas, a los malos tratos, y cómo expió nuestros pecados en la cruz, abandonado por Dios.

Entonces un indígena de noble aspecto se acercó al misionero y le preguntó muy emocionado:

– ¿Jesús también murió por mí, un nativo pobre? Verdad es que no tengo ninguna tierra para dar a Jesús, pero quiero darle mi perro y mi monedero.

El misionero le dijo que el Señor Jesús esperaba de él otra cosa.

– Entonces le doy mi perro, mi monedero y mi manta de lana. Soy un hombre pobre y no puedo darle más. Le doy todo lo que tengo.

El predicador le dio la misma respuesta. Entonces el hombre bajó tristemente la cabeza y reflexionó. De repente dirigió una mirada confiada al misionero y le dijo:

– Aquí está mi persona entera, ¿la acepta Jesús?

¡Qué alegría para aquel misionero cuando este hombre fue a los pies de Jesús y entregó su vida a Aquel que lo había amado y se había dado a sí mismo por él!

«*La Buena Semilla*».

**A tiempo y fuera de tiempo**

La revista siempre ha sido para mí una bendición. Agradezco al Señor por el servicio que ustedes realizan y que tanto bien hace al pueblo de Dios. Que cada día la gracia del Señor fluya y sobreabunde en cada uno de los que trabajan en esta obra. Que Su Palabra corra y sea glorificada. Que nada impida que sus ministros proclamen Su nombre y que, a tiempo y fuera de tiempo, Cristo sea anunciado y revelado.

*Sandra Soto Avasolo, Santiago (Chile).*

**Ministerio refrescante**

Son ustedes una fuente de bendición para todo el continente. Por nuestra parte, hemos compartido con los jóvenes de nuestra congregación los temas de sus campamentos juveniles año tras año. Este mes iniciamos un curso para adultos que recién han nacido de nuevo. Gracias al Señor por vuestro ministerio tan refrescante y vital.

*Raymundo Gómez Zavala, Nueva Rosita (México).*

**Enseñanza y ayuda**

La revista Aguas Vivas salió para bendición de muchos. Gracias por este regalo del Señor tan hermoso. La estoy leyendo; es una joya para mi vida y mi ministerio. A mi esposa le gusta también

por la variedad de enseñanzas que tiene. Dios siga abriendo las puertas para que esta revista siga de bendición en bendición.

*William López (Cuba).*

**Sana doctrina**

Su revista ha sido de bendición para mi vida y ministerio. El número sobre Romanos me bendijo mucho y quiero seguir el estudio de Colosenses, Efesios y Hebreos. Sigamos compartiendo la tan necesaria sana doctrina. Gracias, el Señor les bendiga por ser fieles.

*Rogelio Sánchez Osuna, Naucalpan de Juárez (México).*

**De la mano con la Palabra**

Somos parte de la Iglesia en Cancún. Hemos leído por mucho tiempo sus mensajes y queremos tener comunicación y saber de sus eventos o conferencias. Actualmente seguimos a diario sus mensajes y muchos de ellos nos guían de la mano con la palabra de Dios en esta pequeña porción del cuerpo de Cristo. Gracias por su esfuerzo y apoyo a todas las iglesias en el mundo. Estamos orando por ustedes y que Dios los bendiga en su labor que ha dado frutos espirituales en esta ciudad.

*Javier Galindo, Cancún (México).*

**Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.**

**AGUAS VIVAS**

*Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo*

Año 14 · N° 70 · Abril - Mayo - Junio 2013

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras. FOTO PORTADA: Cortesía hno. José Frontado (Venezuela).